

Irati Goikoetxea

EL PUEBLO NO PERDONARÁ

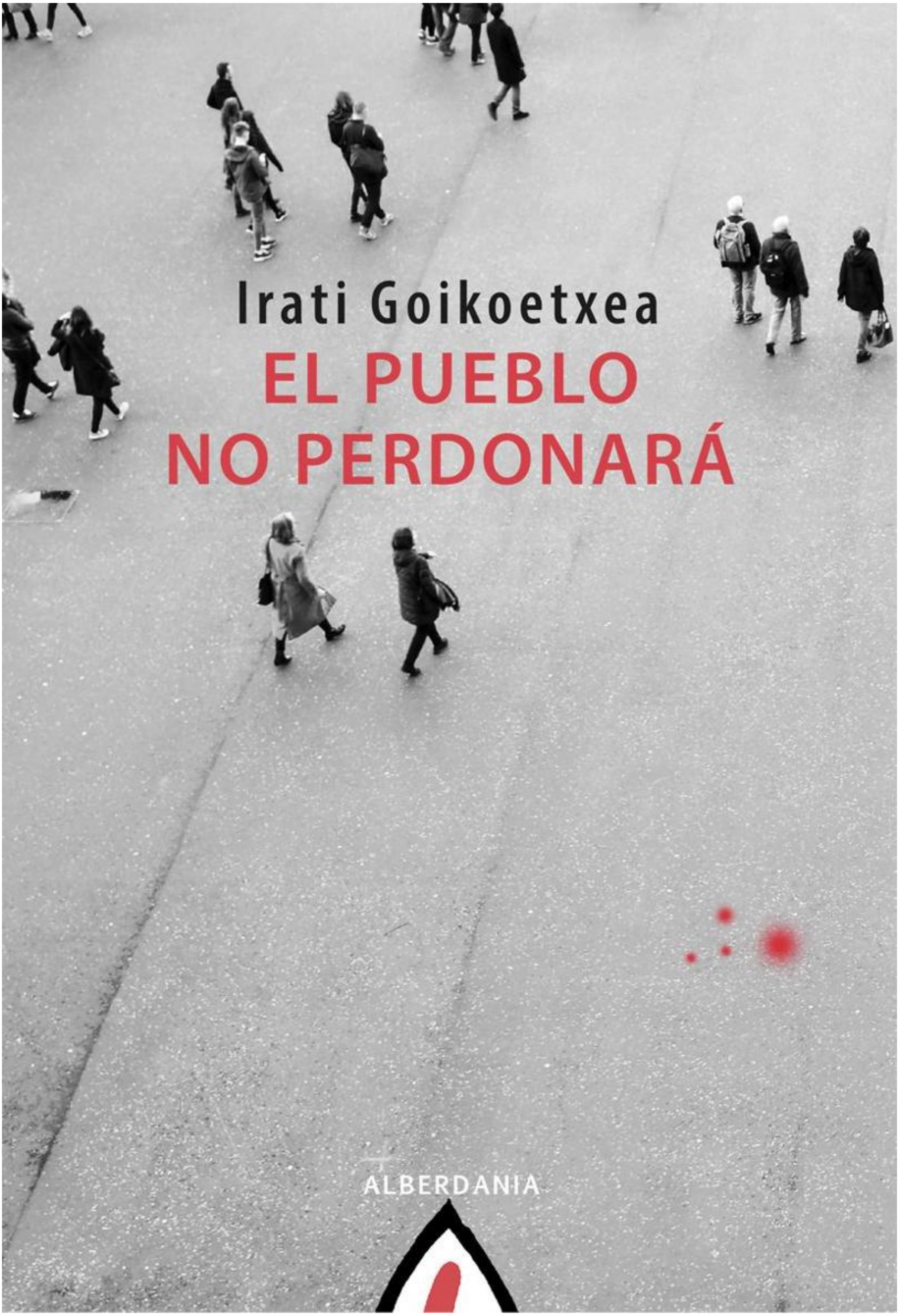
ALBERDANIA

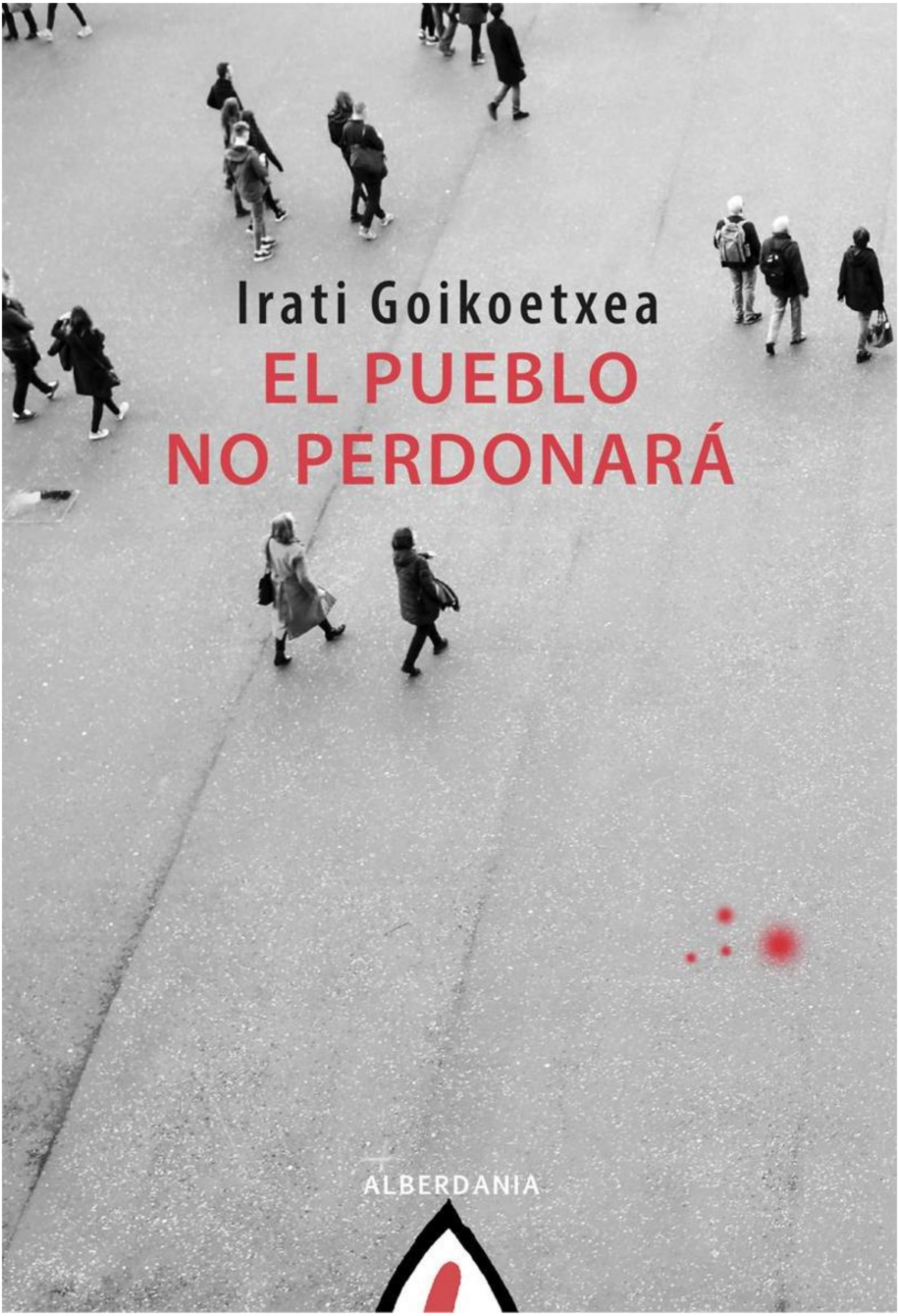
El pueblo no perdonará

Irati Goikoetxea

(oct 2023)

ETA asesinó al padre de Oihana hace veintidós años, cuando ella tenía diecinueve. La herida de Oihana sigue viva, pero no habla de ello con nadie. Tampoco ha contado nada, claro está, a sus hijos, aunque en el fondo de su ser sienta que hablar de ello les haría bien a todos. Un día recibe la inesperada llamada de un antropólogo que recoge testimonios de diferentes víctimas, y desea reunirse con ella. Ese encuentro abrirá la espita de la memoria. La autora aborda un tema doloroso con absoluta sensibilidad, sustituyendo proclamas y prejuicios por un hondo esfuerzo de empatía, delicadeza y emoción. Porque el ungüento de palabras también puede contribuir a mitigar los viejos padecimientos. La novela ha sido galardonada con el Premio Igartza en su edición nº XXII.


Irati Goikoetxea
EL PUEBLO
NO PERDONARÁ
ALBERDANIA


Irati Goikoetxea
EL PUEBLO
NO PERDONARÁ
ALBERDANIA

EL PUEBLO NO PERDONARÁ

Título original: Herriak ez du barkatuko Editado en euskera por Elkar en 2021.

La edición de ste libro ha recibido una ayuda del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte de España.

1ª edición: septiembre de 2023.

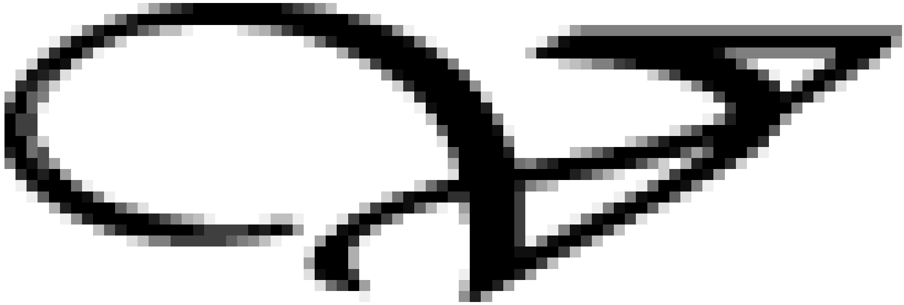
Istillaga, 2, bajo - 20304 Irun
Tel.: + 34 943 63 28 14
alberdania@alberdania.net
www.alberdania.net

Portada: composición de Junkal Motxaile a partir de una fotografía de John Simitopoulos (Unsplash).

Impreso en Ulzama (Uharte, Navarra)

ISBN: 978-84-9868-828-3 ISBN digital: 978-84-9868-829-0

Depósito legal: D. 624/2023



EL PUEBLO NO PERDONARÁ

IRATI GOIKOETXEA

traducción Fernando Rey

ALBERDANIA

novela

A mi padre,

por su humanidad.

Por una infancia en primera línea.

I

Cuanto duele que ya no duela.

Loreto Sesma

1

–¿Un agujero?
–Sí, que me lo coma.
–¿Irei te ha dicho que te comas un agujero?
–Sí, me ha dicho: «Cómete un agujero. Si tienes hambre, cómete un agujero».
–¿Y tú qué has hecho?
–Lo que ha dicho Irei.
–¿Te has comido un agujero?
–Y como tenía más hambre, me he comido dos.
–Pero Katti…
–¿Qué, mamá?
–Los agujeros hacen daño.
–Y el hambre también.
–Y ahora…
–¡Tengo la tripa llena de agujeros!
–No digas eso. ¿Quieres un poco de jamón con un poco de pan?
–Mamá, ¿ya sabes cómo se come un agujero? Hay que hacer con la lengua un redoncho en el aire, un redoncho bien grande, y luego con los dientes masticar el aire de dentro del redoncho. No es fácil tragarse todo eso, pero Irei me ha dicho: «Despacio, ese agujero es tuyo, nadie te lo va a quitar».
–¿Y él se lo ha comido? ¿Irei ha comido algún agujero?
–No. Me ha dicho: «Todos para ti, Katti».

Su padre le dijo que tenía que intentarlo, que si uno no estira los brazos no puede tocar las nubes. Y que saltara bien alto, aunque fuera con la imaginación. Le decía: «Saltar se hace con la cabeza, primero con la cabeza y luego con las piernas; y si en ese pequeño espacio de tiempo tienes los brazos extendidos tocarás las nubes». Y luego le decía que, aunque no lograra tocar las nubes, allí tendría el sol, o las ráfagas de viento o las águilas y los buitres. Que si se esforzaba podría tocar incluso el cielo. Pero que, para eso, tenía que intentarlo mil veces, muchas veces, hasta el infinito. Para decir la palabra «infinito» ponía una voz mucho más recia que de normal, infinito-infinito-infinito, y Oihana llegaba a creérselo, llegaba a creer que el infinito era una cueva oscura y profunda, como la voz de su padre, que era grave y profunda. Una vez que estaba jugando con su padre, Oihana dibujó una nube y le dijo: «Papá, toca la nube». El padre pensó que su hija no había entendido nada de lo que le había dicho, de lo que le había querido decir, pero que así era la imaginación y que con ella le

bastaba para avanzar en la vida. El padre, en cambio, nunca le preguntó el porqué de ese anhelo de tocar las nubes. Si se lo hubiese preguntado, la hija le habría respondido que no solo quería tocarlas sino también cogerlas y metérselas en el bolsillo para que descargaran la lluvia en sus pantalones. Así, si alguna vez se meaba encima, sin querer, por descuido, la gente de alrededor pensaría que era la lluvia del bolsillo la que había mojado el pantalón. Nadie habría pensado que Oihana era una cobarde.

Cuando le dijeron que su padre había muerto, que lo habían matado, que se lo habían arrebatado, Oihana se meó encima. Todos lo vieron. Aquel día tenía puestos unos pantalones sin bolsillos, unos pantalones sin nubes ni lluvia. Todos vieron que se había meado encima, pero nadie le dijo nada. En momentos así, cuando te dicen que tu padre ha muerto, que lo han matado, que te lo han arrebatado, la imaginación desaparece. Y lo malo es que las situaciones desprovistas de imaginación son demasiado reales.

Su madre le suele decir muchas veces: «¿Te acuerdas? Tu padre tenía una obsesión con el orinar». Y entonces se ríen. Hablan muchas veces de su padre. Sin dolor. Nunca sienten dolor. Cuando hablan juntas de su padre, Oihana y su madre no sienten dolor. Es el vacío de otros agujeros el que le provoca dolor a Oihana. En cambio, cuando su madre le dice «¿Te acuerdas? Tu padre tenía una obsesión con el pis; antes de salir de casa orinaba cuatro veces. Por lo visto, tenía poca vejiga y mucha paciencia», entonces, ambas se ríen, y sacan viejas fotos de la caja que está en el cuarto de estar y las miran fijamente. Como esperando, como esperando que el padre abra la boca en alguna de las fotos. En aquella foto que le hicieron en la playa tiene la boca abierta, y parece que quiere darle un mordisco al sol de julio. «Tienes que quemarte durante un momento para sentir calor toda la vida», decía. Su madre no recuerda quién le sacó la foto, no recuerda si es o no un montaje hecho a propósito. Pero allí está él, con la boca abierta, con el sol encima de la lengua. No dice nada, pero está más cerca de decir algo que de no decir nada. Oihana llora a gusto en cuanto su madre se va después de haberle dado un beso a la foto. No por el beso. Tampoco por el sol. Sino porque parece que su padre está más cerca de decir algo que de no decir nada. Por eso llora. Y se siente triste, muy triste, porque una vez más no le ha contado a su madre que cuando le dijo que su padre había muerto, que lo habían matado, que se lo habían arrebatado, se meó en los pantalones, que se meó encima. Y que nadie le dijo nada. Su madre no lo sabe. Nunca se lo ha contado. Y eso sí que es un vacío lleno de agujeros que le produce un daño terrible.

Que acudiera, por favor, a ver al rector. Oihana no conocía al hombre que interrumpió la clase. Casi ni le oyó el nombre. Entendió que se

refirió a ella porque el profesor la miró. Estaba tan en su mundo: Asier y la biblioteca, y que cómo podía ser, y que no era como para enfadarse, y, de hacerlo, quizá con su padre. «Oihana, tranquila, puedes salir», le dijo el profesor. Aquel hombre, durante todo el camino desde el aula hasta el rectorado, no le dijo nada. Ni para qué tenía que ir, ni con quién se reuniría, ni que estuviera tranquila, ni un «¡Qué interesante lo que estás estudiando!», ni que aquel día hacía calor. Quizá eso habría sido lo más fácil, hablar del tiempo. Treinta y cuatro grados en septiembre. Hacía calor, mucho calor. Habría sido lógico decirlo. Pero aquel hombre no le dijo nada. Cinco minutos en silencio. En silencio total. Un silencio infinito. También ella podría haberle preguntado algo. «No será nada grave, ¿no?», o «¿Será mucho rato?», o «¿Tengo que ir yo sola?». Pero no le preguntó nada. Aquel hombre iba demasiado adelantado. Hizo el camino cinco pasos por delante de Oihana. Una distancia demasiado grande como para pensar que su acompañante le pudiera preguntar algo. Oihana pensó que quizá era el secretario del rector, y que igual ni sabía para qué tenía que ir ella a reunirse con el rector. Se acuerda de que el termómetro del campus marcaba treinta y cuatro grados. 34. Oihana tiene grabada esa imagen, y la voz de su padre diciendo eso de que «Tienes que quemarte durante un momento para sentir calor toda la vida». Recuerda que se abrasó junto a aquel hombre que quizá era el secretario del rector, en medio del campus de la universidad. 34. Aquel número le abrasó la mirada. En un silencio infinito. En un agujero infinito. En un infierno infinito. El fuego, en cambio, lo vería más tarde.

No se acuerda del despacho del rector. No sabe si las paredes eran grises o verdes. Si había o no cuadros colgados, si había plantas, papeleras o sillones. Si la luz que entraba por la ventana era o no intensa. No recuerda olores. Se acuerda del sudor. Del sudor que impregnaba el ambiente. Del tamaño del despacho. Le pareció tremendamente pequeño. Enano. ¡Estaba tan lleno de gente! El hombre que fue a buscarla al aula le dijo: «Entra, tranquila». Él no entró. Oihana muchas veces ha pensado después a dónde se habría ido aquel hombre, si se habría quedado esperando al otro lado de la puerta para que, si estallaba aquel despacho, alguien pudiera recoger los restos de sudor, lágrimas y orina. «Acaba de llamar tu madre», le dijo el rector, y nada más escuchar eso notó la mano de una mujer en su hombro. Y un suspiro, de una tercera persona. Sonó el teléfono. El rector, con un gesto, le pidió a Oihana que lo cogiera: «Coge tranquila, será tu madre». «¿Por qué?», le preguntó allí mismo delante de todos. «¿Por qué?», volvió a decir cuando su madre le dijo que su padre había muerto, que lo habían matado, que se lo habían arrebatado. «¿Por qué?» Su madre no respondió. Le dijo que tenía que irse a casa,

que debía estar serena, que tenía que protegerse y no pensar en nada. Que convirtiera su mente en un agujero. Y mientras su madre le decía todo eso, Oihana se meó en los pantalones. Encima. En silencio. En un silencio infinito. «Lo siento» y «Lo sentimos» y «Aquí estamos» y «Por los estudios tranquila». Escuchó todo eso, pero nadie le dijo nada. Nadie le miró a los ojos ni le dijo nada que le ayudara a convertir su mente en un vacío. No sabe cómo hizo el trayecto a casa. Algo más de hora y media en coche. Durante todo ese tiempo estuvo pensando en aquel hombre. Quizá sería el secretario del rector. Oihana no podía entender sabiendo por qué fue a buscarla cómo consiguió aguantar el paso sin derretirse en aquellos treinta y cuatro grados. Tuvo valor el pobre. Era un cobarde redomado. Le hizo daño. Le hizo daño el secretario y le hizo daño el despacho del rector repleto de gente. Todos supieron antes que ella que su padre había muerto, que lo habían matado, que se lo habían arrebatado. Y nadie le dijo nada, tampoco cuando sus pantalones quedaron empapados. Eso no se lo ha contado nunca a su madre. Y hoy, cuando Katti le ha venido con eso de los agujeros, todos ellos le han estallado de nuevo a Oihana; también aquel que le hicieron a su padre en la nuca.

2

–¿Desaparecer, a dónde?
–No sé, mamá. Ha dicho: «A veces algo está y luego ya no está».
–¿Y qué le ha dicho la profe?
–«A ver, Irei, ¿y lo que no está dónde está?».
–¿Eso le ha preguntado la profe?
–Sí, e Irei le ha dicho que no lo sabe, que si no está no lo ve.
–Y la profe le ha dicho…
–«¡Basta ya!»
–Sí, «¡Basta ya!» Como siempre.
–Mamá, ¿tú lo ves todo?
–Con gafas sí.
–¿Me las dejas, mamá? Que no me voy a marear, ya cerraré los ojos. ¿Me dejas las gafas, mamá?
–Pero con los ojos cerrados no vas a ver nada, y con las gafas puestas tampoco.
–Irei dice que con los ojos cerrados ve fantasmas.
–¿Sin gafas?
–Mamá, ¿qué son los fantasmas?
–Pero, Katti…
–¿Qué? ¡Tengo cinco años, mamá!
–Los fantasmas son sombras que están sin estar.
–Entonces Irei tiene razón.
–¿Pero qué dices, Katti?
–¿Y dónde están, mamá?
–Detrás de las gafas.
–¿Desaparecidos?
–Sí, desaparecidos.
–Mamá, papá no desaparecerá, ¿verdad?

Para Oihana su padre no desaparecía nunca, ni cuando jugaban al escondite. Aquella vez que perdió el rastro de su padre, soltó la mano de su madre y fue desesperada calle abajo entre la gente. Los ertzainas la llevaron de nuevo a donde su madre. Su madre estaba llorando. Gritaba una y otra vez que le habían robado a su niña. Pero nadie le miraba. Es tremendo vivir en una gran ciudad y sentir que la gente está solo para irse. Que la gente se va y se va. Oihana ni se dio cuenta de que se había perdido. Lo único que tenía en mente era que había perdido a su padre, y entendió que su madre lloraba por eso. No encontraron a su padre. No lo buscaron. Para cuando volvieron a casa él ya estaba allí. Oihana aprendió que algunas cosas son

incomprensibles. Y que otras son increíbles. De cría, aquello se lo contaba muchas veces a sus amigas, con cuatro años, con cinco años. Que un día su padre desapareció y que luego apareció; que dio un brinco grandísimo desde la calle hasta casa, que de un solo salto pasó de no estar a estar. Y que los ertzainas se habían equivocado, que en vez de buscar a su padre anduvieron buscándola a ella.

No desapareció. Cuando empezó a llevar guardaespaldas, el padre de Oihana se volvió invisible. Un día su padre, en una sobremesa, hizo que Martín y Oihana se sentaran en el cuarto de estar. Su madre estaba allí. Su padre usó las palabras amenaza, denuncia, seguridad y otras de ese estilo. Martín no pudo aguantarse la rabia o la vergüenza o el miedo (¿qué era eso que tenía en la mirada?), y se marchó dando un portazo. Oihana ha sentido muchas veces dentro de sí el eco de aquel portazo, en muchas ocasiones ha visto aquella sombra rota balanceándose en busca de sosiego, demasiadas veces se ha quedado atrapada en la red de palabras no dichas a su hermano. Martín se marchó y Oihana se quedó. Y tampoco se movió cuando Óscar llamó al timbre de casa. Se lo presentó su padre. No recuerda qué palabras utilizó, no sabe si dijo prevención o quizá pretensión. «Este es Óscar, un amigo nuestro». Así lo dijo su padre. Tal cual. Oihana sabe bien que su madre le agradeció que se quedara, y sabe que también entendió que Martín se marchara. Que entendió el portazo de Martín. Eso lo sabe perfectamente Oihana. Ella se quedó, pero le produjo mucha rabia la locura de aquella situación. Su padre avergonzado, su madre dolida, Óscar perdido, Martín quizá asustado, y ella sin poder adivinar qué sol derretiría aquel iceberg que les había caído encima. Todo eso en un cuarto de estar de diez metros cuadrados. Había algo que no cabía, que rebasaba aquel espacio asfixiante, algo que quedaba fuera de la puerta del cuarto de estar. Oihana nunca ha llegado a saber qué es. Todavía hoy en día, cuando van de visita a casa de su madre, le parece que colgado de la puerta del cuarto de estar hay algo que no ve. Oihana le ha dicho a Katti que lo ve todo. Con gafas. Mentira. Una más. Y no sabe con qué derecho lo ha dicho. He ahí el fantasma. Colgado de la puerta del cuarto de estar en casa de la abuela.

Óscar les dijo que no llevaba mucho tiempo en el oficio pero que estuvieran tranquilos. Que todos los días, para cuando su padre fuera a salir de casa, estaría en el portal de casa esperándole, que cada día harían el trayecto al trabajo por un camino diferente, que cuando tuvieran que usar el coche él revisaría los bajos, que siempre que cualquiera de ellos tuviera que salir a la calle con su padre él iría con ellos, que tendrían que hacerle un sitio también en vacaciones, que al anochecer bajaran pronto las persianas, que no abrieran la puerta a nadie, que no respondieran al timbre del portal automático, que

fueran discretos con los vecinos, que no contaran a nadie qué intenciones tenía la familia, que no hicieran cambios de planes, que nada de invitados ni celebraciones familiares. Que estuvieran alerta. Y que estuvieran tranquilos. Que tendrían las espaldas cubiertas, y el pecho también. Oihana miró a su madre y su madre la miró y, con el gesto habitual, le quiso decir eso de «Luego hablamos». Oihana sabía que su padre la miraba, pero no se atrevió a mirarle a él. Si no hubiera estado Óscar delante, seguramente hubiera actuado de otra manera. Se quedó callada. Y quieta. Como pidiendo permiso a Óscar, a ver qué podía o debía hacer. Recuerda que era un sábado a la tarde y que tenía diecinueve años. Permaneció mucho rato allí donde estaba sentada, también cuando su padre y Óscar se marcharon. Al sofá le quedó la marca del vacío. Oihana todavía nota el rasguño que le hizo con las uñas. Una cicatriz que no llegó a ser agujero. Ahí está todavía. El sofá ha hecho suya la memoria de veintidós años. Oihana nunca se ha sentado otra vez sobre ese rasguño. Siempre ha intentado deliberadamente sentarse un poco más a la derecha o un poco más a la izquierda.

Cuando su padre y Óscar salieron de casa, Oihana se dio cuenta de que delante de Óscar su padre se volvía invisible. No tenía ni espalda ni pecho, eran unos pies caminando, ya no podía distinguir nada más de su padre. En aquella larga lista de advertencias, Oihana echó de menos que Óscar les dijera: «Tranquilos, vuestro padre no va a desaparecer». Y dicho con firmeza, sin titubeos. Sin dejar espacio para la duda. Lo necesitaba, pero no lo escuchó. «Se le habrá olvidado, se le habrá olvidado, se le habrá olvidado», repetía en su interior Oihana cuando Óscar salió de casa convertido en la sombra de su padre. Sin dar portazos. Discretamente.

3

–Mamá, yo no sé enfadarme. ¿Eso cómo se hace?
–¿Qué pasa ahora, Katti?
–¿Qué tengo que meter en el corazón? ¿Leones?
–¿Cuántos vas a meter? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Ocho?
–Muchos, muchos, muchos.
–¿Pero cómo vas a meter muchos muchos muchos leones en tu corazón?
–Empujando, empujando fuerte.
–¿Eso también te lo ha dicho Irei?
–No, con Irei me he enfadado.
–Entonces ya sabes enfadarte.
–Yo me he enfadado, pero él no se ha dado cuenta. Y eso no vale.
–Díselo.
–Mamá, ¿dónde puedo conseguir leones?
–Dile que estás enfadada.
–No le voy a perdonar.
–¿Hasta cuándo?
–Hasta nunca.
–Habla bien, Katti. ¿Qué es hasta nunca?
–Hasta siempre.
–¿No vas a hablar nunca más con Irei?
–No.
–¿Cómo le vas a decir entonces que estás enfadada? ¿Cómo te va a pedir que le perdones, cómo te va a decir si quieres ser su amiga otra vez?
–Irei no es mi amigo. No le voy a perdonar.
–Pero, Katti…
–¿No me vas a preguntar qué me ha hecho?

A los cinco años de la muerte de su padre, Oihana tuvo una crisis. A las noches no dormía dos horas seguidas. La mayoría de las veces las últimas horas de la noche las pasaba en la cama de su madre. Le preguntaba a su madre si estaba despierta, si podía abrazarla, si podían volverse niñas otra vez, si podían comer palomitas o chocolate o macarrones. Y si le harían a la luna un huequito en la cama. «Dormiremos pegaditas, mamá», le decía Oihana. Pero su madre, la mayoría de las veces, no se despertaba, y Oihana se pasaba despierta aquellas últimas horas de la noche, esperando a que la luna iluminara las sábanas, sin percatarse de que para ello también tenían que meter el sol entre ellas. Aquella cama, sin embargo, era demasiado pequeña

desde que su padre no dormía con su madre.

Una de aquellas noches la madre se acercó a la cama de su hija. Sin dudarlo y bruscamente, encendió la luz de la habitación de Oihana. Serían las dos de la mañana. «¡Mamá!». Oihana abrió los ojos de par en par, enrojecidos, sin tiempo siquiera de despertarse. Su madre le pidió que se vistiera y le dijo que se marchaban. «¡Pero mamá!». Que se pusiera calzado cómodo. «¿Dónde vamos?» Su madre cogió las llaves del coche. «¿Vas a coger el coche a estas horas?». Cuando entraron en el coche, Oihana vio un ramo de margaritas silvestres sobre el asiento trasero. «¿Para quién son esas flores?» Recorrieron tres o cuatro kilómetros hacia el monte y su madre detuvo el coche. «Vamos a dónde papá, ¿verdad?», le preguntó Oihana a su madre, que había salido ya del coche. Hacía calor, un calor asfixiante. «34», recordó Oihana. Medio kilómetro más allá de donde dejaron el coche, un riachuelo atravesaba el bosque sombrío.

–¿Te has dado cuenta, mamá? Las sombras que produce la luna son más largas que las del sol –le dijo Oihana a su madre.

–Y se deslizan más a dentro en el bosque. ¿Ves las heridas?

–Eso lo decía papá.

–«Oihana, ¿ves las heridas del viento?» –le dijo la madre sonriente, imitando la voz recia del padre.

–Yo no las veía, mamá.

–Pues le decías que sí.

–Porque se alegraba. Me decía: «¡Imaginación, imaginación!» Y yo pensaba que la imaginación era mentir. Y él tiraba de mi mentira y me decía: «Ponle agua oxigenada al viento en la herida». Y ahí iba yo sin pensarlo dos veces, iba corriendo al río a coger agua oxigenada. Una vez me caí entre las piedras y me hice una herida en la rodilla. No sé dónde estabas tú aquella tarde. Papá me puso unos cabezones recién nacidos en la rodilla. «Se tragarán tu dolor», me dijo. Y se tragaron mi dolor. Mamá, ¿a qué hemos venido?

Para entonces su madre estaba lejos, muy lejos. Cinco años más adelante. Avanzaba en el bosque con las margaritas silvestres en la mano. Arrastraba su cuerpo como sollozando. A Oihana le pareció que el riachuelo que descendía por el bosque nacía de la cintura de su madre. Iba cayendo, sí, resbalando lentamente, haciendo suya la frialdad de las piedras. El riachuelo chapoteaba, como si estuviera dando palmaditas; el propio cauce parecía querer atrapar los reflejos de la superficie del agua. Estaba todo tan oscuro… Oihana, unos diez metros más atrás, dejó que su madre hiciera aquello que quería. Arrojó las diez margaritas silvestres allí donde las aguas del río hacían un salto mayor. Oihana tuvo la impresión de que se suicidaban. Y cuando llegó a la par de su madre, se sentó a su lado, apoyó la cabeza sobre el hombro de su madre y le susurró: –¿No eran para papá?

Su madre alargó el brazo, fue un movimiento inconsciente. Cogerlas o dejarlas escapar. Pero para entonces las margaritas silvestres estaban ya lejos. Muy lejos. Y demasiado empapadas.

–Oigo todas las noches lo que me dices –le confesó a Oihana. La noche estaba excesivamente oscura–. Todas las noches. «Dormiremos pegaditas, mamá». Te oigo todas las noches. Pero no soy capaz, Oihana; no me siento capaz de ser la madre de esa niña que escondes en tu interior. Por eso no abro los ojos. Para no ver que el tiempo está pasando. Pero se acabó. No podemos seguir así. «¡Adelante!», diría tu padre –separó el hombro de la cabeza de Oihana y, sujetando con ambas manos los hombros de su hija, le miró a los ojos. Consiguió que sus ojos volaran–. Oihana, tenemos que tirar para adelante. ¿Me escuchas? Para adelante.

Oihana sabía que tarde o temprano llegaría el momento. Y le daba miedo. Le producía pavor tener que expulsar sus fantasmas internos, sus fieras internas. Se meó en los pantalones. Encima. Eran las cuatro de la mañana. Las sombras de la luna eran tremendamente largas a lo largo del bosque. Su madre no se dio cuenta. Oihana quería margaritas silvestres. Necesitaba tener algo en las manos, algo que cubriera la desnudez de sus palmas. Cinco años atrás habían esparcido allí mismo las cenizas de su padre. En el lugar preferido de su padre, en la profundidad de aquel bosque que hacía visibles las heridas del viento. Su padre quedó allí, lo dejaron allí, allí lo dejaron cinco años atrás, y ahora su madre decía que había que tirar para adelante. La noche enmudecía, estaba demasiado callada.

–Nunca les perdonaré –dijo Oihana a su madre.

II

Compañero enemigo, no te mueras,
ni me mates, ni huyas, ni te rindas,
que tenemos que hablar de muchas cosas.

Juan Antonio Bermúdez

1

Oihana iba descalza cuando se le ha caído el vaso al suelo. Es después cuando se ha puesto las zapatillas. Las zapatillas rosas de casa, esas que no gustan a nadie pero todos quieren. Esas que siempre están delante. Incordiando muchas veces. En casa hacen muchas risas a costa de esas zapatillas. Katti le dice a su padre que se quite las suyas, que se las dé a su madre y que se ponga él las zapatillas rosas. Oihana tiene el pie pequeño, y Jorge, en cambio, muy grande. Eso les resulta gracioso a todos en casa: esa dificultad para andar con un pie pequeño en una zapatilla grande y con un pie grande en una zapatilla pequeña. Muchas veces parece que andan buscando motivos para reírse. Oihana se ríe pocas veces, y su hija le pide una y otra vez que lo haga. «Abre más la boca, mamá», le dice Katti. «Hasta la garganta».

Hoy, en cambio, cuando se le ha caído el vaso al suelo, no se han escuchado risas en casa. Oihana estaba sola en la cocina. Y descalza. Andaba descalza porque estaba sola. Le agrada la frialdad del suelo de la cocina. Esa compañía. «El frío y yo», le dice a Jorge cuando él le llama por teléfono para avisarle de que saldrá tarde de la reunión y le pregunta: «¿Quiénes estáis en casa?». «El frío y yo». Él le dice: «Si acertáis a abrazaros, guardad un poquito de calor para mí». Y se ríen. Y bromean. Y ya está. Con eso suficiente. Ni besos, ni adiós, ni hasta luego. Oihana prefiere dejar la conversación ahí, sin espacio para un adiós. Es una costumbre que tiene, una costumbre como otra cualquiera. Un juego al fin y al cabo. O una necesidad todavía sin definir. Otro modo de interrumpir la vida.

Todos le respetan eso, excepto su hermano. Cada vez que se ven, muy de vez en cuando, le pregunta por qué lo hace. Eso de cortar la conversación sin despedirse. Oihana no le responde nada y con la mirada le dice que la deje en paz. Y Martín la deja en paz. A su modo, porque algunas paces son solamente la ceniza de otras guerras. Oihana vive con esa angustia. Son demasiados silencios. No acierta a completar el puzle con las piezas de silencio que se crean con su hermano. Tampoco le va a contar lo de la llamada. Otra pieza más que se perderá bajo la cama.

Oihana no sabe si el vaso se le ha caído por la llamada o lo ha tirado ella. El suelo de la cocina se le ha llenado de pequeños trozos de cristal y, de repente, lo que estaba frío le ha resultado más frío todavía, y Jorge, cuando ha llegado a casa, la ha encontrado así, inmóvil, como si estuviera contando uno a uno los pequeños trozos de cristal. Y parecía que los ojos le saltaban. «Déjale, déjale, déjale», ha pensado Jorge, «déjale su espacio, su tiempo, déjale un cabello». Eso

les decía un tal Mateo en aquel curso tan gris. A Jorge le había llamado la atención un anuncio que vio en la calle, un anuncio bastante sucio, mojado, casi despegado de la pared. Y Jorge llamó. Diez sesiones casi gratis. Después le compró algunos complementos para la meditación: esterillas para poner en el suelo y cosas así. Fue un fraude. Más que por el dinero, por el tiempo. Mateo les robó demasiado tiempo a Jorge y a los otros que participaron en el curso. Diez sesiones en silencio, con la mirada clavada unos en otros. «Quien encuentre la sombra de la niña del ojo ahí tendrá la respuesta que necesita», les decía Mateo al inicio de cada sesión. Y se pasaban las dos horas en silencio mirándose fijamente a los ojos. «La próxima sesión, más silencio», les decía Mateo, y, sorprendentemente, los tres alumnos volvían. A pesar de preguntarse a sí mismo qué rayos era aquello, había una especie de gozo que impulsaba a Jorge a no faltar. En el último abrazo de despedida es cuando Mateo le soltó al oído aquel «Déjale, déjale, déjale», y después, tras el «¿Cómo?» de extrañeza de Jorge, aquello de «Déjale su espacio, déjale su tiempo, déjale un cabello».

–¿Qué? –le devolvió Jorge la pregunta.

–Si tienes cerca a alguien angustiado, déjale su espacio, déjale su tiempo, y déjale un cabello –le dijo y, llevando su mano a la cabeza, Mateo tiró y arrancó de raíz uno de sus pelos. Largo y canoso. E inmediatamente se lo dio a Jorge–. Para cuando te haga falta.

–¿Un pelo?

–Un asidero.

–¿Un asidero?

–Mucho más firme de lo que tú te crees. No lo olvides, Jorge, déjale, tres veces. El entorno te lo agradecerá.

«Déjale, déjale, déjale», ha pensado Jorge al ver así a Oihana. Parecía otro cristal roto entre los trozos de cristal del suelo. Inmóvil, tremendamente inmóvil. Y frágil. Un trozo de cristal más. Triste, enfadada, perdida… Jorge no ha distinguido bien su expresión. Sombría. Como ida. Ha visto las zapatillas rosas en la puerta. Oihana lo hace muchas veces: dejar las zapatillas en la puerta y entrar descalza a la cocina. Para sentir bajo los pies el dolor del frío. «El frío del dolor», le dice a Jorge. Hoy no le ha dicho nada. Está callada. Inmóvil. Y Jorge se ha marchado. Le ha dejado su espacio. Antes de irse le ha echado un vistazo al reloj. Le ha dejado su tiempo. Y ha depositado un cabello sobre las zapatillas rosas. Un cabello suyo. De color de miel de brezo. Rizado. Se lo ha arrancado de raíz aguantando el dolor. Y ha dejado el pelo. Para Oihana. Para que lo coja si es que lo necesita.

Oihana se ha dado cuenta de que Jorge la ha estado observando desde la puerta, pero no le ha dicho nada. Han sido dos segundos y medio.

Uno, ha aparecido en la puerta de la cocina. Dos, se ha agachado para dejar algo sobre las zapatillas rosas. Y se ha marchado enseguida. Un intervalo de medio segundo: estaba y ya no estaba. Cuando se ha marchado Jorge, cuando Jorge ha salido huyendo, Oihana ha tenido la tentación de pisar los trozos de cristal. No es la primera vez que se pregunta si acaso el dolor puede resultar más doloroso. Siempre ha pensado que el dolor físico fue creado para mitigar otros dolores que no pueden ser definidos. Piensa que esa es la causa de las quemaduras, de los rasguños, de las heridas. Piensa que esa es la razón de los trozos de cristal. Todos bajo los pies. Allí donde no se ven.

Una tentación grande, demasiado grande: la cocina llena de pequeños trozos de cristal. Se ha caído el vaso. Lo ha tirado. A propósito. Lo ha tirado, se lo ha tirado.

–¡Mamá! –ha oído, y se ha interrumpido la magia del dolor. ¿Pero Lukas estaba en casa?–. Me voy con mis amigos, a la calle. ¿Hoy para cenar tortilla de patatas? –y se ha marchado. Todo eso se lo ha dicho desde lejos. Desde la calle casi. Y, entretanto, touché–. ¡Te quiero!

Se ha interrumpido la magia del dolor. Y, de repente, Oihana ha hecho todo sin pensarlo: coger la escoba, recoger los añicos y tirarlos. Con rapidez y cuidado. Se ha puesto las zapatillas rosas. Y ha repetido todo otra vez: coger la escoba, recoger los añicos y tirarlos. Siempre queda alguno. Por mucho que los barras, siempre queda uno más. Un cristal más. Una herida más.

Al volver a casa, Lukas encuentra a Oihana pelando patatas. Agarra por la cintura a su madre y le da un fuerte abrazo. A Oihana le gusta cortar las patatas muy finas, hacer que los huevos dancen en el bol de cristal, que los trocitos de pimiento verde y cebolla se mezclen y, de vez en cuando, convertir la cena de ese día en una fiesta para su hijo. Es tan sencillo: una tortilla de patatas. Una luna llena. Briznas de oscuridad. Darle eso que pide. No siempre es posible, pero hoy sí. Lukas lo deseaba y Oihana lo necesitaba.

–Gracias, mamá –Lukas coge un cuchillo y se pone a pelar otra patata. Oihana pone la sartén al fuego. Echa abundante aceite y el calor comienza a nadar y brincar aquí y allá–. Y ahora…

–¡Ahora a llorar juntos! –dice Oihana riéndose, y Lukas le responde también riendo. Cogen cada uno una cebolla y juegan a ver si aguantándose las lágrimas logran no mojar la encimera–. Ponte esa cebolla más cerca de los ojos, chiquito. ¿Quién te ha enseñado a hacer trampas?

–Tienes los ojos rojos. ¿Has llorado? –y sí, Lukas hace trampas. Es muy brujo.

–Los dos estamos llorando.

–Te estás frotando los ojos, mamá, no es lo mismo –Lukas mete la

mano en el bolsillo de la bata de su madre–. ¿Y este trozo de cristal? –A Oihana le gusta que su hijo le pida cuentas y le interrogue. En ocasiones le confiesa a Lukas: «Ahora mismo necesito un padre. ¿Quieres ser mi padre?» Y luego se arrepiente. No se le puede pedir eso a un chaval de catorce años.

–Antes se me ha caído un vaso. Y al recoger los añicos este me ha llamado la atención. Es bonito, ¿no te parece? No sé… tiene algo especial.

–Parece una mano. Una mano pequeñita.

–Eso mismo he pensado yo. Una mano. Y entonces me la he metido al bolsillo para enseñárosla.

–¿Se la has enseñado a Katti?

–No ha venido todavía. Se ha ido a dar una vuelta con la abuela. Por lo visto, querían comprar una planta para ponerla en el cuarto de estar. Me ha dicho que es una sorpresa. Que cierre los ojos cuando lleguen.

–Ayer la vi llorando.

–¿Quién estaba llorando? ¿Katti?

–Bueno, no sé si llorando. Tenía los ojos rojos. Como los tienes tú ahora. Algo le había pasado con Irei.

Jorge ha llegado en ese instante a casa, y a Oihana le ha cambiado totalmente el semblante. El vaso, los trozos de cristal, el dolor, el fantasma de Jorge depositando algo sobre las zapatillas rosas. Otra vez mil imágenes. A Oihana por un instante, hablando con Lukas, se le ha olvidado lo de la llamada.

–¡Mmmmmmmmmmm! ¡Tortilla de patatas! ¡Qué buena idea…!

–Idea de Lukas –le interrumpe Oihana a Jorge. Y se han quedado mirándose a los ojos. Se han hablado a los ojos, comunicándose sin decir palabra: «Antes te he visto». «En la cocina», él. «Yo también te he visto. Desde la cocina», ella.

–¡Gracias, Lukas! ¡Hoy para mí dos raciones, por favor!

–¡Cómo te vas a poner! –ríen ambos después de que Lukas le ponga la mano en la barriga a Jorge.

Oihana sale de la cocina y se mete en el cuarto de baño: primero la cabeza, y después, como empujando a toda prisa, el resto del cuerpo. En el cuarto de baño siempre encuentra más oxígeno. Hoy siente ahogo en sus pulmones. Si fuera a urgencias y el médico le preguntara qué le pasa, le respondería que no puede respirar. Que no, que no tiene agua en los pulmones, sino un dolor que rebosa, un muro de hielo que no tiene necesidad de derretir. Que le dé un sol. «Lo que me retuerce el aliento es el dolor de un muro de hielo que no tiene necesidad de derretirse. Un hambre irracional. Sí, eso en los pulmones». El médico seguramente le diría que se tranquilizara, que el dolor, en todo caso, se siente en el corazón. Eso Oihana lo sabe porque

el médico ya se lo dijo una vez. Que el dolor no es tal. Que tome aire con tranquilidad. «Es cuestión de tiempo», le dijo la doctora Soroa. Oihana ha aprendido a vivir con ese ahogo. Y se mete en el cuarto de baño buscando un asidero. Si no, sale a correr. Corre y corre, cambiando una y otra vez el ritmo de la respiración.

La llamada. El suelo frío de la cocina. El vaso en el suelo. Un trozo de cristal en el bolsillo. Las zapatillas rosas. Jorge y la felicidad de Lukas. La llamada. Hoy ha entrado en el baño y ha empezado a contar azulejos verdes. Los clasifica de uno en uno y en grupos de cinco. Después de tres en tres, golpeándolos con la palma de la mano. Le tranquiliza darse cuenta de que a veces sobran azulejos y otras veces faltan, percibir que los conjuntos no son perfectos. «Necesito un padre, necesito un padre, necesito un padre». En su conjunto imperfecto siempre hay el mismo defecto. Por eso le grita siempre al último azulejo, echándole en cara el dolor que comparten. El azulejo verde no le proporcionará un padre, pero le da oxígeno. Y eso le basta a Oihana para sobrevivir en el día a día. Una crisis, dos crisis. Hace tiempo que no sentía algo semejante.

Entra Jorge al baño. De repente. sin dejarle tiempo ni espacio ni asideros. Se asusta con los gritos de Oihana. La toma en sus brazos y le acaricia la nuca, tiene empapados los rizos en su cuello. Hacía mucho tiempo que no veía así a Oihana. Las secuelas del paso del tiempo.

–Oihana… Tranquila… ¿Qué te pasa? Antes… –y Jorge le ha soltado todo de golpe–. En la cocina. ¿Qué estabas haciendo? Oihana… Por favor, ten cuidado con los cristales. ¿Me oyes? Un pelo, sí, te lo he dejado encima de las zapatillas rosas. Un pelo. Lukas me ha dicho que has estado llorando. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre, Oihana?

–Ha llamado alguien –dice Oihana sentada en el suelo. Hincha y deshincha sus pulmones, y, al inspirar sus pechos se elevan.

–¿Alguien, Oihana? ¿Qué es eso? ¿Cómo alguien? ¿Quién ha llamado? ¿Era para ti? –Jorge le coge por el mentón para que, por favor, le mire. Oihana se ha quedado mirando al suelo. Si no, romperá a llorar.

–Santi.

–¿Qué Santi, Oihana? ¿Quién es Santi?

Oihana mete la mano en el bolsillo. Saca un papel amarillo todo arrugado. Tiene apuntados a lápiz un nombre y un apellido y un número de teléfono. Jorge intenta pronunciar las letras caídas.

–Santi… Biz… kar… ti-di. Santi Bizkardi. ¿Quién es, Oihana?

–Un periodista –Oihana ya algo más serena, más entera–. O un sociólogo, no sé muy bien lo que ha dicho. Un antropólogo quizá. No sé. Me ha empezado a hablar de mi padre y ya no le he oído nada más. Mi padre, mi padre. ¡Joder, Jorge, otra vez! –De nuevo un muro de hielo en sus pulmones.

–¿Qué quiere?

–Una cita.
–¿Una cita? ¿Para qué?
–Una entrevista, para un estudio o algo así.
–¿Ahora?
–¿Cómo ahora?
–No sé. Tan tarde. O tan pronto. ¿Ahora es el momento?
– …
–¿Tú sola?
–No sé, Jorge, no sé, no se lo he preguntado. No le he preguntado nada.
–¿Qué le has dicho?
–Que necesito tiempo.
–¿Tiempo para qué?
–No sé, Jorge, no sé. Todo es cuestión de tiempo, ¿no?
–¿Se lo has dicho a Martín?
Jorge le ha dado el papel amarillo a Oihana. Y la mano. Oihana tiene sus manos llenas de las manos de Jorge. Siempre le ha ayudado. Jorge es como una pequeña sombra del padre que necesita. También hoy le ha ayudado a levantarse del suelo, y cuando han quedado a la vista los azulejos que quedaban ocultos tras Oihana, Jorge se ha dado cuenta de que les hace falta un buen fregado. Mañana los limpiará, hace falta renovar el oxígeno de ese baño. Si Oihana le pide consejo, él le dirá que debería contárselo a Martín.

Si se lo cuenta a su madre, ya sabe qué le va a decir. Le dirá que acuda a la cita: «Habla, habla mucho de tu padre. Cuéntale que tenía una sonrisa preciosa, una sonrisa paternal, que cuando abría la boca demasiado se notaba que le faltaba la muela de atrás y que del hueco donde en tiempos había estado esa muela se le escapaban pequeñas risotadas. Cuéntale lo de la foto, lo de cuando casi se tragó el sol. Que amaba tremendamente la vida, dile eso. Que sí, que a todos nos gusta vivir, pero que algunos aman la vida, están enamorados de la vida. Que lo de tu padre era pasión por la vida. Cuéntale que cuando la sombra del guardaespaldas se lo tragó aprendió a vivir de nuevo. Que en parte perdió a su hijo, y que vivió con ese dolor sus últimos meses. Pero dile que a pesar de eso seguía teniendo hambre de vida. Y que nos quería muchísimo. Que era muy humano. Y que cómo es posible que haya ocurrido todo esto. Háblale mucho de tu padre, de la caja que guardaba bajo la cama. Que todavía sigue allí, debajo de la cama, cerrada con llave, y que nadie sabe dónde guardaba la llave para abrirla. Que la hemos buscado pero que no la hemos encontrado en ninguna parte. Que él nos decía que ya llegaría el momento, y que, por lo visto, no ha llegado todavía. Que le robaron y nos robaron el tiempo. Y que no, que no pensamos romper el candado. Que tener la

caja cerrada es como mantener vivo a tu padre. Háblale mucho de tu padre y, sobre todo, háblale de ti. Cuéntale lo de la soledad. ¿Cómo me decías? "Esta soledad es diferente, mamá". ¿Te acuerdas? Me decías: "Esta soledad es muy traicionera, empieza a hablar y no calla". Me preguntabas: "¿Dónde está la gente?". Y yo seguramente algo te decía, pero no te respondía. Toma, más soledad para ti. Mira, Oihana, ese es mi dolor, en determinados momentos yo fui una soledad más para ti. También puedes contarle eso. ¿Cómo has dicho? ¿Santi Bizkardi?».

Oihana ya sabe que, si le cuenta lo de la llamada, su madre le dirá algo así. Y no quiere oírlo. No ahora. No desea respuestas claras y seguras, no desea voces ni miradas firmes; ahora necesita la duda, alguien que al mismo tiempo le diga que sí y que no, alguien que, sobre todo, la proteja en su incapacidad para tomar decisiones. Empujones no. Por favor, empujones no. A su madre siempre le ha pedido lo que su madre siempre le ha dado: pausa, sosiego y fuerza. Si no, se resquebrajaría. Oihana sabe que de otro modo se resquebrajaría. Pero ahora tiene un sentimiento extraño. Quiere experimentar el dolor de otro modo. Desde fuera. Como si no fuera propio. Desea verlo, porque, si no, se le escapará una vez más. Y piensa que es esta su última oportunidad, su última ocasión para no correr detrás del dolor. Y para eso necesita la duda. Oihana sabe que lo mejor sería contarle a su madre lo de la llamada, pero no lo hará. Quiere tener la sensación de que está haciendo algo mal. Lo necesita.

Oihana pocas veces anda sola por la Calle Mayor. Antes de nacer Katti, solía dar una vuelta por allí con Jorge y se echaban algún vino. En la Calle Mayor hay cuatro bares y solían entrar a dos de ellos. A la Herriko[1] nunca; y tampoco al bar de Miguel. Cuando era joven entró en alguna ocasión a la Herriko. Casi siempre era Saioa la que proponía entrar allí y solía ser el primer lugar de reunión de la cuadrilla los sábados a la noche. Un bar. Un bar más, que ofrecía la opción de bailar aunque fuera a empujones. Oihana no tenía costumbre de quedarse mirando a las fotos, carteles y pancartas que solían estar colgados en las paredes. Cuando su padre empezó a recibir amenazas, en cambio, dejó de ir. Salía de fiesta más tarde o no salía. No recuerda por qué adoptó conscientemente la decisión de no ir a la Herriko. Recuerda algunas miradas, largas miradas, de esas que se mantienen durante demasiado tiempo. Sería quizá por aquellas miradas. Cuando asesinaron a su padre, dejó incluso de pasar por la Calle Mayor. No podía comprender, no lo podía soportar, no podía aceptar que junto a las fotografías gigantes de gente del pueblo que estaba en la cárcel no hubiera ninguna foto de su padre. También su padre era del pueblo. También su padre faltaba. También su padre debía estar en el pueblo. «Las paredes del pueblo, por lo visto, no son de todos», le escuchó una

vez a su madre. El otro día Katti le preguntó a Oihana a ver de quién era el patio de la escuela. Algo tenía que decirle y Oihana le respondió que era de todos. Aunque en la mirada de su hija notó la sombra de la duda, no añadió nada y no le aclaró nada más. «Mamá, pues Irei dice que las chicas no…». Oihana le interrumpió enseguida con una retahíla sin pausa: «¿Has-cogido-todo? Ya-sabes-que-después-del-ballet-no-volvemos-a-casa-y-que-se-nos-hará-tarde. Cómete-ese-plátano-y-venga-vamos-que-se-nos-va-a-hacer-tarde. ¿Sabes-que-hoy-estás-guapísima?» Oihana sabía que si le dejaba hablar a Katti no acertaría a responderle con calma. Últimamente eso lo hace muchas veces con Katti. Se siente incómoda con sus preguntas y para ahuyentar esa desazón interrumpe una y otra vez las preguntas que le hace su hija. Le corta, sí, pero de forma delicada, con mucho cuidado. «Manipulación», le dice Jorge guiñándole un ojo, con humor, buscando quitarle importancia a la situación. «Malicia de adulto», piensa ella, arrepentida de lo que le hace a su hija. «Otra incapacidad de los adultos», es la convicción de Oihana, «con todas las preguntas que no les respondemos o les respondemos mal se les hace un nudo en el estómago, y de ahí vienen tantos dolores de tripa, náuseas y diarreas. No les ayudamos a digerir bien la realidad».

Últimamente con Katti recorre a menudo la Calle Mayor, primero al ballet y después a prisa al parque. Hoy Oihana va sola. Al final se ha puesto las botas rojas. Quizá no será el día más apropiado para estrenar las botas rojas, pero le hace falta sentir alguna incomodidad, algo cómplice que le aligere el dolor de cabeza. Se mira en todos los escaparates de la calle para percibir la elegancia de sus botas. Se nota a distancia que son nuevas, recién sacadas de la caja. Le hacen un poco de daño en la parte superior del meñique del pie izquierdo. Para cuando llegue a casa se le habrá hecho una rozadura y le sangrará, pero eso no le preocupa a Oihana. Está casi agradecida a ese dolor. Por estar ahí rivalizando con otros dolores que le resultan difíciles de definir.

«No sé si acudiré. Desde que me llamaste, sueño todos los días con mi padre. Es bonito, pero muy duro. Igual no estoy preparada todavía. Veintidós años. Aún no sé qué soy desde que mataron a mi padre». No quería volver a hablar con aquel hombre. Por eso le envió un mensaje por Whatsapp. «Si es que voy, el miércoles a las 18:00 en la cafetería de la Calle Mayor». Y Santi le contestó: «Tómatelo con tranquilidad. Si acudes, perfecto. Así podré conocerte. Gracias». Hoy es miércoles y Oihana va calle arriba con sus zapatos rojos. Al final Jorge le ha animado, también hoy a la mañana se la ha encontrado llorando en el baño, y se ha puesto duro. A ver hasta cuándo, a ver hasta cuándo va a seguir así, atrapada en el dolor. Que mire a Katti. «¡Cabrón!», ha pensado Oihana. Que le mire a Katti, que ya es hora de que conozca a

su abuelo. «¡Qué cabrón redomado!», ha pensado Oihana. Cabrón, sí, por citar a Katti. Cabrón, sí, por tener razón. Un cabronazo, por el temple de su tono. Siempre acierta en qué decir, cómo y cuándo. Por eso le quiere. Porque le empuja solo en su justa medida.

Se ha metido unos caramelos de menta en el bolso, y pañuelos de papel. Eso es lo que más teme, llorar delante de un desconocido. Y no quiere hacerlo. En una situación así nadie suele saber qué hacer con las lágrimas, ni quien llora ni quien mira al que está llorando. Recoger las lágrimas y arrojarlas, recogerlas y guardarlas, guardarlas y esperar. O dejar que caigan. En esas situaciones Oihana siempre ha tenido un sentimiento de abandono. Y han sido ya tres o cuatro veces. Suficientes como para tenerle pánico a otro encuentro semejante.

Sin embargo, antes de llegar a la cafetería, como necesitaba dinero y andaba bien de tiempo, y como tenía necesidad de sacar las manos de los bolsillos para controlar sus nervios, con la intención de desviarse un poquito de la dirección correcta, Oihana se ha acercado a un cajero automático. Delante de ella estaba un señor. Cuando él ha terminado de hacer sus trámites y ha dado media vuelta, casi ha chocado con Oihana.

–¡Martín!

–¡Oihana! ¿Qué…? –Martín ha mirado a su alrededor como para asegurarse de si Oihana estaba con alguien más–. ¿Qué haces aquí?

–No vivo lejos.

–¿Pasando la tarde?

–Más o menos. Una cita.

–¿Una cita? ¿Todo bien con Jorge?

–Sí. Muy bien. ¿Por qué?

–No sé, una cita… ¿Con quién?

–Yo también me alegro de verte. ¿Y tú con Sonia? ¿Todo bien?

–Mejor que nunca. Hala, sigue, que se te va a hacer tarde.

–No, no, tranquilo. No importa –Oihana ha mirado su reloj. Las 18:03. Es tarde. No le gusta llegar tarde a ninguna parte. No acudirá. «Una excusa», le dirá Jorge. «No estabas convencida. No querías ir»–. La dejaré para otro día. La cita.

–Pero, ¿quién…? O sea… ¿tomamos algo?

–Hace mucho que no estamos juntos –a Oihana le cuesta mirar a los ojos a su hermano. Se le han acumulado las arrugas en la mirada. Serán casi seis o siete meses sin tener noticias uno del otro. «Has envejecido, Martín», ha pensado Oihana–. Nos hará bien.

–Vamos al bar de Miguel.

Y se han marchado al bar de Miguel.

–¿Sabes? –Oihana escudriña con la mirada cada rincón del bar. Le ha parecido que hay una luz mortecina–. No había entrado nunca aquí.

–¿En este antro?

–Sí, en este antro. Saioa le llamaba zulo. Nunca llegamos a entrar. Y después tampoco he estado nunca. Ahí quedan las marcas y las costumbres. Saioa solía decir: «Al zulo los topos. Y los maderos».
–Y tú callada.
–Sí, yo callada. ¿Qué le iba a decir? ¿A ver quiénes eran los topos y los maderos? Yo tenía dieciséis años. Diecisiete. Y mi interior lleno de silencios.
–Tampoco hablabas conmigo.
–Tú desapareciste.
–Papá me echó de casa.
–¿Cómo puedes decir eso?
–No había sitio para todos.
–¿Lo dices por Óscar? Papá necesitaba ayuda. Óscar vino a protegerlo.
–Pues, por lo visto, no lo protegió muy bien. ¿No te das cuenta? Estamos todos muertos. Papá desaparecido y nosotros muertos –a Martín se le ha escapado una especie de grito que no ha llegado a serlo.
Oihana ha hecho gesto de mirar si había o no alguien detrás; «Que no haya nadie», ha deseado. «Que no haya nadie, por favor, que no haya nadie». Miguel, que está al otro lado de la barra, la ha pillado mirando hacia atrás. Está lavando y enjuagando unos vasos de cristal bajo el grifo. No hay nadie más en el bar. Y Martín se ha callado, y menos mal. Oihana se está arrepintiendo de no haber acudido a la cita. Hay una foto junto a la puerta del váter, un rostro sin ojos. La persona de la foto tiene los labios rojos. Está comiendo algo, parece que son fresas. Parece que esté tragándose la nariz de un payaso. Está bajo un cielo verde, y tiene una barca junto a su oreja izquierda. Cuando se ha fijado en la foto, Oihana se ha quedado mirándola y se ha tranquilizado. Por un momento incluso ha conseguido sentarse en la barca; «Que descienda directamente por el orificio de la oreja hasta la boca roja». Miguel ha pasado por delante de la fotografía y ha entrado en el váter. Oihana ha mirado a Martín, y le ha parecido que su hermano está a punto de perder los ojos. No quisiera ver a su hermano sin ojos. A partir de ahora le llamará una vez a la semana y le invitará a comer. A él y a Sonia, una vez al mes más o menos.
–¿Qué tal Katti y Lukas? –a pesar de que pasan poco tiempo juntos, Martín quiere mucho a sus sobrinos.
–Lukas cada vez se parece más a su abuelo. Mira qué mofletes tiene –Oihana saca del bolso el móvil y le enseña a Martín una foto de su hijo. Ambos sonríen–. No hay nadie en el mundo con esos mofletes.
–Como los de papá. Unos mofletes imposibles.
–Unos mofletes llenos de miga de pan –la madre así le decía a su marido, que tenía los mofletes llenos de miga de pan, de tanto comer.
–Mofletes llenos de miga de pan –repite Martín–. Tampoco he estado

con mamá desde hace tiempo.
–Pues deberías. Ya sabes que mamá tiene mucha fuerza, para ella y para los demás.
–Sí, demasiada. Yo estoy en otra fase, Oihana. Ya lo sabes.
No, Oihana no lo sabe. El dolor es dolor. Oihana se ha callado. También en otras ocasiones han llegado a ese punto de la conversación y Oihana nunca ha acertado a seguir adelante. Miguel ha vuelto tras la barra y ha comenzado a secar los vasos de cristal. Desde donde está sentada Oihana es capaz de distinguir las gotitas de agua en las paredes de los vasos. «El dolor es dolor», piensa, «el dolor es dolor aunque cada lágrima nos moje de manera diferente». Le ha parecido que los vasos están llorando, que no tienen muchas ganas de baile. Y Miguel ahí está dale que te pego. Empeñado en su tarea.
Martín se ha acercado a la barra y ha pedido otras dos cervezas. Miguel se ha quedado mirando a Oihana como preguntándole si realmente quería otra, pero Oihana no le mira. Oihana está intentando introducirse en la barca de la fotografía de la pared. Pero en caso de conseguirlo no sabe si Martín tendrá la fuerza suficiente para empujarla.
–Tomaremos otra –Martín deja sobre la mesa los dos botellines de cerveza y se sienta de nuevo frente a su hermana. Y ha echado un buen trago de la suya.
–Gracias, Martín, pero con una tenía suficiente.
–Es una excusa para estar contigo un poco más.
–Como cuando éramos críos.
–Apagábamos la luz y nos pegábamos hablando hasta bien entrada la noche.
–¿De qué hablábamos?
–De la escuela, de las historias con los amigos… y dibujábamos el futuro.
–Muchas veces dibujábamos barcas.
–Siempre al borde de las cascadas. Casi precipitándose. «¿Y ahora qué?», me solías preguntar.
–Y para entonces te habías quedado dormido.
–Oía lo que me preguntabas. Pero prefería no decir nada. Prefería caer en la cascada. Me escondía tras la oscuridad.
–Mira esa foto de ahí atrás. ¿Qué tiene dentro de la oreja?
–No te contestaba. Ya entonces era un cobarde.
–Yo me sentía bien; viajé mucho dentro de aquella barca.
–Por eso te solías despertar mojada por la mañana.
–¡Qué va! ¡Lo que pasa es que me meaba! –hacía mucho tiempo que Oihana no veía a su hermano sonreír, y eso le ha agradado. Parece que ahora está más tranquilo. Tiene una luciérnaga bajo el párpado del ojo derecho–. Entonces éramos más libres –y nada más decirlo se

ha arrepentido de haberlo dicho. Hace mucho tiempo que había decidido no dividir la escala del tiempo con los términos «entonces» y «ahora».
–¿Éramos más felices?
–Éramos más inocentes.
–Dentro de la oreja hay otra oreja.
–Yo también he pensado lo mismo. Y que la oreja de dentro, además, es más grande.
–Miguel, arranca, saca otra cerveza –Oihana mira a su hermano asombrada, preocupada, enfadada, pero él ni se ha dado cuenta. Martín ha cogido el botellín de manos de Miguel y le ha pegado un buen trago.
–¿Miguel es tu amigo o qué?
–¿Por qué dices eso?
–No sé, por el modo de hablarle. El tono, los gestos…
–Vengo de vez en cuando, y me siento bien. Miguel nunca me ha cerrado las puertas.
–¿Otros sí?
–Eso lo sabes perfectamente. ¿O no?
–Yo quería ser joven, Martín.
–Y no nos dejaron. Éramos como los demás. Estudiábamos, teníamos amigos y nos lo queríamos pasar bien. Éramos jóvenes. Pero vivíamos con un guardaespaldas.
–¿Y qué?
–Oihana, por favor.
–Yo eso nunca lo entendí.
–Nos convirtieron en enemigos a los ojos de la gente.
–Me sentí muy sola –la mirada de Oihana intenta evitar las lágrimas. Nunca le había contado nada de eso a Martín. Se está sintiendo bien y eso le da miedo. Terminará llorando y no quiere hacerlo.
–Y yo no estuve a tu lado.
–No, no estuviste a mi lado. Pero no me refería a ti. Sino a las amigas, los compañeros, los profesores… Joder, hasta Rubén me dio la espalda. Rubén, sí, Martín, Rubén. Me dijo que no fuera más a las clases de guitarra. Me lo pidió por favor, y me dijo que muchas gracias. Y yo ya no volví.
–¡Qué cerdo! –Martín golpea con el puño en la mesa y el botellín de cerveza ya vacía casi se ha caído al suelo rodando. La otra la tiene Martín en la mano, la de Oihana–. ¡Cerdo! –repite Martín, más bajo, más lentamente, más groseramente. Oihana le nota una resignación peligrosa.
–Martín… por favor –Oihana se ha dado cuenta de que Miguel les está mirando. No le ha gustado la reacción de su hermano. Y no sabiendo qué hacer, ha mirado la hora en su reloj. Después le ha puesto a

Martín la mano en el hombro. Un semiabrazo–. Me voy. Tengo que ir a buscar a Katti. Ven a casa cuando quieras. Díselo a Sonia.
–No te enfades, Oihana.
–Tranquilo.
–No se lo cuentes a mamá –Martín parece un niño de cinco años rogándole a su hermana que no se chive. Cuando están juntos siguen siendo los niños de mamá. Emocionalmente niños. Débiles. Desprotegidos. Emocionalmente vírgenes.
Oihana sonríe y le da un abrazo sincero.
–Si se lo cuentas tú, yo no lo haré.
–¡Bruja!
Y ahora sí, se han dado un abrazo. Un abrazo de verdad. Lo necesitaban. Sobre todo, Oihana. Sobre todo, Martín. El dolor de corazón y de cabeza les ha bajado hasta la axila. El dolor. Que vaya donde quiera. Si no puede salir o desaparecer o desvanecerse, que se mueva donde quiera. Pero, por favor, que no les parasite el corazón.

Si al llegar a casa Jorge le hubiera preguntado qué tal estaba, Oihana se lo habría contado. Todo. Con todo detalle. Incluso por qué había llegado tarde a casa. Se lo habría contado todo aunque hubieran estado delante los hijos. Le habría contado que no había acudido a la cita, que había estado con Martín, que había conocido aquel antro, la mirada de Miguel, lo de la oreja y la barca, lo del abrazo y que había dejado allí a Martín. Algo chispa ya. «¿Oye, Jorge, ya sabes cómo es el dolor de sobaco?», le habría soltado aunque hubieran estado los críos delante. Pero Jorge no le ha preguntado nada. Y seguramente por eso, porque los críos estaban delante. Y para cuando los críos estaban en la cama Oihana no tenía tanta necesidad de contar nada, y cuando antes de ir a dormir Jorge se le ha acercado a preguntarle qué tal estaba, le ha contestado que bien, que bastante bien. Jorge se ha percatado enseguida de que no era el momento. Llevan ocho años juntos. Jorge se ha ido a la cama y Oihana se ha quedado leyendo en el sillón del cuarto de estar. Mirando. A la novela. Y a la orquídea que le regalaron Katti y su madre. Recomiéndose las tripas. Nerviosa. Mal. Parece mentira. Es solo agua, pero hasta las paredes de hormigón se agrietan en los pantanos. No parece difícil: es cuestión de desahogarse, de vaciarse. Lo tiene fácil Oihana: acercarse a la cama, pedirle a Jorge que la abrace y desahogarse. Vaciar y vaciar. Jorge estará deseando saber cómo está. Preocupado. Oihana ha mirado el reloj. 23:08. Jorge estará despierto. Leyendo, seguro. Oihana ha mirado el teléfono y ha llamado a su madre. El curso de algunos ríos es de ida. Otros, de vuelta. Y aunque algunos impulsos no nos dejan tiempo para pensar, hay que saber dónde vaciarse.
Oihana ha llamado a su madre. Le ha contado que de vuelta a casa ha

tropezado con una pequeña raíz que había en el borde de la acera y que se ha caído. «No, no me he hecho daño». Que no, que no ha visto que nadie se estuviera riendo a su alrededor, pero que le ha resultado duro. «Mamá, nadie ha hecho el mínimo gesto de acercarse». «Soledad», le ha repetido Oihana a su madre. «Soledad. ¿Y cómo se le dice a ese temblor que se te produce cuando a tu alrededor se crea un gran vacío? Pues, eso, mamá, cuando me temblaban las piernas me he acordado de ti, y me he acordado de papá. Y he entrado, total, ¿qué importaba un poco más de temblor y soledad? Sí, mamá, ese era el momento; hace mucho tiempo que tenía esa necesidad, y ganas y angustia y ese sudor en la frente. Si no lo hubiera hecho así, sin tenerlo previsto, no lo habría hecho nunca. Ha tenido que ser como consecuencia de esa pequeña raíz. He entrado. Y no ha pasado nada. Quiero decir que nadie me ha mirado como la hija de mi padre». Su madre no le ha preguntado por el lugar: «¿Pero dónde, dónde, Oihana, dónde has entrado?». Enseguida ha entendido a qué se refería. Su madre solloza al otro lado del teléfono de un modo imperceptible para su hija: retorciendo el eco, de modo seco. Del modo más doloroso.

Feli tiene delante la foto de su difunto marido. Su marido lleva a Martín a hombros. Martín de crío. Martín inocente. Martín feliz. Oihana está dándole la espalda al fotógrafo. Otra espalda. En el centro de la foto enmarcada. Podía ser una de esas fotos que se guardan y pierden en un cajón. No es una foto nada elegante. Y, sin embargo, Feli decidió comprar un marco y ponerla en la entrada de casa. La fotografía la fortalece en sí misma. Por eso la mira cuando se siente, como ahora, débil y perdida, hundida, con la mente muy muy lejos. Hay en casa otras fotos en las que aparecen los tres, pero esta tiene algo que deberían tener todas las fotos, algo que pocas fotos tienen: parece que en cualquier momento va a salir también el autor de la fotografía. Feli quería aparecer en la foto. Les dijo que la esperaran. Por eso se ve la espalda de Oihana. Por eso ese juego de manos de Martín. Por eso el gesto torcido en la boca de su marido. Le gritó algo. ¿Que qué le dijo? Feli lo no recuerda. Y eso le produce una tremenda angustia, ese tener que aceptar que nadie le aclarará nunca esas u otras cosas. Cada vez que se pone delante de la foto se ahoga y, como de vez en cuando quiere ahogarse deliberadamente, en esas ocasiones se planta delante de la foto. Es un modo de respirar vida. De otro modo todo le resultaría imposible. En especial la relación con Oihana y Martín.

–Quería saber qué cerveza tienen y, de paso, ver la decoración. Tenía esa curiosidad, mamá –Oihana le habla con demasiada frialdad, con demasiada entereza, como si estuviera contando las andanzas de otra persona. A la defensiva.

–¿Y? –Feli está más perdida que nunca. Le falta información. ¿De qué

le está hablando su hija? ¿Por qué? Se está sintiendo como nunca se había sentido, débil. Y no quiere que sea así. No sabe realmente cómo está su hija: contenta, triste, enfadada, derrumbada… Y no es difícil averiguarlo: basta preguntárselo. Pero no se atreve, porque nota que hay algo que no le cuadra.

–Todo madera, excepto las fotos de los presos. La barra, las mesas, las sillas, las escaleras, el lauburu… El techo y el suelo también. Si alguien quisiera prenderle fuego…

–¡Oihana! ¿Quién le va a prender fuego? ¿Tú?

–¡Mamá! ¿Te has vuelto loca o qué?

–Perdona, Oihana –todo pende en el aire; las palabras, las emociones, la conexión telefónica–. ¿Y la cerveza?

–Rica. Muy rica. Me he bebido una y luego le he pedido otra al camarero. Y me la ha sacado. Imagínate, pensaba que no me iba a dejar entrar. Y al final dos cervezas. El camarero era joven, muy joven. No me ha reconocido. No sabía quién era yo. Mejor así. O no. No sé. No había nadie más. Cuando he ido al baño he visto a Txisto. Estaba en la cocina. Él no me ha visto. Estaba dando la espalda a la puerta. Y me he sentido poderosa. Y también una mierda.

–¿Y ahora cómo estás?

–Temblando.

Solo era una sospecha. Sospecha nunca probada. Piezas del puzle de la verdad. Vivía en el mismo portal, y de un día para otro desapareció. Era bueno en los estudios. También en el deporte. Y en las relaciones. Incluso ligando era bueno. Y, además, guapo. Eso decían las amigas de Oihana: «Y, además…». A Oihana así le parecía, que era guapo.

Un día lo pilló. Oihana nunca se lo ha contado a nadie. Estaba escribiendo en su mesa del instituto. Txisto en la mesa de Oihana. No había nadie más en la clase. Oihana siguió adelante. Txisto no la vio. ¿Y si hubiera entrado? ¿Y si le hubiera mirado a los ojos y penetrado hasta las entrañas? Pero no lo hizo. Y luego leyó lo que tenía que leer, cuando se sentó a hacer el examen de Historia. «Tu padre es un cabrón. Un traidor. El pueblo no se lo perdonará». Sobre la mesa. Con letras gruesas. En rojo. Todo bien escrito. Correctamente. Con soberbia. Sangre. Serio, sin signos de admiración. Escrito con convencimiento. Y con capacidad de convencer. Txisto estaba en el último curso del instituto, a Oihana le quedaban dos para ir a la universidad. Para huir. Sacó un cero en aquel examen de Historia. Al padre de Oihana lo mataron dos años después y un rumor se extendió en el barrio y en el pueblo. Que era Txisto quien había pasado la información. Que fue Txisto quien informó de los movimientos del padre de Oihana.

Oihana tiene una imagen grabada en la mente, una imagen que no ha

conseguido borrar. Y por el miedo a olvidarla se agarra a ella. Es un empeño que mantiene expresamente desde hace mucho tiempo. No sabe muy bien en qué le ayuda, ya que a veces le aumenta el dolor. Pero lo necesita. Cuando cierra los ojos, no ve más que colores. Colores y risas. En la imagen aparece Txisto riendo y el padre de Oihana con una camiseta de tirantes de colorines. Oihana está aprendiendo a mantener el equilibrio sobre una bici de dos ruedas en el amplio patio frente a casa. El padre corre junto a Oihana, sujetando de vez en cuando la bici por el parte posterior del sillín, animándola. Unai les mira fijamente, aburrido y con envidia. En aquel momento Txisto tendría seis años y todavía se llamaba Unai. Después de un buen rato, Oihana deja la bici en el suelo y se va a todo correr a por la merienda. Tiene a su madre mirando desde el balcón de casa, y le dice gritando: «Mamá, ¿has visto? ¿Has visto?». Cuando regresa con el bocadillo de chocolate al lugar donde ha dejado la bicicleta, Oihana ve a Unai encima de la bici, todo empeño. El padre de Oihana le sujeta del sillín. «¡Aúpa, aúpa!», le dice con el mismo vigor que a su hija. Unai hace el gesto de levantar ambas manos repitiendo «¡Campeón, campeón!». Pierde el equilibrio y se cae. Tras un segundo y medio en silencio, se troncha de risa. El padre de Oihana, viendo que el chaval se ríe, ríe él también. Oihana al principio se ha puesto nerviosa. La bicicleta ha ido al suelo. La bici nueva. La bici rosa. La bici bonita. Pero al final se ríe. Y le pega un mordisco al pan y al chocolate. Y le da el último pedazo a Unai. Ahora es su turno y necesita tener las manos libres para sujetar la bici. Han pasado juntos toda la tarde. Oihana al final ha aprendido a andar en bici sin la ayuda de su padre. Unai aún no. Antes de irse a casa, el padre de Oihana le da una palmadita en la espalda a Unai. «Sigue intentándolo», le dice. «Lo conseguirás». Y le ha dado dos o tres achuchones. «La fiesta de las costillas!», le grita Oihana a Unai por encima de las risas. La fiesta de las costillas. Su padre se lo repite todas las noches al acostarse. De camino a casa Oihana mira hacia atrás por un instante. Allí se ha quedado Unai. Solo. Dando patadas a una piedra.

Sabía que ocurriría y quería que ocurriera delante de Jorge. No tenía por qué, pero era muy probable que fuera a la vuelta de la escuela. Los riesgos de la socialización. O los beneficios. Alguien tiene que deshacer los nudos, y cuando no se atreve uno mismo se agradece que otro tire de los cordones. Aunque luego haya que andar descalzo entre espinas. Es preferible la herida de los pinchazos que un desgarro para toda la vida. Sabía que ocurriría. Pero, sin embargo, todo ha ocurrido de manera no deseada: un viernes en que Jorge trabajaba y Oihana se sentía débil, con las emociones a flor de piel, todas alborotadas. Y,

además, con Lukas delante. Catorce años. Casi un hombre. Observándolo todo. En silencio. Analizando la situación. Puestos a elegir, habría preferido que Lukas no estuviera delante. Oihana tenía miedo de sentirse juzgada. Era la abuela quien había hablado con Lukas. Feli. Podía haber sido así por pura casualidad. Pero no. Oihana se lo pidió expresamente a su madre, se lo rogó. Le dijo que ella no se sentía capaz. Que no encontraba las palabras adecuadas. Se acuerda mucho de aquel momento. De aquel momento en que le preguntó a su madre dónde se encontraban las palabras para contar algo así. Lukas tenía seis años. La abuela le contó que a su abuelo lo habían asesinado. Oihana no sabe qué más le dijo. Cómo lo hizo. Sabe que lo hizo bien. Oihana nunca ha notado en Lukas ningún atisbo de odio, y eso le tranquiliza. Pero lleva consigo la vergüenza, el dolor y la inquietud. Han pasado muchos años desde entonces, desde aquella conversación entre abuela y nieto, y con su hijo no ha hablado nunca de su abuelo. Nunca le ha contado que recorría montones de kilómetros en bici, que se le rompían todos los huevos fritos al pasarlos de la sartén al plato, que echaba a la hierba todos los caracoles que encontraba en el asfalto para que nadie los pisara, y que hubo un tiempo en que los jueves a la tarde metía un caramelo en el buzón de todos los vecinos. Nunca le ha contado lo de la ráfaga de aire. Ni tampoco aquello de cuando se comió una página de una novela que le gustaba. A gusto le diría: «Así era, un zumbado». Sabe que la abuela le ha contado algunas cosas de ese estilo, pero ahora, estos días, cuando se ha puesto a rememorar, se le ha agudizado el dolor en el páramo de silencio donde la conciencia hace enconar las heridas. Lukas nunca se le ha acercado preguntándole por el abuelo, toda la curiosidad con respecto al abuelo se la ha satisfecho su abuela. Oihana muchas veces ha pensado que así era «mejor», porque ha creído que quien teme el sufrimiento suele esconder sus miedos y deja al descubierto sus dolores. «Y el dolor trae dolor», le ha solido decir Oihana a su madre, «y yo no quiero hacerle daño a Lukas. Mi dolor es una mala herencia». Pensándolo fríamente, en cambio, cree que «no es mejor». Ha enjugado muchas veces las lágrimas de su hijo, pero nunca han llorado juntos. Y eso es algo que necesita quien teme al miedo: llegar a tiempo y solícito a las citas del dolor. Y con alguien. Aunque ese alguien sea un menor de edad.

Oihana ahora tiene la ocasión, pues está sola en casa. Sola, es decir, sin ningún otro adulto en casa. ¿Dónde estás, Jorge? Tiene enfrente a su hija de cinco años, y mirando desde atrás a su hijo de catorce. Lukas cree que no le ven, pero Oihana nota que está al otro lado de la puerta del cuarto de estar. Oihana lo ve, y él también mira atento, con los ojos bien abiertos. Entre ambos, la rendija de la puerta. Una rendija, una herida. Oihana a gusto le diría: «Ven aquí». Ahora tiene la

oportunidad. Pero Katti ha empezado ya a hablar. Aunque Oihana no quería que ocurriese así, Katti ya ha empezado. Cuando un niño está dolido, no suele levantar el dedo índice. No pide su turno. No pide permiso. Un niño dolido revienta. Un niño dolido lo revienta todo.

–Mamá, Irei me ha dicho que estoy sola en el mundo. Que todos tienen dos abuelos y dos abuelas y que a mí me falta un abuelo. Y luego se ha reído y yo he empezado a llorar porque se ha reído y porque me falta un abuelo. Y es verdad, me falta un abuelo. El abuelo Loren está aquí. ¿Pero dónde está el abuelo abuelo? Porque Irei dice que todos tenemos un abuelo abuelo y que a mí me falta. Y se ha reído. Solo él. Nadie más entendía qué estaba diciendo. Yo tampoco. Yo un poco. Mamá, ¿vendrá el abuelo? ¿El abuelo abuelo?

Y Oihana se lo ha contado todo. No sabe muy bien qué, pero cree que le ha contado lo que debía contarle. Katti ha estado atenta escuchándole y luego se ha ido a su habitación. De todas maneras, antes de irse, le ha dicho a su madre que esté tranquila, que el cielo es muy grande, «El cielo es gigante, supergrandísimo, mamá», pero que encontrarán al abuelo, y que lo llevarán a donde Irei y le dirán: «¿Ves? No tiene agujeros». La madre le ha dado un beso. Y otro más. Y se le han revuelto las tripas con la última pregunta de su hija, pregunta inesperada: «Mamá, ¿después de llevarlo a la escuela el abuelo volverá al cielo o se quedará con nosotros?».

No le ha respondido. Las trampas de los adultos. El poder de los adultos. Le ha dado otro beso. Parece que la niña se ha quedado tranquila, y eso no es poco. Ahí sigue la orquídea. Está repleta de flores. Demasiadas. A veces hay que dejar que los colores caigan como las hojas, a veces los colores no caben y pugnan entre ellos por el espacio. Cuando la abuela y la nieta entraron en casa, Oihana fingió sorpresa. Su madre le cucó un ojo y vio feliz a Katti. De eso hace ahora una semana. En aquel momento tenía en el bolsillo el trozo de cristal y el papel amarillo. Ahora no se encuentra mejor. Se encuentra bastante peor. Está de espaldas, pero lo nota. Viene Lukas. Lo tiene detrás. Al lado. Ha estado mirando. Escuchando. Mientras hablaba con Katti ha visto que estaba mirando. Pero, a pesar de todo, Oihana no se ha escondido. ¿Cómo va a huir una madre de su hijo? Ya sabe qué le va a decir ahora su hijo. Igual tenía que ser así. Será mejor para los dos. Y, sin embargo, Oihana prefiere no oír nada. Es su hijo y tiene catorce años. Demasiado niño, igual que ella. También Oihana se siente demasiado niña como para asumir sobre sí toda la responsabilidad del dolor. Lukas le habla a sus espaldas. La orquídea está hermosa. Se meó encima. Ahora también podría mearse en los pantalones. Y no quiere que ocurra.

–Mamá –Oihana se gira y ve a su hijo frente a frente–, no le has dicho la verdad a Katti. ¡Al abuelo lo mataron! –dice Lukas gritando–. ¡Lo

mataron! ¡Un tiro en la cabeza, pum! ¡Al abuelo lo mató eta!

Notas:

1 Una Herriko (taberna) (en euskera, «taberna del pueblo») es un bar frecuentado por afiliados y simpatizantes de la izquierda abertzale.

2

Al mediodía suele terminar exhausta; intenta dar de sí todo lo que puede, alocadamente, muchas veces sin saber qué, cuándo, para qué o a quién. Cuando suena el timbre y se marchan todos los alumnos, se acerca a la ventana y contempla cómo se dirigen a casa. Algunos se alejan solos, otros en grupo o de dos en dos. También hay quien se queda en la puerta del instituto como esperando, o huyendo. Oihana fija su atención en las mochilas. En el color y tamaño de las mochilas. En la inclinación de las espaldas encorvadas. Y le parece que hay algo que sobra, o la mochila o la espalda. No lleva mucho rato mirando, cinco minutos, diez como mucho. Es increíble lo rápido que se vacía el instituto. Más de seiscientos alumnos y alumnas. Están y ya no están. Una evacuación. Demasiado sencillo. Ella le llama «ocupación del silencio».

Oihana no quería ser profesora. Deseaba pintar los pensamientos blancos de su interior, y luego darles forma y mancharlos. Manchar el papel, manchar las paredes, manchar los lienzos. Y las conciencias. Y todo ello desde la vergüenza. Con trazos finos. Oihana tenía un afán especial por reducir los ojos a dimensiones infinitesimales y por crear pequeñez a partir de aquello que no existe. Cree que tenía ese afán desde niña. Y eso es lo que intentó. Fue a Leioa a estudiar Bellas Artes. Estando allí asesinaron a su padre. Y luego se marchó a Italia. Por la pintura, sí, pero sobre todo porque habían asesinado a su padre. Su madre le dijo que se fuera y ella se fue. En Italia conoció tres ciudades: Roma, Florencia y Alberobello. Aquello fue deambular una vez más. Un perderse deliberado. Un dejar de existir. Un modo de facilitar la vida. Y aprendió mucho. No tanto a empequeñecer los ojos, pero sí a rasgarlos. A rasgar las miradas. Así le han salido las obras que ha realizado. Agrietadas y sucias. Se fue para unos pocos meses y pasó cuatro años; al volver fue cuando acabó sus estudios. No sabe qué habría ocurrido si no se hubiera marchado fuera, si no se hubiera servido del tiempo y del espacio para crear y marcar distancia. Y es que Oihana desde entonces cree en las distancias fortificadas, en las distancias que no son agujeros. «Fortificad la distancia», les dice a los alumnos, «Construid. Y cansaos. Que vuestra obra sea realmente vuestra. Un trabajo artesanal. Que se note vuestro sudor». Como casi todo y casi siempre, también les dice a los alumnos: «La distancia puede ser un fraude. Falsa. Pocas cosas hay más peligrosas». Ya sabe que los alumnos no le entienden absolutamente nada. Y seguramente lo hace por eso. De otra manera no sabría con quién hablar así. Charlar, de modo ininteligible, pero en la medida que ella lo necesita.

Los alumnos no se quejan. Son un público fiel. Son los trucos del profesor. El poder de los docentes. Todo lo que no entra para el examen lo interiorizan de otra manera. Le escuchan.

En Italia llegó incluso a ser feliz. Estando allí, imaginaba que su padre estaba en casa junto a su madre y riñendo con Martín. Lo que uno no ve se lo imagina. El dolor así resulta diferente. Le hacía sentirse feliz ese deseo de contarle una y mil cosas a su padre cuando volviese a casa. Cada uno se hace sus trampas. Ese es un poder que tenemos dentro de nosotros mismos. Hasta llegó a comprar alguna postal. Los trulli de Alberobello. E incluso le escribió a su padre pidiéndole que cogiera a su madre y le hicieran una visita. «Acabo de llegar. Todavía no he visto los trulli por dentro, pero diría que viven muñecas. Las casas de aquí son mágicas, están de pie, firmes, pero también podrían ser derribadas fácilmente…». En Alberobello todo está piedra sobre piedra, sin nada que las una. Se construye fácil. Pero también es fácil derruir lo construido. Por si acaso. De modo que se pueda deshacer la casa fácilmente si acaso viene alguien a cobrar algún impuesto por haberla construido. Alguien. El Reino de Nápoles o quien sea. «Los trulli más antiguos que ahora mismo están en pie son del siglo xiv. Papá, aquí todo es un cilindro, todo es un cono. Si venís, preguntad por vuestra muñeca. Creo que me quedaré aquí por un tiempo…». Arrojó la carta al mar. Para que fuera al sur, y luego avanzara y ascendiera hasta llegar al País Vasco. Ya se las arreglaría la carta para llegar a su destino.

Oihana conoció a un chico de Alberobello. Dulce, cercano. Él fue quien le contó que en aquellas casas de piedra tan especiales vivían muñecas. Él le contó que el frío de la piedra y el calor del sol pugnaban por conquistar los espacios. Que por eso eran como eran las calles del pueblo. Que estaban como derretidas. Que eran de hielo. Y de fuego. Oihana llegó a querer a aquel joven. Hasta que se dio cuenta de que no sería capaz de contarle nada sobre su padre. ¿Qué le iba a contar? ¿Que habían matado a su padre? Sí, intencionadamente. Que así lo decidieron y lo hicieron. Sí, matarlo. Asesinarlo. ¿Con qué palabras, con qué tono, con qué expresión de cara se le cuenta eso a quien quiere compartir contigo la cama y algo más? Algo más. Oihana pasó dos noches dirimiendo cuánto quería dar de sí misma y cómo. Dimensionando ese «algo más». Luego llegaría ese violento «¿Por qué?». ¿Por qué lo mataron? Si le daba pie, se lo preguntaría. Era lo natural. Oihana le dijo a Flavio que se marchaba. Y se derrumbó la casa de piedra. Le dijo que era un joven majísimo y guapísimo. Y que había sido hermoso jugar con las muñecas. Que no había un porqué. Que en ocasiones el amor, de modo incomprensible, nos justifica. Y también el odio.

Y entonces se quedó sin amante y sin padre. Fue en busca de su

madre y la encontró donde siempre. Con el mismo pecho de siempre. Tanto es así que a gusto se hubiera enganchado a su teta. En aquel momento así lo pensó y incluso hoy en día lo piensa muchas veces. El pecho de una madre. Piensa que también el adulto necesita de ese sosiego inmortal, ese abandonarse tan racional. Que también el adulto tiene esa necesidad. Sobre todo el adulto. Y piensa que por qué se acaba tan pronto, casi siempre en los primeros meses. El retorno a casa fue muy duro. Sentía el barrio bastante más lejano. Ya no tenía padre. La vida y la muerte: Oihana notaba que a su padre le habían robado ambas cosas. Durante días anduvo buscando su rastro de sangre, pero en la sucia acera llena de chicles no encontró nada que pudiera ser de su padre. El futuro guardará la memoria de los chicles. Y de las hormigas. Se mire donde se mire, ahí estará siempre una hormiga recorriendo el pasado. Si no es alguna hormiga que ya estuvo allí, será otra de una generación posterior. Esas hormigas rojas que solemos ver tienen una esperanza de vida de tres años; las hormigas obreras, de dos años. La mayoría, en cambio, morirán pisoteadas. Antes de tiempo. Y, sin embargo, podían haber vivido en paz. Las hormigas reinas de determinadas especies pueden vivir hasta quince años, incluso treinta. Viven protegidas. Las reinas. Esas que alardean: «Aquí computamos el tiempo, no lo contamos, vosotras seguid al campo de batalla». Qué diferente es estar al resguardo y estar expuestas en la plaza. La plaza: es un riesgo notorio, en medio de la civilización salvaje. No solo ocurre con las hormigas. Las marionetas, esas que se suelen usar sujetas de cuatro hilos, sin soporte, terminan rompiéndose. La porcelana se guarda y se protege en vitrinas. Así dura casi para siempre. La reina. «Ve tú a morir, yo desde aquí ya te ordenaré qué tienes que hacer». Y aunque parezca asombroso y cruel, algunos-muchos-demasiados van hacia la muerte, no porque crean que deba ser así, sino porque una voz en la sombra les ha prometido el sol. La plaza es placentera. Hasta que comienza a llover. Hormigas. Muchas morirán pisoteadas. La mayoría. Cuando su padre cayó al suelo abatido, seguramente habría atrapado muchas debajo de sí. Cuántas muertes. En eso iba pensado Oihana cuando vio una hilera de hormigas en el lugar donde hubo un rastro de sangre de su padre: ¡cuántas muertes! Fue muy duro el retorno. Nadie le hizo ningún gesto de bienvenida. Ni para bien ni para mal. Indiferencia. Un laberinto mudo.

Como no podía conciliar el sueño, de madrugada se metía en la cama de su madre. Fue una de esas noches cuando su madre la llevó, a rastras, empujada, al lugar donde esparcieron las cenizas de su padre. Arrojaron las margaritas silvestres. Las suicidaron en las aguas del riachuelo. «Oihana, tenemos que pedirle más a la vida, ¿me has oído?». Oihana le entendió enseguida. ¡Eran tan claras la voz y la

mirada de Feli! Enseguida entendió que aquel pedir tenía mucho de dar. Y ahí Oihana se perdió. Ella precisaba otro ritmo.

A Fran lo conoció más tarde. A la vuelta de Italia, Oihana retomó sus estudios. Pasaba casi todo el tiempo en Bilbao. En el campus de Leioa, en cambio, el menor tiempo posible, lo estrictamente necesario; y el resto del tiempo en el piso que tenía alquilado con otras dos estudiantes. Tenía una relación bonita con sus compañeras de piso, sobre todo con Zuhara. A las dos les gustaba cocinar. Zuhara era estudiante de Química, y para ella la cocina era su laboratorio. Para Oihana, un taller. La una hacía mezclas y la otra creaba esculturas. Luego se comían todo lo que hacían. Su sueño nocturno dependía del número de gotas de limón. Sueño casi siempre ácido. Pero también dulce en ocasiones. Zuhara tenía una fijación especial con el limón. Con lo ácido. «Es una explosión dulce», le decía a Oihana, «nunca llega a ser agradable, pero es como un dolor necesario. La lengua se me mete en la garganta». Y Oihana le decía entonces: «Entonces, echa más jugo de limón. Que la obra de arte haga que los músculos se contraigan». La mayoría de las horas Oihana las pasaba pintando y diseñando esculturas. Organizaba en casa pequeñas exposiciones. En el cuarto de baño. «Te gusta jugar con el olor, ¿eh?», le dijo Zuhara en cierta ocasión. «El mal olor enmascara las emociones», respondió Oihana.

–¿Por eso eliges el baño? –Zuhara se bajó las bragas y se sentó en la taza del váter, dejando la puerta abierta. «Natural», decía ella. A Oihana le daba igual.

–El váter de esta casa está demasiado limpio.

–No creas. Lo limpio también puede resultar repugnante.

Oihana le quería decir que ella deseaba dejar a la vista más emociones que las que ellas percibían. Pero las cosas que expresamos sin palabras nunca llegan a la otra persona tal y como nosotros deseamos. La obra de Oihana precisaba otra calma, otro conocimiento de la artista. Era bonita la relación que tenía Oihana con Zuhara, pero no del todo sincera. Oihana era Oihana. Sin apellidos ni origen. Eso constituía la soledad aislada de Oihana. El pasado era muy de su propiedad. Muy íntimo. Muy condensado. Era su opción: basta de sufrimientos. Y necesitaba una amiga. Una al menos. Por eso se acercó así a Zuhara. Desde la distancia.

Ocurrió una vez que estaban mirando al televisor. Estaban ambas medio tumbadas sobre el sofá, las dos en bragas, las dos en plan «estoy cansada, pero no me voy a la cama». No había espacio para esconderse una de la otra. Los muslos de ambas a la vista, muy a la vista, y eso podía ser suficiente para percibir mejor los temblores de la compañera. Pero cuando en el último informativo, en el repaso de lo ocurrido durante el día, salió como primera noticia que eta había

perpetrado un atentado en el que había asesinado a tres guardias civiles, todo se tornó turbio. Demasiadas gotas de limón sobre los muslos. «¡Cerdos!», dijo Zuhara. Y, casi inmediatamente, arañando el silencio, añadió: «¿Eh, Oihana?». Y Oihana dijo, «Sí, cerdos». Con la voz en el limbo. Aparecieron unos rostros en la televisión. En la parte superior de la pantalla, los rostros de los tres guardias civiles asesinados. En la parte inferior, los de los dos miembros de eta que presuntamente habían colocado la bomba. Todos juntos, arriba y abajo, sin ángulo para mirarse mutuamente. Ángulos ciegos. Oihana, sin ganas de pensar en otra cosa, se preguntó si acaso cabrían los cinco rostros en el mismo espacio en las televisiones con una pantalla mucho más pequeña. Quizá en algunas casas solamente verían las caras de los miembros de eta, y en otras las de los guardias civiles. Oihana se acordó del parche que usaba de cría para taparse el ojo derecho. La lista de todas aquellas cosas no vistas podía ser tremendamente larga; por algo jugaba siempre en la misma zona del parque. Lo más sorprendente es que cuando le quitaron el parche seguía jugando en la misma zona.

Zuhara se fue a la cama. Oihana no. Quería ver el siguiente informativo de la madrugada. Deseaba ver de nuevo los cinco rostros en la pantalla. «¡Cerdos!», había dicho Zuhara. Oihana no sabía si Zuhara se refería a los de arriba o a los de abajo. Con Zuhara reía, lloraba, gritaba, bailaba y jugaba. Con Zuhara sorbía limones. Pero Zuhara era Zuhara. No sabía nada más de ella. Ni sus apellidos ni su origen.

A Fran lo conoció al día siguiente de aquel atentado. Sintió la necesidad de viajar, cogió el tren y se marchó a Valencia. En el piso les dijo: «Voy a hacer una escapada rápida a Barcelona. Una visita a una amiga. En dos días estoy de vuelta en casa». Les dejó una nota escrita, porque tuvo que salir muy temprano. Les dejó el papel sobre la mesa. La nota y un dibujo. Unos trazos. Podía ser una sonrisa. O un pájaro. O la lengua de una serpiente. Tuvo muchos minutos en el tren para pensar por qué había hecho eso. Oihana actuó como pocas veces lo había hecho, como nunca lo había hecho: primero lo hizo y después pensó en ello. Los tramos entre túnel y túnel los hizo con los ojos cerrados. A veces dormida. A veces traspuesta. En los túneles miraba el reflejo de su cara. Necesitaba espejos. Se dio cuenta de ello la víspera. Al acostarse. Se dio cuenta de que los rostros de aquellos cuatro hombres y aquella mujer le daban mil vueltas en su mente. Al acostarse se dio cuenta de que nunca miraba a los ojos a aquella persona del espejo. Que le miraba al pelo, a las cejas, a los dientes, a los labios, al cuello, a los pechos, a la cintura, a la vulva, a los muslos, a las rodillas. A los zapatos, a los pantalones, a las camisetas, a los collares. Y a los sombreros que tanto le gustaban. Y a las pecas. Y a las

pestañas. Y a las lentillas. Pero nunca a los ojos. Se dio cuenta de que nunca le vio los ojos. Ni antes de que hubieran matado a su padre, ni después. Se dio cuenta la víspera, al ir a la cama, cuando al querer ver en el espejo la pantalla del televisor se topó con sus ojos. Dos orificios colmados. Dos criaturas gritando. Dos maletas huyendo. Vio algo que le resultó desconocido. Justo en el medio. Una diana perfecta. Agua en lo negro. Y en el agua, sequedad. Era semejante al dolor. Pero Oihana no dibujaba así el dolor en sus trabajos. Necesitaba espejos. Túneles. Minutos. Identificación. Dolor, odio, rabia, desesperación, impotencia, miedo, asco, debilidad. ¿Qué era lo que le hacía sufrir tanto?

–Perdona, ¿estás bien?

–¿Eh? –Oihana miró al hombre que estaba sentado a su lado. Le miró a los ojos. ¿Por qué le bailaba el ojo izquierdo?

–Me he fijado que estabas llorando.

–¿Y?

El ojo derecho también le bailaba. Bajó la cabeza y, al instante, miró hacia el otro lado. Oihana extrajo un pañuelo de la mochila que solía llevar siempre en el regazo, y recogió sus lágrimas en él. Metió el pañuelo en la mochila y la mochila pareció llorar. El hombre hizo ademán de mirarla otra vez, un giro de cuello. Pero no pasó de la intención. Oihana cerró los ojos. En las largas y amplias llanuras no suele haber túneles. El dolor se pierde en la distancia. Como cuando cierras los ojos. Ni túneles, ni espejos, ni ojos, ni dianas. Todo es más complicado en las orografías abruptas. Las distancias se ahogan. Es un acoso. Todo es un tú sobre mí. Y, por fin, llegaron a Valencia.

Aquel hombre dijo adiós a Oihana; y Oihana le devolvió el saludo. Por cortesía. Y cada uno de ellos tomó su camino. Sin embargo, decir que cada uno tomó su camino es mucho decir. Es mucho decir cuando en una ciudad extraña no sabes ni a dónde vas y sobre todo no sabes qué estás haciendo. Al cabo de veinte minutos, coincidieron otra vez. Casualidades del destino, fruto de andar sin rumbo. Segundas oportunidades dando vueltas de campana. Oihana desde lejos lo vio y le dejó acercarse. Dos soledades perdidas. El hombre llevaba una maleta grande, a Oihana le pareció un caracol con su casa a cuestas. Oihana cogió la mochila que había dejado en el suelo y se la echó a la espalda como diciendo: «Cruzamos dos palabras y adiós». Y Fran, que así se llamaba aquel hombre, le dirigió una sola frase:

–Perdona lo de antes.

Oihana sacudió la cabeza, cerró los ojos y se encogió de hombros. Suficiente para expresar: «No importa».

–Soy Fran –a Oihana su voz le pareció más agradable que cuando la escuchó en el tren. Quizá por la sonorización de la estación. Por el murmullo. No tan íntimo–. No había visto nunca a nadie llorar en un espacio público. Y tan cerca de mí. Dicen que esos llantos deberían ser

de todos. Las lágrimas, quiero decir. Dicen que el llanto pertenece también a quien lo ve.

Silencio. ¿Qué le podía decir Oihana? «Sí, eso dicen», o «Tranquilo», o un «No importa» por segunda vez. O «Y aunque sea así, ¿qué?». O «No tenías por qué preguntar».

–Perdona. Estoy otra vez justificándome. No tenía que haber preguntado nada.

Salieron casi involuntariamente por la puerta principal de la estación. Caminaban juntos, sincronizados casi también en el paso. Eran las cuatro y cuarto de la tarde. El tren se había retrasado un poco. Oihana llevaba todo el día en el tren. Había salido a las seis y media de la mañana de la estación de Abando. De casa a las seis. De la cama a las cinco y veinte. Necesitaba una infusión. Y preguntó a Fran si le acompañaría.

–No tengo prisa –«¿A qué has venido a Valencia?», pensó Oihana, pero sin formularle la pregunta–. No sé muy bien a qué he venido a Valencia –continuó Fran–. Últimamente ando medio perdido y he cogido el tren.

Tomaron juntos una infusión, tranquilos, muy en silencio. Oihana se dio cuenta de que Fran no le haría una sola pregunta. Oihana comenzó a hablar como empiezan todas las respuestas que no tienen pregunta: «¿Sabías que…?» Y de modo confuso, bastante confuso, poco a poco, le contó todo como nunca previamente lo había hecho con nadie: que pretendía conocer el dolor de sus propios ojos, que eta asesinó a su padre seis años antes, que sí, que era vasca, sí, su padre también, muy vasco, que ella había estado en Italia y que cuando regresó a casa esperaba que estuviera allí, que estaba estudiando Bellas Artes, «Sí, he retomado los estudios», que quería narrar su dolor pero que no era hábil escribiendo y que por eso hacía pintura y escultura, «No, ocurrió al poco tiempo de haber empezado en la universidad. El dolor viene de largo», que compartía piso con Zuhara y Noa, «el guardaespaldas se llamaba Óscar», que había visto el informativo de la noche, «no podía dormir», que era la primera vez, «por lo visto, los tres cadáveres están en el ayuntamiento», que nunca había sentido la necesidad de acercarse a otras víctimas, que no sabía ni si ella misma era una víctima, «no puedo quitarme de la cabeza lo que vi ayer en el espejo», y que aquellos ojos eran suyos. Suyos y de nadie más. «Una cosa es sentir la soledad y otra verla».

Habían instalado la capilla ardiente en el ayuntamiento de Valencia. Los cadáveres de dos de los asesinados en el atentado de la víspera estaban allí, el tercero fue trasladado a Extremadura. Fran le dijo que le acompañaría hasta la entrada y que le esperaría allí. Oihana vio las cámaras, los trajes y los uniformes. Y un señor con las manos en la cabeza y, más allá, de modo casi invisible, prácticamente convertida

en una silueta en la pared, una mujer joven, en cuclillas, con un hijo de aproximadamente un año en brazos. «Crecerá, ¿y qué le dirán?», pensó Oihana. No sabía muy bien qué quería hacer, pero, viendo aquella imagen, sintió la necesidad de acercarse a aquella mujer. «¿Quieres? Podemos introducirnos juntas en la pared. El niño también. Y esperar. La dimensión plana puede resultar tranquilizante», le habría dicho a gusto. Sintió la necesidad de acercarse a aquella mujer. Y fue hacia ella. Pero no llegó. Las cámaras y los trajes y los uniformes se amontonaron entre ambas. Casi por casualidad, Oihana se encontró junto al hombre que se llevaba las manos a la cabeza. Y él la abrazó y Oihana le devolvió el abrazo. «Lo siento». Oihana dedujo que era el padre de uno de los dos muertos, porque le repitió al oído tres o cuatro veces: «Era muy joven, demasiado joven». «Aunque hubiera sido mayor, no hay derecho», le respondió Oihana. «No, no hay derecho. ¿Qué nos han hecho?». Y repitió gritando, otra vez con las manos en la cabeza: «¿Qué nos han hecho? ¿Qué nos han hecho?». Toda la gente de la sala se quedó mirándoles y alguien acudió corriendo a abrazar al hombre, a intentar tranquilizarlo. Oihana se asustó, los ojos de aquel señor… El dolor, por tanto, tenía aquel aspecto. Al salir a fuera, cruzó la mirada con otro hombre que se le quedó mirando indeciso, pero siguió adelante. Oihana lo reconoció enseguida. Era uno de los políticos que se le acercó en el funeral de su padre. Por lo visto, no se acordaba de ella.

–Te he comprado un trozo de coca de llanda –Fran extendió su brazo hacia Oihana. Oihana tenía hambre. Tenía la cabeza en el estómago. Aquello era una estrategia para no tenerla en su sitio.

–¿Te ha dado tiempo?

–Has pasado media hora ahí dentro.

–¿Tanto? –Oihana aceptó lo que Fran le ofrecía, y le dio un bocado–. Está muy rico. No tenías por qué hacerlo. Está muy bueno. Parece un bizcocho normal, pero tiene algo especial.

–El nombre es lo que tiene especial. Es un bizcocho corriente, pero rico. ¡Y caro! –y Fran se echó a reír. Y Oihana también.

–No más de tres euros, ¿no?

–¡Tres euros ochenta!

–Está realmente rico, sí –rio Oihana de nuevo.

–El tendero me ha dicho: «¿Qué quieres, bizcocho o coca de llanda?». Los dos tenían el mismo aspecto, pero le he pedido coca de llanda. Para una vez que viene uno a Valencia…

–¡Tres euros ochenta! Podía tener un poco de arroz…

–Lo devuelvo si no lo quieres.

Oihana se sacudió las manos y dio unas palmadas.

–Tendrás que devolverle mis tripas. Ya me lo he zampado. Era demasiado pequeño como para que durara.

En la plaza contigua al ayuntamiento se vendían flores por doquier. Oihana respiró aquel ambiente.
–Gracias. Estaba muy rico.
–De nada. Soy un cobarde. No sabía qué decir cuando salieras, tampoco cómo. Lo del bizcocho ha sido un modo de salir del paso.
–También para mí. Me he sentido muy bien por un momento.
–Ha sido duro, ¿verdad?
–¿Qué ves en mis ojos, Fran?
–¿Cómo que qué veo?
–Fuera y dentro de ellos. Así, desde la distancia, ¿qué ves?
Fran metió las manos en los bolsillos, e inmediatamente las sacó. Se miró sus uñas y a continuación miró a Oihana. Tres segundos, cuatro, cinco.
–Yo no te distingo los ojos, Oihana. Tienes una especie de nebulosa.
Y se echó a llorar. No Oihana, sino Fran.
–Perdona, Fran. No quería presionarte. Esta mierda de dolor o lo que sea es mía y de nadie más.
–No digas eso, Oihana. ¿A dónde leches tenemos que mirar los demás?
Oihana comprendió que esa pregunta no era para ella. Era una pregunta difícil. Cenaron juntos. Algo ligero, con calma. Oihana pasó la noche en una pequeña pensión. Fran tenía hecha una reserva para una estancia de cinco días. Se despidieron al alba. «Toma mi número de teléfono. Si un día te apetece, llámame tranquila», le dijo Fran. «Gracias», le respondió Oihana, «¿Sabes qué he pensado cuando he abrazado al padre del guardia civil asesinado? Que quizá lo nuestro no fue tan duro». Oihana tomó muy temprano el tren para Bilbao. Hacía frío en la estación del Norte. En todo el viaje de vuelta nadie se sentó a su lado.

Ahora Oihana se pone a pensar y se pregunta dónde andaba Martín por aquel entonces. Es verdad que aquellos meses también Oihana anduvo de un lado para otro sin dar muchas señales de vida, pero volvía al pueblo, iba a ver a su madre y, aunque de modo desordenado, llevaba a casa piezas del puzle. Y es que a Oihana le gustaba decir que somos piezas de un solo puzle. Que a veces se adivina qué imágenes se forman y otras veces no. Que en ocasiones perdemos piezas aun sabiendo dónde están, y que otras muchas veces tenemos a mano más piezas que las necesarias. Así funciona Martín: queriendo meter ciento cinco piezas en un puzle de cien. Esas sobrantes, sin embargo, solían ser piezas robadas a propósito, y a veces eran piezas cogidas sin querer de los puzles de los de alrededor. Pero, sea como fuere, demasiadas. Y así no puede ser. Como cuando quedan huecos. Casi mejor que queden huecos. Eso Oihana lo sabe

porque se lo ha contado Martín. Se lo contó en una conversación anterior a que mataran a su padre, en una conversación anterior a cuando empezaron a matar a su padre. Le dijo: «A veces no sé bien qué hacer con algunas emociones. Son mías porque están en mí, pero resultarían más naturales en otras personas. Por eso huyo». Y Oihana le respondió: «Huyes dejando aquí esas emociones que te sobran». «Es muy duro vivir con emociones que no son tuyas». «Tan duro como darte cuenta de que las tuyas las tiene otra persona». Tras aquella conversación Martín le dio un abrazo a Oihana. Eran unos críos entonces, muy jóvenes. Ignorantes. Todavía pensaban que las emociones eran canicas de cristal de colores que se podían cambiar de un bolsillo a otro. Luego comenzaron a matar a su padre, y no pudieron guardar canicas ni en un bolsillo ni en otro. Se les resquebrajaron todas las canicas de cristal, y ya no acertaron con aquel amasijo de emociones. Así se quedan la mayoría de las veces los puzles, a medias. La cuestión es que Oihana, a la vuelta de su viaje a Valencia, en vez de quedarse en Bilbao fue a casa de su madre para unos días y ya no encontró rastro de su hermano Martín y, aunque no sabe por qué, no hizo ni preguntar a su madre por él. Por no saber, no sabía ni qué relación tenían su madre y Martín en aquel entonces, pero, conociendo a su madre, cree que acertaba poniendo distancia de por medio. Y es que Feli siempre ha tenido un don especial para el equilibrio. Y acierta. Ella dice que no es cuestión de balanza, que el equilibrio no siempre es perfecto. Credibilidad, profundidad de mirada, ausencia de juicio, resiliencia… usa esas palabras, y Oihana piensa que de mayor le gustaría ser como su madre.

A la vuelta de Valencia, no quiso contarle a su madre que había estado allí. Ni a su madre ni a nadie. Contar conlleva revivir las cosas, y aquello fue muy duro como para desear revivirlo. Ante Fran disimuló: risas y control. Pero estaba hecha polvo, por dentro y por fuera. Le duró una semana el aroma de aquel abrazo. Y cuando desapareció, anduvo en su búsqueda. Sintió miedo. Oihana percibió miedo en el aroma que desprendía el padre de aquel guardia civil asesinado. Aquel aroma, además, parecía desprenderse. Olor. El frío aparecía agrietado. Olores. Y espinas en el ombligo. Demasiados dolores, todo como en un amasijo. Aquello le sirvió a Oihana para tomar conciencia de la dimensión de su sufrimiento. Entonces fue cuando cogió la costumbre de usar gafas de sol.

De vuelta de Valencia, se quedó cinco días con su madre. Hablaron de la universidad y de Bilbao, hablaron de las vacaciones de verano y se les escapó un «¿Y por qué no nos vamos juntas a algún sitio?», hablaron de la película recién estrenada en los cines, de la gripe que recientemente había pasado su madre, del frío y del calor, y hablaron de su padre, de la salida al monte que hicieron los tres, los tres y

Óscar, aquella semana en que lo asesinaron. Una foto más. Un recuerdo más. A pesar de que debían pasar bastante tiempo en la carretera, su padre las quiso llevar a Xoxote. Feli toma muchas veces entre sus manos la fotografía que se hicieron en una de las paradas que hicieron en el ascenso. «Estás muy guapa», le dijo Feli a Oihana. «Tú también, mamá. Mira qué piernas más fuertes», «Con seis años menos, se dice fácil», «Es una foto muy bonita», «La pena es que no sale papá», «Por eso es bonita, porque la hizo papá», «¡Mira qué cara tiene Óscar!», «Sí, ahí está Óscar», «A veces pienso que ya podía ser Óscar nuestro padre. Menos sufrimiento. Al menos tendríamos esta foto», «Oihana, ya tenemos más fotos con tu padre», «Pero esta es especial. ¿Te acuerdas qué dijo papá mientras sacaba la foto?», «Eso no me lo has dicho nunca», «¡Ahora mismo me ha venido a la memoria, como un flash!», «¿Qué dijo, pues?», «La vida es verdaderamente hermosa. Eso dijo», «¿Y qué le contestamos?», «¡Venga, levanta! ¡Lo que es hermosa es la cuesta que tenemos por delante! Eso le dijiste tú».

Oihana no sabía si después de la muerte de su padre su madre había tenido o no contacto con Óscar. Si tenía o no noticias suyas. No se lo preguntó. Oihana se imagina una sombra, una sombra errante. En aquella ocasión Feli no dejó la fotografía en el sitio habitual, la tomó consigo. Fue aquella noche cuando Feli le mencionó el asunto de la ilustradora. «En un anuncio de periódico». Dijo que se lo había mencionado una compañera de trabajo pensando en ella. «En Albacete. Una editorial necesita un ilustrador». Y su madre le puso el anuncio en mano. «Podrías trabajar desde Bilbao, desde casa. Y continuar con tus estudios». «Literatura infantil», leyó para sí Oihana en voz alta. «Podría estar bien», la animó su madre. Y se retiró llevándose la foto sacada ascendiendo a Xoxote. Feli solía desaparecer cada vez que percibía claramente que se estaba inmiscuyendo en los asuntos de otra persona. Medía muy bien esas situaciones.

Oihana hasta entonces nunca había pensado que pudiera ilustrar cuentos infantiles; no le hacía mucha gracia, pero tenía su parte buena. Ganaría un dinerillo, se curtiría y conseguiría algo que era fundamental para ella en aquel momento: trabajaría desde casa sin necesidad de escuchar comentarios políticos e ideológicos de sus compañeros de trabajo. Y, además, Albacete estaba fuera del País Vasco. Así mejor. La soledad del anonimato.

Dos semanas después tuvo noticias del primer proyecto. Le mostró el cuento a Zuhara, pero no le citó ni Albacete, ni la editorial ni nada sobre el contrato de trabajo. Desde que regresó de Valencia, pasaban menos tiempo juntas. Estudiaba y trabajaba. Estudiaba y trabajaba, e iba a Albacete. Bajaba más veces de las que le hacían falta: afinaba

detalles del diseño con el editor, compartía puntos de vista con los escritores y contrastaba sus opiniones con las del resto de ilustradores del equipo. En los trayectos de ida y vuelta leía; leía, dormía y reflexionaba. «Hay que simplificar la vida», se repetía a sí misma. Y mantenía la mente en blanco mientras duraba el viaje. Y fuera donde fuera, al llegar, pensaba: «Y, a pesar de todo, la vida es hermosa».

A Carmen y Eduardo los conoció en Albacete. Carmen era la trabajadora administrativa de la editorial y Eduardo un amigo suyo. Cuando iba, Oihana solía pasar allí una semana. Siempre en casa de Carmen. Siempre cómoda. Siempre con sentimiento de deuda.

Ocurrió una vez que estaban cenando los tres con más gente. Siete personas. Todos en casa de Carmen. En el centro de la mesa, un pequeño ramo de flores rojas. Oihana recuerda ese detalle porque el jarrón se cayó y los cristales se esparcieron entre la comida. Las rosas rojas también quedaron entre la comida. Y las espinas. Pidieron unas pizzas y se las comieron sentados en el suelo. Mirando a la tele. Aquel era un espacio para la risa. Los miércoles, a partir de las siete de la tarde. Y también en aquel momento, cuando la cadena de televisión cortó la emisión y dio paso a los informativos, estaban riendo. Habían hecho explotar una bomba. Un fallecido al menos. Por lo visto, un concejal. Y cinco heridos. Uno de ellos de gravedad. Una mujer que paseaba cerca en aquel momento. Unos veinte coches calcinados. Y los escaparates de tiendas y bares, destrozados. Fue un milagro que no hubiera ocurrido algo más grave. Siempre era un milagro. Siempre podía ser peor. Todos miraron a Oihana. Mudos. Las miradas gritaban, pero escucharse solo se escuchaba la voz del locutor de la televisión. Hablaba atropelladamente. Todos miraron a Oihana. Oihana era Oihana para ellos. Oihana la vasca. Nadie sabía que era la hija de un hombre asesinado por eta. Todos mirándole. La pobre Oihana. Oihana la oprimida. Oihana la traidora. Oihana la asesina. Oihana la cómplice. Vete a saber qué estaban pensando. En una imagen de la tele aparecía un coche calcinado y detrás una pared. Eduardo preguntó a Oihana: «¿Qué pone?». Y Oihana se lo tradujo al castellano. En letras grandes y rojas, allí estaba escrito de modo fácilmente legible: «Herriak ez du barkatuko». El pueblo no perdonará. Y Eduardo y un chico que Oihana no recuerda bien saltaron: «¿Cómo el pueblo? ¿Qué pueblo? ¿Quién es el pueblo? ¿Tú eres el pueblo? ¿Quién tiene que perdonar qué a quién? Te juro que yo los mataba a todos. ¡Asesinos!». Eduardo dijo aquellas últimas palabras mirando al televisor. Carmen dijo que no, que ella no los mataría. Que esas cosas se dicen en caliente, pero que no. Una cuarta persona expresó que aquello era muy duro. «Sí, claro, diles eso a las víctimas», dijo, y repitió: «¡Qué duro! ¡Qué duro!». Carmen sacudía la cabeza; que sí, que era muy duro, incomprensible, insoportable, el colmo de los

colmos, pero que sin embargo…

Y, entretanto, Oihana en silencio. Asfixiada. Hundida en sus abismos interiores. Era ella esa víctima que estaban citando. Era ella el pueblo que estaban nombrando. Notaba que le faltaba el aliento, que se ahogaba. ¿Dónde estaban los canales de aire de aquella casa? Necesitaba aire aunque ya nadie se acordaba de ella, de la Oihana vasca, del chasis del coche calcinado y del concejal que yacía en el suelo. Limitaron el debate ético-moral-filosófico-político a un terreno muy personal. Que si yo estuviera allí, que si me tocara a mí, que si… Nada. Inútil.

Cuando iba a acostarse se le acercó Carmen. Para entonces el resto ya se había marchado. Oihana pensó que aquel podía ser un buen momento. Tenía necesidad de contar su verdad a alguien. Toda su verdad. Lo que nunca había hablado con nadie desde que asesinaron a su padre. Con Fran un poco. Un poco y de aquella manera. Se lo contaría a Carmen. Carmen le escucharía. Podía ser un apoyo firme. Carmen se le sentó en la cama. Le sonrió. Oihana se puso nerviosa. Y Carmen comenzó a hablar. Oihana pensaba que le facilitaría el camino. Pero no ocurrió así. No en aquella ocasión. «No te asustes», le dijo Carmen. Y sonrió de nuevo. Oihana, con un gesto, le dijo que hablara tranquila. Se lo había confesado Eduardo la semana anterior. «Está enamorado de ti», le dijo Carmen, «me dijo que hasta las trancas».

Lukas nació en Albacete. Lukas el niño de ojos azules. Lukas el dormilón. El niño que mordisqueaba las sonrisas entre los labios. El que hacía magia bajo las sábanas. El querido Lukas. Lukas el español. Aquel que nació sin ocasión de conocer a ningún abuelo. No conoció al padre de su padre porque yendo en bici murió atropellado por un coche. Al padre de su madre, porque lo mató eta de un tiro en la nuca. Su madre le hizo un dibujo para cuando nació. Era una imagen de un cuento que estaba ilustrando. En el cuento aparecía un niño que daba vueltas y vueltas al mundo cada vez que se sentaba en su bicicleta gigante. La bicicleta era roja y tenía dos sillines. Cada vuelta que daba, un animal se sentaba junto al chico y adornaban de flores el camino recorrido. Hasta que una vez que iba con el elefante se acabaron las flores. El niño pidió al elefante que agitara las orejas para que con el viento generado los pétalos de las flores que habían depositado en diversos caminos se esparcieran a los caminos que habían quedado sin flores. Y el elefante hizo más que eso: llenó de agua su larga trompa y regó las flores dispersas aquí y allá. Hasta que se le acabó el agua. Y cuando se acabó el agua, las flores se marchitaron. Y cuando se marchitaron las flores, el mundo quedó sin caminos. Y el niño dejó olvidada la bicicleta roja gigante de dos

sillines. Con el tiempo a la bicicleta le salió hierba y también flores. Pero para entonces el niño había ya envejecido y ni siquiera recordaba que existió aquella bicicleta roja. Y el anciano, encima del elefante, visitaba los lugares que antaño se vistieron con flores.

Oihana dibujó una bici roja gigante en el dibujo que regaló a su hijo cuando nació, y un abuelo muy muy pequeño junto a la bicicleta. En el sillín de la bicicleta había una flor y encima del abuelo un elefante.

Oihana vivió con Eduardo en Albacete tres años a partir del nacimiento de Lukas. Fueron felices, aprendieron mucho uno del otro, sobre todo a compartir el sufrimiento, y eso les hizo vivir algunos momentos especiales. Oihana recuerda que fue con Eduardo con quien comenzó a llorar de forma consciente, experimentando cada lágrima tal como es. En una ocasión pasaron toda la noche recogiendo el llanto de cada uno en un vaso. «Este es el torrente de mi dolor», pensó Oihana.

No fue fácil tomar la decisión. Pero a Oihana le faltaba el País Vasco, lo necesitaba, aun siendo consciente de que en el País Vasco estaba condenada a vivir una soledad apresada. Quizá sería porque sentía que a su hijo le debía el País Vasco. Y Eduardo lo entendió. Sin embargo, Eduardo no marchó con Oihana y Lukas. Y Oihana lo entendió. A pesar de la distancia, siempre han estado cerca uno del otro. A pesar de la distancia, Lukas siempre ha tenido muy presente a su padre. Ahora ambos saben que tomaron la decisión correcta. Tanto Oihana como Eduardo. Dos sufrimientos son excesivos para educar un hijo, una herencia demasiado dañina.

Lukas tiene colgado en su habitación el dibujo que le regaló su madre al nacer. Y al lado las fotos de los dos abuelos. Cuando era jovencito le parecía que se parecían entre ellos, y una vez incluso le preguntó a su madre si acaso eran hermanos. A raíz de aquella pregunta, Oihana durante una temporada se pasó horas mirando aquellas fotos. Le pareció que ambos tenían en su mirada una grisura tormentosa, como si supieran lo que les aguardaba, algo duro, algo cruel. Con Lukas Oihana nunca se ha sentado del todo tranquila con las fotos delante. Eso también tendrá que hacerlo algún día.

–Yo te metí en esta historia –le dijo Carmen a Oihana cuando esta le contó que regresaría al País Vasco. Cuando le contó que se volvía. Sola. Bueno, con Lukas–, pero veía a Eduardo tan feliz y tan emocionado. Tan enamorado.

–Ha sido una historia bonita. Sobre todo, por Lukas.

–Pero tienes treinta años, un hijo de tres años y vuelves a la boca del lobo.

–No sabes bien qué hermoso es el País Vasco.

–Oihana, fue el País Vasco quien mató a tu padre.

–Fue eta quien mató a mi padre, Carmen. Yo también formo parte del País Vasco.
Se les estaba enfriando la infusión. Carmen metió la mano en la mochila que tenía sobre sus muslos en busca de algo. Oihana le dio un sorbo a su infusión. Fría ya. Y bebió de un trago lo que le quedaba. Y el crío metiendo la mano dentro de la taza. Carmen no quitaba ojo al interior de su mochila.
–Te dejo el pintalabios. ¿Quieres el rojo?
–Perdona, Oihana. No tenía que haberte dicho nada.
–Tendrías que venir al País Vasco, a conocerlo.
–Ya lo conozco un poco.
–¿Ah sí? Nunca me has dicho nada.
–Viví allí cuatro años cuando era una cría.
–¿Y eso?
Lukas tiraba del cuello del jersey de lana de Oihana, rogando y suplicando que jugara con él. Carmen aprovechó para recoger las tazas de la mesa. Le contestó a Oihana desde la cocina. Desde lejos. A escondidas.
–A mi padre lo destinaron allá.
–¿Y?
–Pues, imagínatelo –le respondió, ya a su lado. Con la mirada viva. Portando la respuesta en la expresión de los ojos.
En aquel instante se oyó un ruido de cristal. Un pequeño estallido. Lukas llorando. De pie, con los pies desnudos. El balón azul dando vueltas. Deshinchándose. Pinchado.
–¡Lukas! –Oihana tomó en el aire a su hijo. Cras-cras. El suspiro adherido de los trozos de cristal. Ese que queda durante mucho tiempo. Carmen cogió enseguida la escoba. En menos de veinte minutos Lukas estaba dormido en el regazo de su madre.
–Lo siento, Carmen.
–Por favor, Oihana, es un vaso.
–¡No era una venganza, eh! –le dijo Oihana a Carmen con una sonrisa contenida.
–Una vez te dije que yo no creía en las venganzas.
–Él dijo que los mataría a todos.
–¿Te acuerdas, eh?
–No me gustó nada lo que dijo Eduardo.
–Son palabras.
–Sí, son palabras, pero… Pero quiero mantener a Lukas lejos de palabras como esas.
–Lo entiendo.
Oihana le puso en la mano a Carmen el pintalabios. Carmen se los pintó y le plantó un beso en la mejilla a su amiga. Una especie de «Te vas, pero me quedo contigo». Al día siguiente Carmen le acompañó en

su retorno al País Vasco. Se quedó tres días con Oihana, Lukas y Feli. En el momento de despedirse Carmen le dijo a Oihana que tenía algo que contarle. Que no sabía cómo decirlo. Que le daba vergüenza, y miedo, y asco. Que nunca se lo había contado a nadie. Y que cuidara a Lukas. Y que su madre era encantadora. Y que continuara dibujando, que sus ilustraciones eran muy especiales. Y si iría a menudo a Albacete.

–Carmen, el padre de Lukas vive allí. Y volveré a la editorial unas dos veces al año.

–Ven a casa cuando quieras.

–Si preparas albóndigas con tomate, sin duda.

–Kilos y kilos. Todas para ti.

Se dieron un abrazo. Y un beso en la frente.

–Cuídate, Oihana.

–Carmen, habla tranquila. ¿Qué tienes que contarme?

Desde entonces Oihana ha pensado muchas veces por qué Carmen le contó aquello. Por qué a ella, por qué en aquel momento si sabía que no había tiempo para seguir el hilo de la conversación. «Así mejor», pensó Oihana entonces. Ahora, sin embargo, piensa que no supo ayudar a su amiga. ¿Pero qué le iba a decir?

–Nuestro padre anduvo cerca de esa basura del gal. Soy hija de un asesino, Oihana.

Hoy Oihana a sus alumnos les ha hablado sobre la imagen del enemigo. El día anterior en clase les pidió que trajeran un espejo de mano, y así lo han hecho todos. Todos menos Ahetz. «Se me ha olvidado». Oihana no le ha dicho nada, no quiere broncas. Siempre lleva encima el material que les pide a los alumnos para realizar tareas especiales. Y ha dejado un espejo de mano encima de la mesa de Ahetz. Y ha continuado con la clase. Les ha pedido que pongan el espejo a la altura de la nuca del alumno que tienen delante. Durante diez minutos. «¿Pero diez minutos quietos?». «Quietos y en silencio. Y luego dibujad aquello que os pide vuestro interior. Lo que habéis visto, lo que habéis sentido y os ha contado el espejo». Previamente les ha hablado durante veinte minutos de la hostilidad. De qué y cómo nos condiciona la mirada, hasta qué punto son reales y veraces las imágenes que nos construimos, como consecuencia de qué se ciega la sensibilidad de nuestro mirar.

Oihana no quería ser profesora, pero lleva ocho años enseñando dibujo artístico y dibujo técnico a alumnos de enseñanza secundaria. Poco a poco ha ido adaptándose a la nueva profesión, pero al inicio no le resultó nada sencillo. Acostumbrada a trabajar al ritmo de su soledad, le aturdía el barullo de los pasillos. También tener que andar sometida a la tiranía del tiempo. Y el poder absurdo del timbre: ahora

estoy aquí, pero debo estar ya allá. Pero también la enseñanza tiene sus ritmos secretos, ritmos que todo el que está en un centro educativo aprende antes o después. Y que al final manipula. Con frecuencia hasta el punto de no escuchar el timbre. «Perdona, ahora estoy allá».

A Jorge lo conoció en los pasillos del instituto. «Adiós», «Hasta luego», «La actitud de los de 3ºB es muy mala», «Si todos fueran como el grupo de 1ºA», «Estoy agobiada con la preparación de las evaluaciones», «Menuda vuelta de vacaciones», «¿Qué se piensa el equipo directivo?», «Mejor sería que todos y todas nos tranquilizáramos». Un día Jorge le dijo: «Podríamos quedar para echar una caña». Y Oihana le dijo que sí. Desde que había cortado con Eduardo, no había tenido relación con nadie más. Lukas y Feli. El círculo era muy cerrado. Y rígido. Socialmente vivía muy aislada. Para cuando pensó cómo contarle a Jorge lo de su padre, fue el mismo Jorge quien se le adelantó. Se lo soltó de golpe con aquella primera cerveza entre las manos: «Siento mucho lo de tu padre». Oihana no sabe y cree que nunca sabrá qué clase de amor es ese que siente hacia Jorge. O ya lo sabe, pero nunca lo aceptará y nunca se lo confesará. «Siento mucho lo de tu padre». Desde que asesinaron a su padre nadie se le había acercado así, nadie se había unido a ella así en su dolor. Oihana, por fin, tenía necesidad de facilitar las cosas. Por eso se bebieron una segunda cerveza. Y luego nació Katti.

Lo del espejo lo leyó Oihana en un libro y le pareció apropiado, y por eso ha llevado a clase la propuesta: mírate a ti mismo en el espejo que tienes a la espalda de tu compañero. Estos días está pensando mucho, y siente más que nunca la ausencia de su padre. Pronto se cumplirán veintidós años. Todos los años va con su madre al lugar en el que esparcieron las cenizas, y siempre encuentran alguna hermosa flor allí, al pie del tejo que plantaron. Oihana sospecha que las flores las deja Martín. Nunca se lo ha preguntado. La ceremonia le parece tan íntima: pensar en su padre, elegir la flor, acercarse a su padre, agacharse-dejarla-hablar-despedirse, y vuelta a casa. ¿Qué rayos le dirá Martín? Martín y su padre hablaban mucho sobre música. Martín se metía en su habitación y escuchaba Su Ta Gar y ac/dc, muy alto, a todo volumen. Rock duro. Muy duro. Su padre tocaba el clarinete en el cuarto de estar, y cuando ambos sonidos se fusionaban se extendía por la casa una especie de sintonía. Durante las comidas o cenas, se aconsejaban canciones mutuamente. Feli se reía y Oihana huía a otros mundos. Vete a saber, quizá Martín le tocará alguna canción a su padre. Martín había empezado a aprender a tocar el clarinete al pronto de morir su padre. Rock y jazz; sin hostilidades.

Ha elegido el tema para trabajarlo con el alumnado de 4º de la eso porque en el aula, y en el instituto en general, se están incrementando las actitudes violentas. Por eso y porque necesita un cauce para

trabajar con los y las adolescentes el tema de la memoria. Mirando al alumnado que tiene delante, siente que verdaderamente se le está muriendo su padre. No sabe de qué cabo debe tirar para mantener su memoria. Al menos para mantenerla. No pide nada más. Que el olvido no devore a su padre. A Oihana los gusanos le perforan la frente cada vez con más frecuencia. Últimamente duerme con las manos puestas en los oídos, le resulta insoportable el sonido de esos gusanos. «Aguanta», le dice a su padre. «Lo dejaron sin presente, pero el futuro no le abandonará, Oihana», le ha dicho su madre muchas veces, «Sujeta ese cabo». Veintidós años. Ahora es el futuro y su padre se está muriendo realmente. Lo ve en los ojos de los adolescentes que tiene delante. Les falta algo. Están construyendo los pilares de su vida de modo inestable. «Los estamos construyendo», piensa Oihana, y eso en el futuro próximo puede producir terremotos. Hoy han estado conversando sobre la enemistad y Oihana tiene la impresión de que no le han entendido demasiado. «El arte es libre», les dice cada vez que abre el debate teórico y les hace una propuesta de trabajo práctico, «pero recordad: debe cumplir unas condiciones».

–La libertad nunca puede estar condicionada. O es libertad, o está condicionada, pero entonces es otra cosa –Ahetz le ha arrojado un dardo.

A muchos esa intervención les ha pillado por sorpresa, otros se han reído y alguno ha asentido con la cabeza. Oihana ha hecho oídos sordos: «Tenéis la clase de hoy y otras dos más para terminar el trabajo». Oihana pocas veces suele tener el teléfono móvil en el aula, y casi nunca encima de la mesa a la vista de todos. Hoy sí. Y en ese instante alguien ha estado llamándole. «En cuanto al material, también libre, usad el que queráis».

–Una pistola, explosivos, veneno… –Ahetz ha disparado de nuevo. Y ahora todos han reído. Casi todos. Casi siempre se ríen todos. En grupo.

Oihana ha cogido el móvil de encima de la mesa, se lo ha metido en el bolsillo de atrás del pantalón y le ha pedido a Ahetz que salga con ella al pasillo. Y Ahetz ha salido tras ella.

–Yo no soy tu enemigo –se ha adelantado Ahetz engreído. Un profesor ha pasado junto a ellos. Ahetz es un año mayor que el resto de compañeros de clase.

–Yo no te he dicho eso.

–Me miras raro.

–Eso no es verdad, Ahetz. Te agradecería que no me interrumpieras cuando hablo.

–¿Libertad condicionada?

–No mezcles las cosas, eres bastante más inteligente que todo eso.

–No te gusta lo que digo –y otro profesor ha pasado mirándolos.

–Me gustaría hablar con tus padres.
–Deja en paz a mis padres.
–¡Ahetz!
–Yo a tu padre lo dejo muy en paz.
Oihana se ha quedado mirándole fijamente. Ahetz ha dado media vuelta y se ha marchado al baño. Ahetz se ha ido enfadado, y enfadada se ha quedado también Oihana. Algo se ha quebrado entre los dos, hace frío en el pasillo y la luz ha quedado suspendida en las sombras. El ambiente se ha ensombrecido, como oscurecido por una niebla espesa, como cerrado por la maleza. Han aparecido arañas gigantes, y entre tanta telaraña y tanto nudo, la estela de sombras desnudas ha dibujado una especie de laberinto. No será fácil el acercamiento entre ambos. Ahetz ha entrado en el baño; Oihana ha cogido el móvil para ver quién le ha llamado. Está en horas de clase, no debería mirar siquiera, pero lo ha hecho. Santi. Santi Bizkardi. Ha necesitado dos segundos, uno, dos, para que lo que solo era un nombre pasara a ser alguien para ella. Es él. Otra vez. Habían pasado unos días desde que Oihana le diera plantón en aquella cita. Y ahí está otra vez, llamándole.
El timbre ha sonado nada más entrar en clase. Ha pasado más tiempo del que pensaba desde que ha salido con Ahetz al pasillo. Los alumnos han comenzado a recoger sus trabajos. A lo lejos ha visto el trabajo de Naroa. Negro. Ha pintado de negro una cartulina blanca. El tono negro le ha llamado la atención a Oihana. Muy negro, como si hubiera restregado el color negro sobre negro una y otra vez, repetidamente. Cuando han salido todos de clase, ha quedado un ambiente cargado, como todos los días. Y, como cada día, Oihana ha abierto la ventana de par en par. No hay tregua. No hay alto al fuego. Hoy no.

3

–¡Mamá, pasa el balón! –Oihana se levanta del suelo y se acerca al balón que tiene a dos metros–. ¡Con las manos no, mamá, dale fuerte con el pie!

Katti está jugando con su padre. Se pasa horas y horas corriendo tras el balón azul, y también ahora, empapada en sudor, parece insaciable, empujada por el deseo de introducir el balón en el hueco entre dos árboles. A Oihana le gusta mucho jugar con su hija, y más aún quedarse mirando cómo juega. Es cuestión de perspectiva. Disfrutar del cuadro desde dentro del propio cuadro o desde fuera. Tiene a Lukas a su lado. Está leyendo. Hace un tiempo formidable, la mezcla de colores es perfecta. El cielo aparece como caído hacia el verde de los árboles, y al viento le brota un color rojizo. «Me faltan las pinturas», ha pensado Oihana. Tiene un lápiz en la mochila que ha traído al monte, siempre lleva uno encima, pero resultaría difícil, hoy imposible, lograr un juego de colores tan especial con el gris del lápiz. Oihana está pensando por qué la vida es tal como es. «Podía ser más rosa, o más cálida. ¿Y dónde están las huellas de pisadas? ¿Por qué no vemos más pisadas? ¿Cómo sabemos hacia dónde quiere avanzar el camino?».

–¡Mamá!

–¿Qué, Lukas? –Lukas ha dejado el libro en el suelo. Está leyendo El principito.

–¿Tú qué ves cuando les miras a Katti y a Jorge?

–¿Qué? –Oihana deja el móvil en el suelo. Se pone alerta. Lukas siempre la mantiene alerta. Sobre todo, cuando mirándola fijamente le hace preguntas elevando los orificios nasales hacia la frente.

–Hay como una línea recta entre los dos, ¿no? –Lukas estira el dedo índice hacia donde están jugando Katti y Jorge. Oihana mira a Lukas, luego al dedo índice, y cuando ha fijado la mirada lejos ve que Katti está dando volteretas sobre la hierba.

–Rectísima…

–¡Mamá! –Lukas ha cogido de nuevo el libro. Finge que está enfadado, Oihana lo nota perfectamente. Es un mimoso. Y juguetón.

–Ven, cariño –y Lukas, dando un brinco, se sienta en brazos de su madre; los labios fruncidos esconden una sonrisa. Lukas sabe que si sus amigos lo vieran así se reirían de él. Ya tiene catorce años como para estar tan apegado a su madre. Pero nadie les mira. No le importa. Oihana lo achucha entre sus brazos, consciente de que la felicidad reside precisamente en eso–. Ay, mi pequeño renacuajo… mira esa nube de allí arriba. ¿A qué se parece?

–Tiene la forma de la nariz de papá –Oihana no sabe de qué padre está hablando Lukas, si de Jorge o de Eduardo. Con ambos tiene una bonita relación. Y difícil.
–Sí, ¡has acertado! –le ha respondido Oihana. Ella se ha acordado del suyo. De su padre. Del abuelo. Tenía la nariz aguileña, muy fea. Y, sin embargo, un rostro hermoso. Se ha acordado de su padre. Del abuelo. Las paradojas de la vida (y de la muerte); murió siendo padre e hijo, y ahora, sin él saberlo para nada, es también abuelo. Tiene dos nietos preciosos. ¿Tenía? ¿Cuántos años tienen los muertos? ¿Siguen envejeciendo?
–Mamá, mira –Lukas ha cogido el libro–. Mira qué pone: quien va en línea recta no puede llegar muy lejos.
–Por eso hace Katti volteretas.
–Katti llegará lejos.
–¿Y qué crees tú que hay a lo lejos?
–No sé, mamá, lejos debe haber algo que no hay aquí.
–¿Y qué debemos hacer con esas cosas que no hay aquí pero que están a lo lejos? ¿Hay que traerlas o tenemos que ir nosotros a buscarlas?
–¡Lukas, ven a jugar! ¡Te voy a dar una flor! –Katti le llama chillando, está jugando a que es una mariposa que va de flor en flor.
–Mira, no tienes que ir muy lejos. Y puedes ir en línea recta. ¡Vete!
–Mamá, ¿qué ocurre donde hemos estado y ya no estamos?
–Lukas… ¿estás bien? ¡Hala, vete a jugar!
–¿Y qué quedará entre tus brazos?
–¿Tus preguntas? –Oihana ha hecho el gesto de levantarse. Se le han dormido las piernas. Su hijo estira el brazo y le ayuda a levantarse–. Voy contigo a jugar.
El móvil de Oihana se ha quedado en el suelo, junto a El principito. «Mañana a las 18:30». El último mensaje que ha escrito Oihana se ha quedado sin enviar.

–Este es Jorge –le presenta Oihana a Santi. Jorge le extiende la mano, y Santi se la estrecha–, ha venido a acompañarme. Por si acaso.
–Una llamada de un desconocido, el tema en sí… –ha querido precisar Jorge, nervioso; los cafés están ya en la mesa. Solo hay otras tres personas en la cafetería. Oihana le había expresado a Santi que prefería reunirse con él en algún lugar fuera del pueblo–. Lo entiendes, ¿no?
–Me parece muy bien. Os diré más: la próxima vez podemos quedar en vuestra casa. Si tienes fotos de tu padre, sería bonito verlas –a Oihana le ha ido creciendo el bloque de hielo, le arden los pulmones: la próxima vez, la casa, su padre, las fotos…–. Te agradezco muchísimo el esfuerzo.
Oihana desea decirle que la casa no es el mejor sitio, que tiene hijos,

y que a ver qué les va a decir, que Katti tiene cinco años y que pregunta por su abuelo, por su abuelo abuelo, y por los agujeros y por la soledad, y que lo que ella le responde es una mierda tan grande como un piano, que le pregunte si no a Lukas, que con catorce años ya le pide cuentas y le reprende diciéndole que qué anda contándole medias verdades a su hija. Oihana no ha dicho nada y se ha quedado esperando que sea Jorge quien diga algo. Él había ido para ayudarle, para hacerle compañía. En casa habían hablado claramente. «Claro, te acompaño», le dijo Jorge, «pero yo no entraré en la conversación. Son tus sentimientos, tus emociones y vivencias. Las decisiones las tienes que tomar tú. Ya sabes a qué vas. Yo estaré allí». Pues no. Oihana no sabe a qué ha ido. Estos últimos días ha pensado mucho en Ahetz. Ahetz no ha vuelto a clase desde que lo sacó al pasillo y Oihana no ha registrado una sola falta. Ambos están jugando con un gran fantasma y Oihana quiere convencerse a sí misma de que ha acudido empujada por la sombra de dicho fantasma. Pero no es así. Sabe perfectamente que hay algo más. No sabe qué, pero últimamente nota el nudo del estómago demasiado cerca de los martillazos de la cabeza.

–Tú… eres…

–Sí, perdona –las gafas le sonríen, Santi tiene un rostro alegre–. Soy profesor de la upv. Trabajo en la facultad de Antropología. Llevo entre manos diversas investigaciones. Una de ellas, esta, la de las víctimas.

–¿Un experimento?

–¿Eh?

Oihana pone su mano delante de la boca. Quiere expresarle a Santi que no ha querido decir lo que ha dicho. No se encuentra cómoda, no está tranquila. No le gusta el café y tiene delante una taza llena. Se queda mirando a Jorge. Y Jorge a Santi.

–Quiero hacer un trabajo. Conocer, focalizar las fotografías, intentar comprender las conductas de la sociedad, sacar conclusiones, trazar nuevos caminos. Ya sabes, un estudio.

–No, no sé –Oihana se siente débil y quiere soportar la tensión. No desea sucumbir. Y no se fía, no le resulta fiable la fuerza que ha acumulado en estos veintidós años.

–Me gustaría reunirme contigo cada dos semanas –Santi hace oídos sordos, o quizá no ha escuchado nada, Oihana está hablando muy bajo, como para ella misma–. Sobre todo, para conversar.

–¿Para qué si no?

–¡Oihana! –Jorge le reprende. Jorge está ahí. Lo tiene al lado. ¿Pero qué sabrá Jorge? ¿Pero qué sabe el mundo? Está derrumbándose. Ese no es su tono.

–Si te sientes bien, y si tú así lo quieres, podemos alargarlo a dos meses. Los ritmos de tiempo los marcas tú, yo no quiero agobiarte. No tengo prisa. Eso sí, es importante tener bien elaborado el duelo.

«He llorado durante veintidós años», ha pensado Oihana. Mira la taza, y ahí tiene el café solo. Café ya frío. Café aislado. Irá fregadera abajo y el agujero de la taza será otro agujero más. Otro espacio oscuro. El duelo. Oihana no se ha trabajado para nada su sufrimiento. Estuvo durante un tiempo corto con la doctora Soroa, pero cuando marchó a Italia cortó aquella relación. «He llorado durante veintidós años», ha pensado Oihana. «Ya está bien, ¿no?».
–Creo que estoy bien –le ha dicho finalmente a Santi. Y ha mirado a Jorge. Está cabizbajo, y con el ceño fruncido. Parece preocupado. Y es de preocupar.
–Me alegro mucho.
–Sin embargo, no sé si seré capaz. No sé qué puedo aportarte. No sé qué esperas de mí.
–Quisiera que también para ti fuera beneficioso.
–A mi padre no me lo puedes devolver.
–No, no puedo devolvértelo.
–Pero…
–No, no hay peros.
–La muerte no debe interrumpir la vida, ¿verdad?
–Yo diría que no.
–No me gusta el café. Demasiado fuerte, quizá.
–A mí tampoco. Pero cuando me junto con un desconocido, es el café lo que me templa, me quita el frío. Perdona, he pedido tres cafés sin pensarlo –Jorge no ha dicho nada. Le gusta mucho. Demasiado–. ¿Quieres tomar alguna otra cosa?
–No, gracias. Se está haciendo tarde.
–¿La próxima vez en tu casa? ¿El jueves? –faltan dos días para el jueves. Oihana ya organizará su familia.
–Dispondré de una hora.
–Bien. Una hora. Con límite de tiempo. Mejor así.
–Oye, Santi, si puede saberse… ¿quién te habló de mí? ¿Quién te dio mi número de teléfono?
–Un compañero de la facultad. Asier.
–¿Asier? ¿Asier Irizar?

De vuelta a casa, Jorge ha preguntado a Oihana qué tal se encuentra. «Bien, un poco rara». Oihana ha conducido el coche, se lo ha pedido expresamente a Jorge, sí, que, por favor, le dejara conducir a ella, «Quiero abandonar la mirada en las rayas blancas de la carretera. También ahí habrá algo». Oihana se lo ha querido contar en el ascensor, después de aparcar el coche en el garaje. Lo ha hecho entonces a propósito. En el último instante. No quería preguntas, no tenía ganas de comenzar a dar explicaciones. Por eso ha empezado a hablar en el ascensor, porque viven en el segundo piso y del garaje al

segundo piso solo hay un intervalo de quince segundos. En casa tenían a los niños esperando, y no son asuntos que deban decirse delante de los críos. Así quedan suspendidos algunos diálogos. En el ascensor. Hasta entonces han permanecido en silencio, y justo al entrar en el ascensor Oihana le ha dicho a Jorge: «Asier y yo salimos juntos durante tres años. Desde que mataron a papá no he tenido noticias suyas. Aquel mismo día desapareció».

Se habían conocido en unos campamentos. El calor del verano, las veladas nocturnas, el show del juego, el baile, el canto, el teatro. Así todo es más fácil. En aquel ambiente se formó más de una pareja. Lo de Oihana y Asier podía haber sido algo que hubiera durado tres semanas, pero duró tres años. Asier ya sabía quién era el padre de Oihana. Oihana ya sabía que Asier sabía quién era su padre. No hablaban de ello. Eran jóvenes. Querían estar juntos. Evitaban algunas situaciones, conscientemente, casi sin pensarlo y sin necesidad de darse ninguna explicación. Esto no lo haremos y eso otro tampoco. El resto sí. De acuerdo. Pero son suficientes dos agujeros para que donde lo había todo no quede nada.

Oihana no sabe si lo que le ocurrió a Asier fue que se asustó o se avergonzó. Eso tiene de malo el silencio, que la nada incluso queda más borrosa. No hubo llamadas. En estos veintidós años Oihana no ha tenido noticias de Asier. Estos últimos años Oihana no se ha acordado para nada de él, veintidós años son demasiados para llevar arrastrando el peso de las preguntas no contestadas. Veintidós años son muchos para recordar dónde y por qué sonreían juntos. Eso es lo que hace el cerebro, aunque no siempre de forma perfecta: borrar. Un mecanismo de defensa. Asier le dio el primer beso jugando al escondite, en el muslo. Lo recuerda perfectamente. Un mecanismo de supervivencia. También recuerda bien que Asier le escribió un mensaje la víspera de cuando mataron a su padre, un mensaje escrito en el tronco de uno de los árboles del alto de Saltxipi: Te quiero. Tiene esos dos recuerdos. No queda más de entonces, de aquel tiempo.

Salían juntos cuando Asier empezó a estudiar Antropología en San Sebastián. Ahora Oihana ya sabe que también terminó la carrera. Lo que no sabe y le resulta difícil adivinar es cuáles fueron las claves de aquella conversación entre Santi y Asier. Y se ha pasado toda la noche pensando en ello, sin saber muy bien por qué se siente un poco extraña. Jorge la ha abrazado un par de veces por la cintura, y finalmente ha conseguido dormirse. En sus sueños han aparecido Asier y su padre discutiendo, discutiendo fuertemente, y cuando se ha despertado a la mañana ha echado en falta que Jorge estuviera a su lado. En su sueño, estaban en una cueva, se oía el sonido de una gota de agua en lo más profundo, un goteo exasperante, y sentía frío, mucho frío, tan grande como negra era la oscuridad de la cueva. Ver

de nuevo a su padre en sueños ha dejado a Oihana exhausta.
–Te portaste de un modo infame –le ha echado en cara a Asier el padre de Oihana. Están sentados cada uno en una silla, frente a frente, juzgándose mutuamente. Y hay un murciélago, que podría ser Oihana, colgando del techo–. Fuiste un cobarde dejando así a mi hija, sola.
–A Oihana sola la dejaste tú. Solo pensabas en ti mismo. ¡Mira dónde estás!
–¿Así que era yo quien debía evitar mi asesinato?
–¡Lo podías haber evitado, sí! La vida habría sido más fácil para todos. Para todos. También para mí.
–Entonces, ¿esa era la cuestión? ¡Hace falta cara! Le dijiste que la querías.
–Y no sabes cuánto. La quería mucho.
–¿Por eso apareces ahora? Pareces un fantasma. Han pasado veintidós años. ¡Veintidós nada menos!
–Yo puedo volver.
–Y yo no.
–Tenías que haberlo calculado antes, ya te lo he dicho.
–Estás justificando un asesinato. ¿Aún andáis así?
–¿Cómo que andáis? A mí no me enmierdes.
–Asier, deja a Oihana en paz.
Asier se ha levantado de la silla y se ha acercado al padre de Oihana. Fin. El murciélago ha salido de la cueva. Demasiada luz como para ver nada. Ya no puede saberse si al final del sueño se han dado un tortazo, un abrazo o la espalda. ¿Qué ocurre con los sueños agrietados por los ojos? Oihana, nada más despertarse, se ha acercado al cubo de la basura de la cocina. No ha podido llegar al cuarto de baño y ha vomitado lo cenado la noche anterior en el cubo de la basura, en el cubo del plástico. Con los hijos todavía acostados, ha deambulado por la casa. La casa a esa primera hora de la mañana parece una cueva, pero ella ya no tiene ganas de jugar a los murciélagos.

Oihana al mediodía ha vuelto tarde del instituto. Ha sido una mañana dura, ha pasado horas aguantando el tipo. Con el cuerpo rígido y el cuello tenso, ha sido todo un ejercicio de equilibrio. Si no, se hubiera hundido. Lleva dos días sin poner especial atención en el alumnado, no sabe en qué están centrados sus compañeros de departamento y su escritorio parece un desierto, no hay nada y no puede encontrar aquello que necesita. A veces los relojes interiores se congelan, se detiene la conciencia del tiempo real y el movimiento se convierte en un títere. A falta de rumbo, hurtamos destinos para nuestro caminar sin importarnos a dónde vamos y con qué fin. Así caminamos por el mundo, así está el mundo. Hace mucho tiempo alguien dijo que sobran los faros si es la tierra la que choca contra sí misma. Oihana, al

llegar a casa, ha ido directamente al cuarto de baño. Ha cerrado la puerta y ha apagado la luz. El cuarto de baño no tiene ventanas y el silencio es total. El silencio, si tiene que ser, que sea verdadero. Ha aguantado cinco minutos. Con los ojos cerrados. Hay que aprender también a cerrar los ojos a la oscuridad, y últimamente en ello anda. Sin embargo, todavía ve rayos, y eso le parte en dos la tranquilidad.

–¡Oihana! ¿Estás bien? –toca Jorge en la puerta del baño. Comen juntos todos los días, los dos solos, porque Lukas y Katti se quedan al comedor de la escuela. Quien llega primero prepara la comida–. Está ya la comida. Te espero en la mesa.

Pero Oihana todavía ha pasado un par de minutos más en el cuarto de baño. Con los ojos abiertos, arañando la realidad. Cuando ha salido del baño, teniendo que agarrarse a algo, se ha agarrado a la luz. Cuando era pequeña le daba miedo la vibración de las bombillas, ahora las reventaría en la palma de la mano.

–¡Macarrones! Tienen muy buena pinta, Jorge. ¡Muchas gracias! –y le da un beso en la frente.

–De nada –a Jorge se le notan demasiado las sombras bajo las cejas. Oihana sabe que la mente de Jorge no está en la cocina, lo sabe bien y ha pensado que algo pasa.

Jorge está callado. Oihana sabe que Jorge no va a hablar en un rato. Las ventajas y desventajas de conocerse. Déjalo. Ya volverá. Todos lo hacemos: decidir qué y cómo decir algo cuando no queremos que eso que queremos decir provoque un cataclismo. Algunos necesitan demasiado tiempo.

–Oihana, ¿tú te acuerdas de todos los amantes que has tenido?

–¿Qué? –la pregunta ha cogido por sorpresa a Oihana. Su mente había comenzado a viajar, lejos, muy lejos. Y un macarrón se le ha resbalado hasta a la blusa. ¡Mierda! El rojo del tomate se le ha extendido poco a poco.

–Que si de vez en cuando te acuerdas de los amantes o parejas que has tenido.

Oihana no sabe si es que sigue en la oscuridad del baño, si está caminando descalza entre los cristales de las bombillas que habría reventado entre las manos o si Jorge le está tomando el pelo. Lukas vendrá enseguida a casa y ella tiene que ir a buscar a Katti. Tiene dos opciones: una, tensar el nudo; y dos, saltar a la comba. Ha preferido apretar el nudo y cerrar el asunto.

–No, Jorge, no –para qué darle más vueltas, prefiere no liarla. Pero la pregunta le ha dado rabia y quiere que a Jorge al menos le salpique la respuesta–. ¿Y tú?

–¿Yo qué?

–Pues eso, si de vez en cuenta te acuerdas de las amantes o parejas que has tenido.

–Pero yo no estaba hablando de eso.
–¿De qué, pues, Jorge? Me has hecho una pregunta y yo te he devuelto la misma pregunta.
–Sí, un poco.
–¿Un poco qué?
–Que me acuerdo de alguna, sobre todo de Laura. Muy de vez en cuando, eh, pero a veces me viene a la mente.
–Sí, será suya la culpa.
–Quería decir que me viene su imagen o la voz o no sé qué, quizá el olor.
–Te he entendido, Jorge.
–Entonces, a ti también te ocurre.
–Ya te lo he dicho antes. No.
–No tienes ganas de hablar, ¿verdad, Oihana?
–No sé de qué debo hablar. Me he perdido –al final se ha liado, y bien liado. Oihana ha seguido preparando la merienda para Katti. No le gusta llegar tarde a buscar a su hija. Le ha ocurrido alguna vez encontrar a su hija con la mirada perdida en la entrada de la escuela. La imagen del abandono. Cinco minutos son suficientes para que un niño crea que la sábana blanca del fantasma puede ser también negra. No quiere fallarle a Katti. Y tampoco a sí misma. Los dardos de las miradas del resto de la gente no suelen ser agradables. Unas son buenas madres, y otras no tan buenas, mediocres. Nadie se atreve a decir que son malas. Pero los ojos lo dicen todo.
–Perdona, Oihana.
–Estás perdonado. Voy a buscar a Katti. Si no, llegaré tarde.
–Voy contigo.
–No, no, tranquilo. Prefiero ir sola y quedarme un rato jugando con ella en el parque de la escuela. Olvídalo. Distráete. Sal un poco.
–Está bien. Esto… Asier…
–¿Asier? ¿Entonces ese era el problema? La visita ocasional de los antiguos amantes o parejas… –ahí estaba el oscuro fantasma sin necesidad de vestir su sábana blanca–. No sé nada de él, Jorge.
–Sí, pero por lo que dijo Santi…
–Igual habría que formular la pregunta de otro modo: ¿Acaso se acuerdan de nosotros, de vez en cuando siquiera, nuestros ex amantes o parejas?
–¿Y queremos que se acuerden de nosotros?
–Jorge, me voy. Katti. Voy a llegar tarde.
Y ha llegado tarde. Ha encontrado a su hija contenta, jugando con otra madre, y Oihana se ha sentido abandonada en su vida por enésima vez.

–Se formó un barullo tremendo. Desde que en la universidad me

metieron en un coche, alrededor solo había gente y más gente. Sobre todo, recuerdo las manos. Manos en la cara, manos en la cabeza, manos en el hombro y manos en la espalda. Porque ponerlas en el corazón es imposible. Si no, alguna persona me habría puesto las manos también en el corazón. Manos cálidas, templadas, frías, más frías, grandes, pequeñas. Todas sudorosas. Manos y sudor. Durante tres o cuatro días. Solo recuerdo eso. Mucho movimiento. Y abrazos. De personas que no conocíamos. Sobre todo, de personas que no conocíamos. No sé cuándo ni con quién dormimos aquellos días. Mamá, Martín y yo estábamos en casa, pero yo diría que a las noches aquellos días se quedó más gente en casa. Quién no lo sé. Fueron días sin ninguna intimidad. Tengo esa sensación, sensación de que me faltó espacio para llorar y de que siempre he llevado conmigo las lágrimas que no derramé entonces. ¿Ves?

Oihana lleva su dedo índice a sus ojeras. Santi y ella están sentados a la mesa de la cocina. Tienen una grabadora en medio.

–Tranquila, no voy a hacer una transcripción; no quiero estar todo el rato tomando notas, por eso pongo la grabadora, quiero conversar, mirarte a los ojos.

Y ha puesto la grabadora sobre la mesa. rec. «¿Una cerveza?», «No, gracias, agua». Dos vasos llenos de agua junto a la grabadora. Oihana habla sin controlar muy bien qué está diciendo. Santi le da confianza, pero no está tranquila. No sabe si está hablando con la distancia apropiada. La vibración de sus cuerdas vocales no es tan firme como debiera, pero lo está haciendo y no creía que iba a tener fuerzas para hacerlo.

–Bolsas. Y solo tengo cuarenta años. Alguna vez he tenido la tentación, coger una aguja y zas. ¿Qué saldría? Piedras. ¿Oíste el caso de la chica yemení que en vez de lágrimas derramaba piedras? Mis ojos tienen demasiado peso. A la noche, al acostarme, me da la sensación de que las piedras se mueven. Y me hacen daño. Saldrían piedras. Piedras mojadas. Y las pisaría y continuaría resbalándome en la vida. Y así es imposible que una se mantenga en pie.

Se ha callado Oihana y Santi no ha dicho nada. Tiempo y espacio. También el dolor necesita su propio terreno. No ahogarlo. No presionarlo. No atacarlo. Esa es la libertad del dolor, necesaria para caminar libremente entre las cuatro paredes de la cocina. Oihana se ha echado a llorar.

Santi ha dicho algo y Oihana no le ha oído. Pasa el tiempo. Están solos en casa. Tenían una hora, y ya no queda mucho tiempo. Santi le dice que se lo tome con calma, que no hay prisa, pero Oihana cree que lo que no haga hoy no lo podrá hacer otro día. El daño interno es doloroso, escuece, y cuando le cuentas ese sufrimiento a alguien es la piel la que se resiente. No hay filtros. Oihana lo intentó una vez, y le

salió un tremendo sarpullido rojo y ardiente en el abdomen, en las axilas y en la parte posterior de los muslos: toda una erupción volcánica. Fue a los dos años de ir a Albacete, cuando le contó todo a Carmen. Todo. Todo lo que sentía y también todo lo que no sabía que sentía. Pasaron juntas toda la noche. Contárselo supuso revivir cada momento. Consciente, además, de qué estaba ocurriendo, sabiendo qué ocurriría. Se lo contó sin trampas. Aunque aquello reforzó su relación, Oihana se arrepintió de hacer lo que hizo del modo en que lo hizo. Terminó rota, y aunque Carmen hizo el esfuerzo de recoger las piezas dispersadas alrededor, la lava le salió rebosando por sus fisuras. No es fácil ponerse en el lugar de una persona a la que le han matado al padre. «Es imposible», piensa Oihana.

–¿Y la intimidad en la universidad? –Santi rasga la voz, y avanza como andando de puntillas.

–No sé cómo me atreví. Volví a la semana del asesinato de mi padre, y al cabo de dos días estaba otra vez en casa. Perdí el curso. En casa no hacía otra cosa que dibujar, todo de rojo y solo agujeros. Y todos los trabajos que hacía terminaban en el cubo de la basura. Pasé días sin salir a la calle. Aquellos dos días en la universidad me bastaron para darme cuenta de que estaba sola, y fatigué mi mente intentando abrazar mi sombra sin tener que dar la espalda a la luz. Si no, me habría oxidado. Eso es lo que trae la perdida de electrones. La soledad. Me quedé sin amigos, un núcleo solitario sin electrones. Desaparecieron todos.

–¿Todos? Tenías diecinueve años.

–Mi padre me decía: «Cuida las amistades». Mi padre tenía muy buen trato con mis amigos. Y mi madre también. Venían a casa a menudo. Desaparecieron todos. Todos. Sin embargo, ahí siguen las fotos de mis amigos en las paredes de mi habitación.

–Han pasado muchos años, Oihana. ¿No te has juntado con alguno de ellos? ¿Siquiera con alguno?

–He visto a alguna amiga a lo lejos. Es más fácil de lo que se cree hacerse la despistada. Llevo años haciendo las compras fuera del pueblo.

–De Asier no te pregunto nada, ¿verdad?

–Prefiero que no me preguntes nada.

–¿Lo de los amigos por qué ocurrió así? ¿Por qué?

–No lo sé. ¿Tú qué habrías hecho en su lugar?

Es tiempo de cerezas. Oihana está revisando los trabajos que ha hecho el alumnado en torno a la imagen del enemigo. Ha pasado ya más de un mes desde que los alumnos presentaron sus trabajos; los tenía apartados. Se sentía incapaz. Sentía temor, quizá, a hacer una interpretación ética de la mirada ajena. Les propuso la realización del

trabajo sin tener unos criterios claros de evaluación y no sabe muy bien cómo justificar las calificaciones. ¿Cómo los va a evaluar? ¿Cuanto más hostil, es decir, cuanto más oscuro, enrevesado, turbio e indigno, mejor nota?

También Ahetz ha hecho finalmente su trabajo. En casa. Se lo ha entregado esta semana. Se lo dejó encima de la mesa. Oihana no ha visto el trabajo. No tiene ninguna gana. Está segura de que esconde alguna pequeña venganza. Surrealismo en la hostilidad.

Es tiempo de cerezas. Está a punto de finalizar el curso. Oihana se encuentra sola en casa. Junto a los diecisiete trabajos que tiene sobre la mesa esperando a ser corregidos, tiene un tazón lleno de cerezas. Las ha comprado hermosas, rojas, moradas, casi negras, a saber de dónde son. Tienen el hueso casi tan grande como la misma cereza. Así le gusta a Oihana, jugar en la boca con el hueso después de haberse comido la carne de la cereza, darle una y mil vueltas con la lengua al hueso y tentar a la suerte de que finalmente resbale por la garganta y se lo trague. De niña iba a recogerlas con su abuela Sole, las recogían del cerezo que había junto al caserío; tres a la cesta, y la cuarta a la boca. En aquel entonces, echaba los huesos a la mano y con la lengua removía una y otra vez el sabor de las cerezas, buscando que la saliva no se llevara garganta abajo aquel sabor tan agradable. Era otro sabor. También otra época. Entonces se ponía vestidos rosas estampados, solía llevar dos coletas en el pelo, y con la cestita llena de cerezas salía corriendo a juntarse con su padre, que la esperaba leyendo bajo un fresno: «Cierra los ojos y abre la boca». Y, zas, le llenaba la boca de dulzor. Volvía a toda prisa a donde estaba su abuela, convirtiendo cada paso en salto, convencida de que entre las hierbas que le llegaban hasta las rodillas podía haber una-dos-tres-cuatro culebras. Una vez vio una. Su abuela le asestó un golpe con una vara, pero sin llegar a darle: «No volverá más. Nadie le hace daño a mi pequeña cerecita». Sole. Soledad. La serpiente volvió a los años y les hizo mucho daño tanto a la cereza grande como a la pequeña. Dejó a la madre sin su hijo. Sola. Sole.

El tiempo de las cerezas tiene algo especial: el azul del cielo suele estar más blanco y rojizo, y más lleno. Jorge y Oihana tienen la mesa de trabajo de casa junto a la ventana. Ahora mismo Oihana está mirando hacia fuera, y allí, desde el tejado, una tórtola le mira a ella. Oihana le ha sacado la lengua para mostrarle el hueso. Está jugando, quiere despejar la mente.

El sonido del teléfono la ha cogido desprevenida. Y ha mordido el hueso. Y se ha quedado sin hueso, y Oihana, además, se ha hecho daño en los dientes. Y le ha parecido que la tórtola del tejado se ha burlado de ella. Antes de coger el teléfono ha abierto la ventana y ha dejado los huesos de cereza en el alféizar. Si quiere, que se los coma.

–¡Mamá! –han pasado ya varios días desde que Oihana habló con su madre por última vez. Algunas temporadas hablan mucho y muchas veces. Otras, en cambio, poco y en raras ocasiones. Esos altibajos son naturales para ambas. A veces los días pasan más rápido. Las dos lo saben y no les preocupa. No tienen nada que reprocharse. Oihana, sin embargo, no ha informado a su madre de lo que ha ocurrido en los últimos días y sabe que no está actuando bien–. ¿Qué tal? ¿Bien con las clases de Yoga? –Feli, recién jubilada, está de voluntaria enseñando yoga a personas de la tercera edad.
–Muy bien. Tendrías que venir algún día, nos lo pasamos estupendamente.
–Me alegro, mamá. ¿Sabes qué he estado haciendo? –Oihana no tiene ganas de responder a preguntas incómodas y por eso es ella quien las hace–. Contando las cerezas del cerezo de la abuela Sole.
–Aquel árbol ya lo tiraron, Oihana.
–¿Y qué hay en su lugar?
–No tiene por qué haber siempre algo para sustituir lo que ya no está –Feli no ha tenido pareja desde que murió su marido. Feli es guapa, inteligente y alegre. Una mujer con mucha personalidad. Una mujer que sabe agachar la cabeza manteniendo firme la mirada.
–Donde no hay nada crece la maleza, mamá.
–O la memoria.
«Tenemos mucho que agradecer a mamá», piensa a menudo Oihana. Feli ha hecho un gran trabajo con Martín y con su hija. De vez en cuando todavía, cuando la galerna hiela las sacudidas, Feli siempre tiene algún sol bajo el brazo. Siempre uno más. Aunque ella se empape bajo la niebla, tiene soles para los demás. Oihana nunca le ha oído una sola palabra fuera de lugar, fuera de tono. Solo en una ocasión la vio enfurecida, y ni siquiera esa vez perdió el control de la situación. Siempre les ha pedido a sus hijos que intenten retener el agua entre los dedos: «Es el único modo de lavarse bien la cara».
–Mamá, un antropólogo de la upv se puso en contacto conmigo hace dos semanas. Nos hemos reunido ya dos veces. Quiere que le hable de papá. Y de mí misma. Bueno, quiere que hable de mí misma, pero eso es querer que hable de papá, ¿no? No te he contado nada. Andaba perdida. Papá no volverá. Mamá, ¿qué mierda es esta?
–Hablar siempre es bueno, Oihana. Sea quien sea, que actúe con respeto. Y tú también habla con respeto. ¿Es Santi el antropólogo que se ha puesto en contacto contigo?
–¿Es que lo conoces? –Oihana se ha sentado, ya que hasta entonces estaba de pie andando de un lado para otro. Algo le ha removido por dentro y ha fruncido el ceño. Por lo que se ve, también su madre tiene cosas que no le cuenta.
–Hablé una vez con él. La conversación fue interesante. Dura. Un

globo puede vaciarse o reventar.
–Que se vacíe es más doloroso.
–Pero en este caso se puede hinchar de nuevo.
–Mamá, no me habías contado nada.
–No me preguntes por qué. Quizá lo tenía que haber hecho, pero decidí no hacerlo. Fue algo muy puntual, resultó crudo. Para cuando me di cuenta, habían pasado tres o cuatro días y para entonces era tarde para empezar a contarte nada. Algunas cosas son así: del momento, aquí y ahora. Lo siento.
Oihana ha cerrado los ojos. ¿Pero qué está haciendo? ¿Acaso debe pedirle perdón su madre?
–Olvídalo, mamá. Tenía muchas dudas, pero seguiré hablando con Santi.
–Harás bien.
–Mañana nos reunimos otra vez.
–Dale recuerdos.
Cuando ha abierto los ojos, ha visto un hueso de cereza, mojado y sucio; está sobre el trabajo de Ahetz. Se le habrá caído. O lo ha tirado ella. O se lo ha tirado ella. Quedará la mancha, húmeda y sucia. El hueso parece un agujero en medio de la frente del trabajo. O un tercer ojo. Oihana se ha sentido mal. ¿Qué hace Ahetz con un tiro en la cabeza? Ha corrido al cuarto de baño. Casi se le escapa el pis. No ha podido dejar el teléfono en ninguna parte y lo ha cogido de cualquier manera. Y ha sentido ganas de hacer una pregunta. Y necesidad:
–Mamá, ¿quiénes son tus enemigos?
Pero la comunicación se había cortado. Feli ya no está al otro lado del teléfono.

–No me dijiste que conocías a mi madre –en la mesa, dos vasos llenos de agua y una grabadora en medio. Pausa y adelante. rec.
–Fue solo una tarde.
–Sí, muy interesante y dura.
–Eso es –hoy Santi ha acudido sin gafas a casa de Oihana. Y Oihana se ha dado cuenta enseguida. Sin gafas los ojos de Santi se ven claramente más grandes. Hoy todo será más directo, eso teme Oihana–. Estuvimos charlando muy a gusto. Creo que también Feli se quedó contenta. Aprendí mucho en poco tiempo. Tienes mucha suerte.
–Tenemos.
–Sí, es verdad. Se llama Martín, ¿verdad? –«Con gafas mejor», ha pensado Oihana–. ¿Quieres que hablemos de Martín?
–Traicionaría la realidad. Hemos hablado muy poco entre nosotros estos últimos veintidós años. Imagínate, no sé ni cómo se enteró del asesinato de nuestro padre. Nunca se lo he preguntado. Cuando yo llegué al hospital, él ya estaba allí, en un rincón. Tenía la cabeza

escondida entre las manos y a su lado una mujer, la doctora Soroa. Tenía la espalda tan curvada que me pareció que se le partiría. Hacía mucho calor allí: aquel ambiente, la gente, mucho movimiento… pero nunca he sentido tanto frío como en aquellos momentos. Mejor si hablas con él. Aunque no creo que quiera.

La tarde ha sido larga. Oihana le ha contado lo que ocurrió cuando el guardaespaldas fue a casa por primera vez y lo de aquella vez en que vio a Txisto escribiendo sobre el pupitre del instituto. Le ha contado también que siendo ya mayorcita, no tan cría, le pedía a su madre que, por favor, le dejara dormir con su padre. Se metía y se acurrucaba en la cama de sus padres. Su padre le contaba un cuento detrás de otro hasta que se quedaba dormido y roncaba, Oihana se pasaba minutos contando los ronquidos como al saltar a la comba, me meto, no me meto, al ritmo del sueño de su padre. Un día, cansada ya de la fiesta del ronquido, Oihana se volvió a su cama. Allí estaba Feli. Durmió bien agarraba a la cintura de su madre en aquella cama de 90 cm, y Oihana a la mañana, antes de que se despertara su padre, volvió rápidamente a la cama junto a él, no fuera a ser que se sintiera abandonado.

–A los cinco años de la muerte de mi padre, me metía muchas veces en la cama con mi madre. Ahora también lo haría a gusto. Para ser un poco mi padre. Para ser un poco la pareja de mi madre.

–Tengo oído que vuestro padre era un muy buen narrador.

–A veces contaba los cuentos al revés, empezando por el final, y dependiendo del final contaba luego el inicio. Muchas veces me he preguntado por qué papá, si sabía que lo iban a matar, no cambió algunas decisiones.

–¿Qué quieres decir, que vuestro padre fue responsable de su propia muerte?

–Eso piensa Asier, ¿no es así?

–¿Qué?

–Nada.

–Asier no lo sé, Oihana. Eso lo piensa mucha gente.

Oihana se ha levantado de la silla. De pie es más fácil rebajar la tensión. Oihana suele enviar todos sus males a las puntas de los pies, por eso tiene negra la uña del dedo gordo del pie derecho. Ha mirado a Santi desde ahí arriba. Pero así todo es más complicado. Mejor cara a cara, frente a frente, con las miradas al descubierto. Se ha sentado. A este paso, además del dedo se le va a poner negra también la cintura.

–¿Qué podía hacer, cambiar su forma de ser? ¿De pensar? ¿De sentir? Mi padre era muy defensor del euskera, muy abierto, muy dado a los demás.

–Y aunque no lo hubiera sido.

Oihana ha mirado a los ojos a Santi. Tocado.

–Y aunque no lo hubiera sido –Oihana ha repetido las palabras de Santi–. Si sabía que lo iban a matar, ¿por qué se fue a trabajar por donde fue, una vez más, aquella mañana? ¿Por qué, Santi?

Ahora se ha levantado Santi. Ha mirado al calendario que está colgado en la pared de la cocina. Vías de escape. Un trago de agua y vuelta.

–¿Libertad?

Ambos necesitan un poco de silencio. Es curioso cómo los números de la grabadora siguen adelante también cuando el tiempo se ha detenido. Oihana ha cerrado los ojos. «Tienes que trabajarte los modos de respirar», le decía la doctora Soroa. En ese instante Oihana tiene el vientre por encima de los pulmones.

–Otras veces contaba los cuentos empezando desde el final, pero sin la menor intención de llegar al inicio. ¡Mayor libertad que esa!

Lukas ha entrado en la cocina. Hoy habrán terminado antes el entrenamiento de atletismo. Oihana no lo ha sentido entrar.

–Uy, perdona –Lukas se ha puesto rojo. Un desconocido en la cocina de casa. Tenía sed, pero no ha bebido agua.

–Hola –le ha saludado Santi. Lukas sin llegar a entrar, ha cerrado otra vez la puerta.

–Es Lukas, mi hijo –le ha querido aclarar Oihana a Santi. Está confusa, la situación la ha cogido por sorpresa. Se frota los ojos, tiene lágrimas retenidas en las pestañas, no sabe de cuándo son, no sabe desde cuándo las tiene–. Tiene catorce años. Estos días está leyendo El principito.

–Un libro precioso. Una fantasía muy hermosa.

–Una realidad muy cruda. Ya sabes, las serpientes se tragan a los elefantes.

–Pues yo no puedo dejar de ver un sombrero.

–¿Te das cuenta? La serpiente se traga al elefante y tú ahí ves un sombrero. O quieres ver un sombrero.

Lo ha notado. Oihana se ha dado cuenta: está juzgando a Santi. No debería hacerlo. No, no debería hacerlo. Pero precisamente eso es lo que le duele, el sombrero con alas que le tapa los ojos y las miradas. Oihana podría decirle algo más, pero no lo ha hecho. Y Santi ha seguido adelante.

–¿Cómo le contaste a Lukas lo del abuelo, Oihana? ¿Cómo se hace eso?

–Fue la abuela quien habló con él.

–¿Tú no has hablado con él?

–Una vez, con los ojos cerrados, y mal. No sé si algo así se puede hacer bien. Sabe algo y desconoce todo lo demás. Él se cree que lo sabe todo. Su abuelo de Albacete murió atropellado por un coche cuando iba en bici. Lo mató un conductor. Primero le conté eso y

luego lo de su abuelo vasco. Todo de un tirón, sin darle tiempo a asimilar nada. También le conté que a su abuelo vasco le gustaba andar en bici. No sé qué quería conseguir, igual que lo mezclara todo.
–El abuelo de Albacete. No sabía nada. ¡Qué duro! ¿Y qué te dijo Lukas?
–«Mamá, no es lo mismo, ¿verdad?». Todavía no le he contestado y han pasado ya siete años. Santi, no es lo mismo, ¿verdad?

El conductor que atropelló al padre de Eduardo no iba borracho. Era un día precioso, de esos que temprano entran por la ventana acariciándote. Su padre le propuso a Eduardo ir juntos a andar en bici. Le dijo: «Algunos días hay que vivirlos, aprovecharlos bien, el día de hoy por ejemplo». Y después: «Hace bastante que no sudamos juntos». Y añadió: «Venga, a la vuelta nos comemos una buena ración de croquetas en el bar de Rocío». Entonces Eduardo se puso el maillot de la once y llenó dos bidones de agua. De acuerdo, pasaría la mañana al ritmo de su padre. No lo hacían muchas veces. Cuando iban a andar en bici, antes de salir a la carretera a media mañana, el padre de Eduardo pasaba por el bar de Rocío y le pedía que preparara una ración de croquetas para el mediodía. «A ver si llegamos cuando estén en su punto, bien calientes. Ya sabes, lo mejor de la croqueta es tener que soplarle antes de comerla». La cuestión es que estuvieran calientes, muy calientes, aunque después las quemaduras de la punta de la lengua y del paladar les recordaran durante dos o tres días que hay que saber esperar antes de comer aquello que está ardiendo.
Eligieron las carreteras más tranquilas, hacia el sur. Hacía un día espléndido. Los radios de las bicicletas parecían aplaudir. Eduardo se dio cuenta enseguida. Algunas piedras tienen que estar ahí y ahí están. Cuando no habían hecho aún ni siete kilómetros, pinchazo en la rueda trasera. Un hilo de aire silbando. Se deshinchó inmediatamente. «¡Papá! ¡He pinchado! … ¡Papá!… ¡Papáaaaaa!». Eduardo iba detrás, y su padre no se daba cuenta. Llevaba audífonos en ambos oídos. «Papáaaaaaa!». Frenó y dio media vuelta para juntarse con su hijo. Eduardo le dijo que se fuera, que disfrutara de la mañana, que ya se las arreglaría haciendo autostop, y que, si no, ya volvería andando. A los dos se les había olvidado la bomba; «Tenías que haberla cogido», «Siempre te sueles ocupar tú», «¡Que siempre andemos igual!», «¡Qué desastre somos!» Un par de bufidos y hasta luego, adiós, «Disfruta de la vuelta, papá, no te preocupes por mí, te espero en el bar de Rocío».
–Y se fue y yo volví. Me daba vergüenza hacer autostop y volví andando. El accidente ocurrió a los diez minutos de despedirnos. Diecisiete minutos después de que nos hubiéramos separado, pasó una ambulancia. A los veintiún minutos, un coche de policía. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera haberle ocurrido nada a mi padre.

Luego vi la ambulancia pasar de nuevo, como un rayo, como alma que lleva el diablo. Y yo a pie en aquella carretera solitaria, derrengado en un arcén que no llegaba a medio metro de ancho. Luego supe que mi padre dio su último aliento en la misma ambulancia. Quizá cuando pasaba a mi lado –el día en que Eduardo le contó todo aquello a Oihana también hacía un día espléndido.

–¿El conductor iba borracho? –le preguntó Oihana, escarbando información–. ¿Drogado? ¿Dormido? ¿Había perdido el conocimiento? ¿Problema de vista? ¿Qué dijo el informe judicial?

–No, no, el conductor iba bien.

–¿Por qué lo mató, entonces?

–El mundo está lleno de asesinos, Oihana.

No apareció nadie en el bar, y Rocío tiró a la basura las seis croquetas del plato. Las croquetas, cuando se enfrían, dejan de serlo.

Oihana le contó lo de su padre a los dos días de que Eduardo le hubiera contado todo aquello.

–Pero, Oihana, ¿por qué? ¿Por qué le mataron?

–No lo sé. ¿Te acuerdas? «¡Asesinos!». Lo dijiste tú.

A Ahetz le ha puesto un nueve en el trabajo. Y porque lo presentó tarde, que si no le habría puesto un diez. Ha hecho un trabajo excelente. Al retrato le ha añadido una frase en la parte inferior derecha. Oihana no les pidió que lo hicieran, y eso siempre es de agradecer en un trabajo creativo: la iniciativa. «No soy yo, es mi enemigo», está escrito. Es un autorretrato perfecto. El pelo despeinado, con un ligero movimiento del pendiente, la mancha en la parte derecha de la nariz, la peca en el cuello, la curvatura de las sombras. Y la sonrisa. Ni se le pasaba por la cabeza que pudiera hacerse tan bien. Una sonrisa muerta. Oihana llega a ver esa sonrisa difunta. Desfigurada. Inmortalizada en el instante en que cree que otra vida le puede salvar esta que ha perdido. Solamente un enemigo puede tener una sonrisa así, una sonrisa ensuciada por trazos que no se ven. En ambas comisuras de los labios, hay campanas anunciando la muerte. A los dos lados de la mancha dejada por el hueso mojado de la cereza, los ojos. No se ha percatado de ello inmediatamente. Oihana se ha puesto las gafas para verlo mejor. Sí, es ella. Ahetz ha dibujado a Oihana en uno de los ojos del autorretrato; Oihana hasta la cintura, Oihana de carne y hueso. Está segura de que Ahetz le tiene manía. Podía ser como para preocuparse, pero Oihana no se ha alarmado. Es arte. Ha pellizcado la realidad, pero es arte. Una provocación, una necesidad. En el otro ojo se ve un hombre. Lo ha mirado con atención, pero Oihana no le ve ningún parecido a nadie. No lo conoce. Es calvo, con gafas negras, tiene barba espesa en las

mejillas, un cuello recio, casi demasiado recio; un balón. Dos enemigos en los ojos del enemigo. ¿Quién será el hombre?

Oihana le ha puesto un nueve. Podía haber sido un diez. El curso está a punto de acabar, hoy Ahetz no ha acudido a clase de Dibujo, hoy tampoco.

–¿Alguien sabe qué le ocurre a Ahetz? –hay miradas cómplices en el aula. El curso se está acabando. Se percibe. Ya todos se conocen demasiado, para bien y para mal. El curso siempre empieza a torcerse en abril. Al calendario escolar le sobran dos meses y medio. Oihana ha dejado el trabajo corregido bajo el pupitre de Ahetz.

El hueso mojado de la cereza había dejado una mancha en el dibujo. Oihana se tomó la licencia de disimularla. Cogió un lápiz de color marrón y dibujó de forma difuminada unas arrugas en la frente del enemigo de Ahetz. Y ni se nota. Con esas arrugas parece más adulto, más viejo, pero el enemigo de Ahetz no es más que un crío.

Oihana le ha puesto un nueve, y una nota al lado: «Si quieres, hablamos».

–¡Abuela! Me he enfadado cuatro veces con Irei. Tenemos una montaña de enfados entre los dos. ¿Sabes cómo se escalan las montañas de enfados?

Feli va y vuelve de la cocina al comedor. Está preparando la mesa. Katti tira de los pantalones de su abuela, le sigue en todo momento pidiendo que le haga caso. Finalmente Feli se sienta en el suelo, y Katti se ha puesto contenta. La niña mueve los brazos hacia arriba, gesticulando para expresar lo grande que es la montaña de enfados. Oihana pasa entre las dos y con su mano, zas, choca la mano abierta de su hija.

–¿Y cuál es el camino para ir a la montaña de los enfados? –dice Oihana mientras deja siete vasos sobre la mesa.

–No hay camino, mamá, por eso es una montaña de enfados.

Sonia ríe desde la cocina, Martín está mirando al horno. Pollo asado con patatas. Fue el propio Martín quien le hizo la propuesta a su madre de juntarse todos y hacer una comida. Y la madre le dijo que sí, que pusiera la fecha y que hablara él mismo con Oihana. Le mandó un mensaje por Whatsapp. Y Oihana le contestó: «De acuerdo. Ya era hora, ¿no? Nosotros llevamos el postre».

Se han sentado todos a la mesa. Feli, Sonia y Martín, Oihana y Jorge, y Lukas y Katti. Hacía mucho tiempo que la mesa de la casa de Feli no estaba tan llena.

–Al final estamos todos –ha dicho Sonia sonriente. Oihana ha mirado a Martín, y Martín a Feli. Algo se ha movido en el aire y esas motas de polvo que parecen existir solo a contraluz han resbalado hacia el centro de la mesa. También Jorge se ha dado cuenta del detalle, y con

la cabeza le dice que sí a Feli. Todo eso en medio segundo. La celeridad del tiempo, muchas veces, se amotina.
–Sí, estamos todos –Feli levanta la copa y hace gesto de brindar–. ¡Venga, arriba también los vasos de esos pequeños! –Katti se sube de pie a la silla, y choca su vaso con todos y cada uno de los comensales.
Sonia y Martín no llevan mucho tiempo juntos, un par de años. Se conocieron por Internet. «¿Meetic?», le preguntó Oihana a Martín cuando le habló de Sonia. Para entonces vivían ya juntos. «¿Y eso funciona?», «Igual que los pasillos de un instituto», «Sí, pero… la mirada…», «Por favor, Oihana. ¿De qué estás hablando: de amor o de romanticismo?», «Primero conoces a la otra persona y luego te enamoras, ¿no?», «Eso es. Mucha gente primero se enamora», «Y luego menuda pereza ponerse a conocer al otro», «¡Eso es!», «¿Y? ¿Es guapa?», «Es muy maja. Ya sabes, Meetic. Eso tiene de bueno». Sonia es muy guapa, eso piensa Oihana. Tiene un algo. Tiene mucho.
Martín alguna vez le confesó a Oihana: «Mataron a nuestro padre, Oihana; somos unos marginados sociales. ¿Quién va a querer ligar con nosotros?». Oihana, a pesar de no darle la razón a su hermano, pensaba lo mismo. En todo caso, lejos de casa: en Italia, en Albacete, por Internet… En todo caso, con alguien de lejos de casa, con Jorge, por ejemplo, y eso teniendo el viento a favor. Es decir, casi imposible.
–¿Y qué? ¿Los pobres y exhaustos señores profesores han hecho ya planes para sus vacaciones? –Martín le saca la lengua y le hace burla a su sobrino mayor. Martín parece contento. Y Oihana está feliz viendo que es así.
–Los pobres y exhaustos señores profesores están ahora muy ocupados como para ponerse a pensar en las vacaciones –le devuelve Jorge la tiradilla. Todos se ríen. También Katti, que imita los gestos de su padre.
–En julio andaremos por aquí, tengo un compromiso entre manos –le aclara Oihana–. En agosto iremos una semana fuera. ¿Y vosotros qué? ¿Habéis organizado algo?
–Iremos a visitar al padre de Sonia. Vive fuera, en Canadá.
–¡Anda! No sabía nada –interviene Feli en la conservación–. ¿Por cuestiones de trabajo, Sonia?
–Sí. Se marchó por asuntos de trabajo para un par de años. Y ahora que se ha jubilado, ha alargado un poco la estancia. Es duro tener lejos al padre –Oihana le ha mirado a Martín, Martín a Feli. También Jorge se ha dado cuenta. Todo en medio segundo. La celeridad del tiempo, en ocasiones, se amotina dos veces–. También tiene su parte buena, iremos de vacaciones a Canadá. Iremos en agosto, para dos semanas.
–Un plan fenomenal. ¿No hay sitio para nosotros? –Oihana le ha cucado el ojo a Sonia.

–Mamá, ¿dónde está Canadá?
–Al otro lado del mar, pequeña. Muy muy muy lejos.
–¿El abuelo está en el cielo de Canadá?
–¡Claro que sí! El abuelo está en todas partes –se ha atrevido Feli a contestar cuando ha notado que Oihana dudaba qué decir.
–Sí, nuestro Dios particular –ha susurrado Martín. Se ha escuchado y no se ha escuchado. Oihana ha mirado a Martín, Martín a Feli. También Jorge se ha dado cuenta. Medio segundo. La comida se está amotinando demasiadas veces. Sonia, mientras tanto, le habla a Katti.
–Allí hay montones y montones de lagos. En los lagos de Canadá se ve el cielo.
–¿Y osos?
–También hay muchos osos. Gigantes. Más grandes que la montaña de enfados.
–No…
–¡Sí!
–Papá, ¿podemos ir también nosotros a Canadá?
Todos se han echado a reír. Oihana ha mirado de nuevo a Martín. ¿Qué le habrá contado a Sonia sobre su padre? Meetic. Conocerse y enamorarse. Sonia se ha percatado de que falta el abuelo en la mesa. ¿Sabrá por qué no está? ¿Cómo estará cuidando Martín su propia memoria? Oihana se ha acordado de las cervezas del bar de Miguel.
–¿Qué habéis traído para postre, Lukas? –Feli es una artista introduciendo en la conversación a quien no lo está.
–Mi madre y Katti han hecho madalenas.
–Con zanahoria –ha apostillado Katti.
–Jorge y yo hemos hecho galletas –ha seguido Lukas–. Sin zanahoria.
–¿Y nosotros qué tenemos que hacer, de jueces? –Martín se frota las manos. Sonia se ríe.
Se han comido las madalenas, también las galletas. Y han tomado una decisión por unanimidad: ¿cuándo nos juntamos otra vez?
–En otoño es otra vez el aniversario de papá. Nunca hemos hecho una comida –Martín mira a su madre. Oihana también mira a su madre. Feli y Martín están tranquilos. Serenos. Está claro que Feli y Martín han hablado del tema. Oihana se ha puesto celosa.
–Sí, ya es hora, ¿no os parece, familia? –Feli ha mirado a todos.
–¿Y si organizáis otra vez un acto público con motivo del aniversario? Lleváis años sin hacerlo –ha dicho Sonia. Todos le miran. ¡Vaya, Meetic! Sí, parece que algo ya sabe.

–Organizamos algo los ocho primeros años. Cuando se convirtió en una obligación que nadie quería, dejamos de hacerlo. Nos juntábamos un grupo pequeño, algunos amigos de papá, algunos ciudadanos y algunos políticos. Faltaba muchísimo para que aquel «algunos» tuviera

sentido. Eso es lo que pienso ahora. Entonces estaba yo; yo y mi dolor; todo lo demás era penumbra. No era capaz de distinguir si en un grupo estábamos tres, ocho o diecisiete. Aunque aquel pequeño grupo de gente fuera mucho, era ridículo, ¿no? Irrisorio. Dos ramos de flores, dos palabras, dos abrazos y un minuto de silencio mientras la calle seguía con su bullicio habitual. Ocho años. Aguantamos demasiado tiempo. Fotografías llenas de gafas oscuras. Yo quería estar con mi padre en casa. Aquellos encuentros eran un dolor añadido.

–¿No habéis organizado el diez, quince o veinte aniversario? ¿Estos últimos años tampoco? –hoy Oihana y Santi no podían reunirse en casa y lo han hecho en la cafetería. Santi ha acudido más elegante que otras veces.

–Al día siguiente las flores solían estar pisoteadas y pintadas de negro. Mi madre se arrodillaba y las recogía de una en una para cuando amanecía. Las flores a la basura. Papá a la basura. Los últimos tres años las llevamos a casa –en el pañuelo de papel Oihana ha esbozado una flor. Una lágrima entre el polen. Y Santi ha estornudado–. Igual este año hacemos algo.

–Podrías dibujar un retrato de tu padre para ese día. Podría serte de ayuda –Oihana ha levantado la cabeza. Santi le mira fijamente.

–¡Ah! ¿También haces de psicólogo?

–Perdona, no era mi intención –Oihana ha convertido el pañuelo en un puño. Santi ha posado su mano sobre la de ella. Un gesto.

–No, perdona tú.

Fuera llueve. También junio sabe extraer truenos de las nubes. El árbol que está junto a la cafetería está empapado, y bajo el árbol hay un hombre mojándose. Quien se cobija bajo hoja, dos veces se moja. Seguramente fue allá buscando refugio, pero… Ha permanecido allí mucho tiempo. Hasta que el camarero de la cafetería se le ha acercado con un paraguas en la mano. El hombre, meneando la cabeza, le ha dicho que no y se ha marchado. Oihana está mirando desde el otro lado de la cristalera.

–Hoy necesito descanso. Háblame de tu padre –le ha pedido Oihana a Santi con una sonrisa resignada. Junio y la tarde están más oscuros de lo que debían.

–Mi padre me pegaba y creo que un día me violó –stop. Santi ha apagado la grabadora. Santi se ha apocado, encogido. Parece que se lo ha tragado su propia piel. Está como escondido bajo un caparazón.

–Perdona… lo siento… yo no… –no escampa. ¿Por qué lo iba hacer? Junio está siendo más lluvioso que de costumbre. Oihana se ha sentido incómoda. Pero no puede abrir el paraguas dentro de la cafetería. ¿Dónde está el caparazón que necesita ella?

–Tranquila. Ha pasado mucho tiempo. Mi padre murió cuando yo tenía quince años. Cáncer –Santi tiene encendidos pequeños fuegos en

sus pestañas. Está hablando sin labios. Con los dientes–. Me daba empujones continuamente. Una vez me dio un puñetazo.

–¿Bebía? –Oihana cierra los ojos. Los labios. Los dientes. Chas-chas-chas–. Perdona… yo no… yo…

–No especialmente. Cuando tenía cuatro años, me desnudó. No sé muy bien qué ocurrió. Algo sí. Pero no logro ver nada claro, y, como sabes bien, la memoria que no ve no sirve para nada.

–¿Por qué me cuentas todo esto?

–¿Necesidad? A veces necesitamos una excusa. Me has pedido tú que hable de mi padre.

–Pero… yo… yo no…

–Es más fácil con un desconocido.

–¿Y tu madre?

–Mi madre nunca supo nada. Y nunca le contaré nada.

–Vive todavía, por tanto.

–En una residencia. Lo quería así. Está bien.

–¿Por qué lo hacía? ¿Drogas? ¿Trabajo?

Las mejillas de Santi esconden cuevas. Algo está profundamente aletargado y no cabe a lo largo y ancho de la oscuridad. El verano recién estrenado no es la mejor época para despertar, pero algunas primaveras no son apropiadas para ser vividas. Existen también sueños demasiado dilatados. Lo que produce dolor no es la luz en la oscuridad de los ojos. Lo que produce dolor es el mismo despertar.

–Casi lo maté. Cuando tenía catorce años quise matar a mi padre.

Santi le ha contado a Oihana la mitad de la mitad: ¿Cómo se le dice a una persona a cuyo padre han asesinado que prefiere que haya sucedido eso a vivir con el deseo de matarlo?

4

Oihana ha dejado el coche en el parking del hotel donde se han hospedado. Le ha pedido un zumo de naranja a la chica de la cafetería. Y un cola-cao frío para Lukas. Lukas ha ido corriendo al váter. Cada uno con su mochila, no se han tomado tiempo ni para subir a la habitación. Durante el viaje han hecho una única parada, y Madrid está lejos. Madrid es un nudo excesivamente grande. Madrid es un mar con sus mareas altas y bajas, y produce sed. Se han perdido por el camino: «Será por allí», y «Por si acaso, me voy a meter por aquí», «Por ahí no puede ser» y «Por allí tampoco». «¿Quién se traga todos estos coches?». Era previsible que se perdieran. Y, sin embargo, Oihana decidió hacer el viaje en coche. Me perderé, quiero perderme, es el momento de perderme. Ya nos encontrará alguien. Y, si no, nos haremos compañía mutuamente.

–¿Quieres venir conmigo a Madrid? –no es fácil pillar a un hijo de catorce años en julio.

–¿Tú y yo?

–Dos o tres días. ¿Te animas?

–¿Y Jorge? ¿Y Katti?

–Para Katti es demasiado un viaje relámpago así, y papá se quedará con ella –Oihana juntó sus manos delante de la boca para, convertidas en corneta, decir algo importante, todo bien teatralizado–. ¿Señor Lukas, quiere usted venir a Madrid con la señora Oihana?

Lukas se sumó al tono jocoso:

–¿Y cuál es el plan que ha preparado usted?

–Quiero ver una exposición. El resto, lo que usted desee. ¡A su servicio, señor!

–¿En serio? ¡Entonces, voy! ¿Cuándo vamos?

–Empieza a preparar la mochila. Mañana a las seis de la mañana, arriba.

–¿Mañana? Sabías que te diría que sí, ¿eh?

–Sí, ya lo sabía.

–¿Dormiremos juntos? ¿En la misma cama? ¿En una cama grande?

–¿Quieres? –a Oihana le hizo mucha gracia la respuesta de su hijo. Asintió con la cabeza una y otra vez. Oihana cogió el móvil e hizo como que llamaba: «Sí, por favor… a nombre de Oihana… he reservado dos camas… que sea una sola… bien grande, la más grande que tengan… sí, eso es… como para saltar encima de ella… sí… tiene catorce años pero es como un crío… ¿que sí tienen? ¡Que sea para nosotros!». Lukas rodeó el cuello de su madre con ambos brazos y, riéndose, le plantó un beso.

–Gracias, mamá. Me voy a preparar la mochila.

Y acaban de llegar. Lukas está en el váter y Oihana se ha quedado mirando al zumo de naranja que le ha servido la camarera de la cafetería. Ascienden las vitaminas, suben, se evaporan, cielo arriba. Y ve a su padre insistiéndole en que se beba el zumo, que si no «pierde las vitaminas». Y Oihana mira hacia arriba, vaso arriba, al aire, cielo arriba. «Papá, ¿por qué no son las nubes de color naranja?». Y entreteniéndose y pasando el tiempo, el zumo se quedaba en el vaso, terminaba derramado en la fregadera, vitaminas que se perdían por las cañerías, río abajo, hacia el mar. «Papá, ¿por eso hay tantos peces de color naranja?» Y a la mañana siguiente la misma matraca: que si las vitaminas, que tómate el zumo, que no quiero, y vuelta con las nubes y los peces. Y el zumo a la fregadera. Hoy en día, en cambio, se tomaría veinte uno detrás de otro, porque le gusta y por su padre. Pero, sin embargo, deja que las vitaminas se evaporen. Si realmente su padre puede jugar, que juegue en las nubes naranja.

Gracias al aire acondicionado de la cafetería, no se nota, pero hace calor en Madrid. Las aceras se derriten y los viandantes se agarran a zarpazos cada uno a su sombra. Evaporarse sería lo último. Pero es julio y el calendario no miente.

Después de su última cita, Santi le envió a Oihana un mensaje por Whatsapp. Le informaba de una exposición. Le decía que seguramente le interesaría. El dolor y sus modos de expresión. Le decía que podría verse durante todo julio en Madrid. Que él la vio en 2013. Y Oihana le agradeció que le avisara: «Igual me animo». A Oihana incluso se le pasó por la cabeza que podía ir con él, que quizá por eso le había enviado Santi la propuesta, que le gustaría ver la exposición junto a ella. Pero Oihana se limitó a decirle: «Gracias, igual me animo». Nada más. Distante. A veces conviene no mover demasiado las posiciones y asientos. Es conveniente mantener el equilibrio. Cuando Santi le contó lo de su padre, a Oihana le dio un bajón. Se quedó un poco aturdida. Asustada. No quiere perder la perspectiva, a pesar de no saber todavía de qué manera quiere protegerse a sí misma. De todas maneras, vete a saber, igual podía ser interesante conocer las formas del dolor junto a Santi.

–¡Mmmmmmmmmmmmmmm! ¡Qué rico! Está bien frío este cola-cao –dice Lukas. Será con él con quien verá los rasgos del sufrimiento.

–Le he pedido que le ponga unos hielos –«Tú, al menos, no te evapores», ha pensado Oihana.

Oihana se ha bebido de un trago el zumo de naranja y ha pagado. La cafetería es elegante, el hotel parece elegante. En recepción han comprobado la documentación, ella ha cogido la llave y madre e hijo han subido por las escaleras. La habitación está en el segundo piso, no les hace falta ascensor. Oihana ha abierto nerviosa la puerta, «Que sea

amplia, grande», ha pensado, «una cama elástica, por favor, un poco de magia para Lukas». Para cuando se ha dado cuenta, ahí está Lukas saltando sobre la cama.

–¡Mamá, ven, ven!

–¡Lukas! ¿Y si hay alguien mirando?

–¡Que juegue con nosotros!

Y Oihana se ha subido a la cama. Sin siquiera quitarse las zapatillas. Por su hijo cualquier cosa.

Es un edificio con una torre espectacular de 37 metros, situado en el número 62 de la calle de Alcalá. Es del siglo xix. «De estilo neomudéjar, Lukas. ¿Ves las imágenes geométricas y las flores de piedra caliza? En tiempos, todo esto era una escuela. Bonita, ¿no te parece?». Oihana, cuando puede, intenta fomentar a su alrededor el interés por el arte. «No había nada y ahora está todo. Solo falta vuestra mirada», les dice a sus alumnos. «Hoy en día es la Casa Árabe». Allí está la exposición de Assem Al Bacha: Esculturas de dolor y rebeldía. Las 25 esculturas las expusieron por primera vez en 2013, y ahora puede visitarse la misma exposición en el mismo lugar por segunda vez. La obra que realizó Assem en recuerdo de su hermano Namir está en la entrada principal. Una escultura de tres metros. Un cadáver de tres metros. Desgarrado por el dolor. Namir fue asesinado en una cárcel de Siria después de sufrir torturas durante meses. Oihana ha inspirado profundamente y el hielo del hierro se le ha pegado a los pulmones. Ha puesto su mano sobre el hombro de Lukas. Un poco de cercanía. «¿Qué estará pensando?». Assem Al Bacha es un artista que ha dado forma a la trágica realidad de Siria, que a través de una exposición transmite el dolor y la rebeldía de su pueblo. «¿Entramos, Lukas?». Todavía están a tiempo; no entrar era una de las opciones. Darle la espalda. También cuando alguien nos quiere hacer mal hacemos eso: poner la espalda para protegernos. La espalda a modo de caparazón. Protegemos la cabeza escondiéndola en el pecho. Y cerramos los ojos. Que los golpes no entren por los ojos. Tampoco por el ombligo. Nos tapamos la cara y damos la espalda, como si la espalda fuera de otra persona. La herida que no vemos no duele.

–Mamá, prefiero ver la exposición solo.

Y Oihana se ha quedado sola, siguiendo desde atrás los pasos de su hijo. Pisadas en el aire. Parecía fácil: Madrid, una cama elástica, la exposición, el parque de atracciones, unos helados gigantes y vuelta para casa. Parecía fácil, pero…

Hay luz en la amplia sala. Casi demasiada. Se ve todo, también aquello que se desea ocultar. Son esculturas sin rostro que se elevan hacia el cielo altas y espigadas. Desde el silencio de los sonidos de los disparos y bombas, gritan los horrores de la guerra, y el hierro

mantiene rígida la angustia de las imágenes. Se ha quedado observando las rodillas. Oihana se ha quedado enganchada a esas rodillas que se doblan. Si pudiera, ella sostendría la escultura enjuta y endeble llena de agujeros. Está desplomándose. Ha mirado a su alrededor: ¿no hay nadie que pueda ayudarle a mantenerla en pie? En la sala habrá aproximadamente una docena de personas. No ve a Lukas. Da dos pasos a la izquierda y casi se da de bruces contra la pared, contra la sombra de la pared y la negrura de la sombra. Oihana no ha venido preparada para algo así. Esperaba algo, pero la ausencia de rostros ha hecho que sus sentimientos sean más crudos. Hay claridad en la amplia sala, pero hay algo que transforma en tormenta la inclinación de las paredes.

Un señor está frente a una de las esculturas. Parece que llora. Oihana le ha mirado de reojo. Es robusto, de gran corpulencia. Está inmóvil, tremendamente rígido. En tensión. Ha alargado la mano y tocado la escultura. Y ahí está Oihana, mirándole. Los folletos que se ofrecen a la entrada ruegan que no se toquen las esculturas. El hombre ya lo sabe, pero, a pesar de eso, la ha tocado. Está sujetando el gemido que emana de la escultura. Y ahí está Oihana, mirándole. Intentando comprender cómo puede salpicarle el sudor del sufrimiento. El señor se ha llevado las manos a las mejillas. Está llorando. Y ahí está Oihana, mirándole. Así ha pasado Oihana un rato, y luego ha escapado en busca de aliento. Ha entrado rápidamente al baño y ha salido otra vez. Ahí está Namir. El cadáver de Namir. La memoria trabajada a mano. Ahí está Namir. Y Lukas a su lado.

–Mamá, ¿por qué no haces un cuadro retrato del abuelo?

Oihana le ha dado un beso. Y no le responde. Avanzan caminando. La puerta de Alcalá, los jardines del Retiro, y siguen adelante. Andando es más difícil que se oxide la impotencia. Assem Al Bacha. Si lo tuviera delante, Oihana le preguntaría: «¿Cómo se hace todo esto? ¿Cómo?». Oihana ha leído que muchas de sus obras están escondidas en un zulo que escavó un amigo suyo. Los aviones de Bashar al-Ássad destruyeron su rincón de trabajo de Yabrud, en Siria. Su arte quedó reducido a cenizas; la libertad, convertida en escombros. Tras pasar muchos años en el exilio, Assem había vuelto junto con sus compatriotas sumándose a los movimientos populares surgidos en 2010. Había huido lejos, voluntariamente, 30 años atrás. Su vida habría sido muy diferente si hubiera aceptado la propuesta que le hizo el régimen sirio: realizar estatuas propagandísticas en favor de Háfez al-Ássad. Ahora vive en Granada. Oihana no sabía nada de él. E igual que él, ¡cuántas y cuántas personas! Santi le había dicho: «Podrías hacer un retrato de tu padre para su aniversario». «¿Cómo se hace eso, Assem? ¿Cómo se hace eso?». A Oihana le da miedo el dolor de su mano. De la impotencia pueden surgir bocetos rotos.

Oihana alarga su brazo sobre el hombro de su hijo, y lo atrae hacia él, estrujándolo.

–¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos? –le susurra a su hijo casi a la oreja.

–¿Un helado de tres bolas?

–¿Ahora? ¿Antes de comer?

–Si quieres, nos tomamos unos helados como comida.

Y la comida ha consistido en dos helados para cada uno, helados que han degustado lengüetazo a lengüetazo antes de que se derritieran del todo.

–Ojalá el dolor se pudiera derretir así –ha dicho Oihana en voz baja, para sus adentros. Lukas está mordisqueando el cucurucho. Es otro modo de romper y vaciar el sufrimiento.

–¿Qué has dicho, mamá?

Oihana quiere ver los rostros. ¿Qué sucede cuando las zarpas del sufrimiento rasgan las máscaras? A Oihana le parece significativo que Assem haya creado imágenes sin rostro. También eso es sufrimiento. Quizá eso es el sufrimiento. Eso que hace que desaparezca el rostro. Oihana quiere ver las caras. ¿Cómo se ve el dolor en un rostro? ¿Qué existe antes de que desaparezca la cara? ¿Qué ve el prójimo en el instante inmediatamente anterior a que desaparezca el rostro? Han pasado ya tres días desde que volvió de Madrid, y la mayoría de las horas las ha pasado delante del ordenador viendo si podía descubrir algo. Al final ha encontrado algo especial: Guayasamín. Al inicio del segundo curso de universidad, uno de los profesores les habló de él. Cree que fue la segunda semana. Su padre aún vivía. Oihana era otra Oihana. El dolor, otro dolor. Guayasamín. Cuando lo ha visto ahora de nuevo, ha recordado aquella clase, aquella profesora, Leioa y los últimos días de verano, Leioa en lucha. Leioa en llamas. ¿Dónde tenía guardado todo aquello? Vivencias mutiladas. Recuerdos cojos. Cuando estaban trabajando en torno al dolor mataron a su padre. Oihana tenía olvidado ya todo aquello, también que aquellos días estaba dibujando un cuadro sobre el sufrimiento. Guayasamín. Le parece que él le ha soplado, que le ha soplado en el entrecejo, ahí donde la memoria suele quedarse enredada y caduca. Cuatro nudos de hilo: Leioa, Guayasamín, el cuadro y su padre. Un agujero en el ojo y un canal en la nariz. En la mejilla un toque de carbón. Le lloran los labios. ¿De quién es la mano gigante que le tapa toda la parte derecha del rostro? Oihana lleva horas contemplando la obra del pintor nacido en Quito en 1919. El grito, tercera parte. En las fisuras de los labios abiertos no caben cuevas abiertas. Hay, por lo visto, otros modos de gritar. A Oswaldo Guayasamín no le agradaba el tiempo que le tocó vivir. El siglo xx: demasiada violencia. Quiso representar el dolor y la miseria sufridas por una parte de la humanidad. ¿Qué hace mientras tanto el

resto de la gente? Mientras una persona sufre, ¿qué hacen los demás? ¿Qué cabe en la brecha entre unos y otros? ¿Hay semejanzas entre los que quedan a uno y otro lado de la brecha? ¿El dolor de unos es mayor que el de los otros? ¿Cagan todos por el mismo orificio? Guayasamín hacía arte para herir, rasgar y golpear las conciencias de la ciudadanía, para poner de manifiesto qué hacen unas personas en contra del resto.

–Gua-ya-sa-mín –Oihana ha mirado hacia atrás. Tiene a Jorge observándola, penetrando la pantalla con su mirada.

–¿Lo conoces?

–En Cádiz vi una exposición suya. ¿Estás bien, Oihana?

–Sí –Oihana ha vuelto su mirada a la pantalla–. Jorge…

–¿Sí?

–¿Lo has pensado alguna vez? Si hubiéramos nacido en otro tiempo, mi padre estaría vivo.

Jorge ha abrazado a Oihana por detrás. Le ha puesto la mano sobre el pecho. Tiene el corazón triste, le late con ritmo lento. A Oihana le invade la tristeza. Le ha dado un beso y la ha dejado sola. «Déjale su espacio, su tiempo, déjale un cabello».

Oihana se ha quedado delante del ordenador. Con los ojos cerrados. Quiere recordar cómo era el cuadro que dejó a medio hacer en aquella aula cuando mataron a su padre. ¿Cómo era el dolor de Oihana en el momento en que estaban asesinando a su padre? En veintidós años no se había acordado del cuadro. ¿Qué les ocurre a los recuerdos que olvidamos? ¿Qué le ha ocurrido a Oihana en el cerebro, en el hipocampo? ¿Qué habría hecho la profesora con aquel cuadro recién empezado? Guardarlo, esconderlo, romperlo, tirarlo. O quizá se lo llevó a su despacho y continuó ella pintando el cuadro de Oihana. ¿Por qué no le dijo nada cuando regresó a las clases? Oihana ha cerrado los ojos. Estaba dibujando un erizo. Estaba dibujando un erizo de color rojo. Tenía todas sus espinas puntiagudas excepto una. Su creatividad se atascó en aquella espina roma, y, ahora, en aquella misma espina despuntada se le ha enredado la angustia. Ha entrado en la habitación de Katti, y le ha plantado un beso en la mejilla a su hija pequeña, que ya lleva dormida cinco horas y media.

–Mamá, he soñado con un erizo.

– …

–Era rojo, muy rojo.

– …

–Y tenía muchas espinas. Muchas muchas.

–¿Estaba solo? –se ha atrevido Oihana a preguntar.

–Sí. Hasta que ha llegado un dinosaurio.

–¿Y qué ha pasado?

–Se han abrazado.
–¿Y?
–Se han hecho daño.
–¿Y qué ha pasado cuando se han separado?
–Al erizo le faltaba una espina.
–¿La espina roma?
– …
–¿Le faltaba la espina roma, Katti?
–¿Qué es roma, mamá?

5

Le ha llamado por tercera vez. No le coge el teléfono. Oihana no le piensa dejar mensajes en el contestador. Ya lo entenderá. Tres llamadas perdidas en un intervalo de cinco minutos. Entenderá que tiene ganas de hablar con ella. Que la necesita. Lo entenderá: «Llama cuanto antes».

Decidieron cerrar la editorial y Carmen se marchó a Alemania. Desde entonces han pasado tres años; Oihana y Carmen llevan todo ese tiempo sin verse. Algo más. Oihana estuvo en Albacete cinco meses antes de que Carmen se fuera a Alemania. Durante las vacaciones de verano, Jorge y Oihana dejaron a Lukas con su padre y pasaron un par de días en casa de Carmen. También Katti estaba con ellos, a punto de cumplir dos años. Cuando se enteró de que estaban a punto de cerrar la editorial, Oihana sintió pena. Ya para entonces Carmen tenía en mente irse a Alemania, y eso le aumentó el disgusto a Oihana. «Antes ya estábamos bastante lejos una de la otra», «Pero todos los lejos no son iguales: algunos lejos son cerca, y otros, en cambio, muy lejos», «Sea como sea, no podemos abrazarnos», «Ya, pero el vacío que tocamos cuando alargamos la mano no es el mismo», «¿De verdad?», «De verdad». Y las dos amigas se pasaron la noche charlando.

–¡Oihana! Estaba en una reunión de trabajo –Carmen trabaja como administrativa en una empresa de la industria del automóvil. Para cuando llegó a Alemania ya tenía cerrado el contrato–. Acabo de ver tus tres llamadas perdidas. ¿Ha ocurrido algo?

–¿Qué tal estás? –Oihana intenta transmitirle un tono alegre y Carmen le sigue el hilo de la conversación.

–Bien, Oihana. Muy bien. Ahora no puedo seguir hablando contigo, pero mañana te llamo, tengo una novedad muy bonita que contarte. Tú estás bien, ¿no? ¿Los pequeños bien? Katti estará ya preciosa. Dale un beso de mi parte. Y otro a Lukas. ¿A Jorge aún le das besos? Dale un besazo. Y el más grande para ti. Mañana te llamo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –¿qué le iba a decir?, ¿que dejara lo que tenía que hacer?, ¿que a qué venía toda aquella felicidad?

Oihana lleva dos días sin pegar ojo. Se pasa la noche despierta y le roba a la mañana hora y media para poder dormir algo. Con ese poco descanso le hace frente al cansancio del día. La mente se le está amontonando en los ojos. Cada vez que se pone a pensar, todo lo ve borroso y se le marean sus temores. Madrid, Assem, Guayasamín, el erizo, las espinas, el dinosaurio. Oihana está triste estos últimos días. Le resulta dolorosa la sorpresa, la ignorancia, su falta de rumbo, su deriva. El dolor es un laberinto. También el silencio de sus pasos. El

eco de sus propias pisadas. «¿A qué viene ahora la propuesta de Santi?». Dispone aún de media hora para estar sola. Y coge de nuevo el teléfono. Ha buscado por segunda vez a Carmen Gómez en su lista de contactos. «Coge la llamada, por favor; cógela».

–¿Oihana?

–Sí, Carmen, soy yo. Soy yo otra vez. Ya sé que ahora estás ocupada –Oihana se ha mordido los labios. Andar rogando debe ser algo así. La desesperación también, algo así–, pero no cuelgues, por favor. Necesito alguien para hablar. Necesito alguien desde la distancia. Y cerca. ¿Me comprendes, Carmen? ¿Tienes cinco minutos?

Y se han pasado más de media hora hablando por teléfono. No es fácil dilatar el tiempo, pero en ocasiones es suficiente un solo golpe de tos para que uno se dé cuenta de que ha pasado más tiempo del que pensábamos. Oihana le ha contado a Carmen la primera llamada de Santi, lo de los trozos de cristal y lo de Martín. También le ha contado las nuevas citas, los temores, el sufrimiento e inquietudes que le ha producido el tener que recordar. «La memoria es un campo de batalla, Carmen. Si no aprendes a vivirla, la memoria acaba contigo. Tengo las emociones trituradas, hechas añicos». Le ha contado lo de Assem Al Bacha y lo de Guayasamín. Le ha contado lo de los erizos y lo de los dinosaurios.

–A gusto te enseñaría el retrato que estoy haciendo. Un retrato de mi padre. Para mi padre.

–Mándame una foto.

–Cuando lo acabe te la mando.

–Oihana, suelta. ¿Qué es lo que de verdad me quieres contar?

–Me ha hecho una propuesta.

–Santi.

–Sí, Santi.

–Te ha dicho… –está lloviendo en Berlín. Llueve en el teléfono. Carmen mira a lo lejos; también allí llueve. Todavía no llega el autobús.

–Me ha dicho a ver si me animo a juntarme con otras víctimas.

–¿Cómo a ver si te animas?

–Que a ver si quiero, a ver si me gustaría. A ver si me atrevo.

–Con otras víctimas.

–Sí, con otras víctimas.

–Por ejemplo… con otras víctimas de eta.

–Sí, con otras víctimas de eta. Y también con más víctimas.

–Hay más víctimas…

–Sí, más víctimas.

–¿Y qué le has dicho?

–No le he dicho nada.

–¿Y qué le vas a decir?

–Por eso quería contarte todo esto.
–¿Has hablado con tu madre? ¿Con Jorge?
–Aún no. No sé si lo haré.
–¿Por qué me cuentas a mí todo esto? –llueve en los escaparates de Berlín. El reflejo de la calle está demasiado empapado en cada gota de lluvia y la sed del asfalto hace que los bordes de las aceras suden. Hoy es fácil resbalarse en las avenidas de Berlín.
–No lo sé. Eres mi amiga. Llevo dos días sin pegar ojo. A alguien se lo tenía que contar. Además, la distancia me da seguridad. Te agradezco tremendamente este rato.
–…
–Está jarreando en Berlín, ¿eh? Oigo la lluvia como si estuviera lloviendo aquí mismo, oigo que llueve a mares.
–Oihana, ¿quiénes son las otras víctimas? Otras víctimas son las víctimas del gal, ¿no?
–Víctimas del gal también.
–…
–…
Cuando se habla por teléfono los silencios son más densos, más grandes, nos tragamos los silencios y después nos producen dolor de tripa. Con los silencios al teléfono más de uno hace aviones de papel.
–Dudas si acudir o no.
–Así es.
–Quieres saber qué haría yo.
–Sí.
–A mí no me han matado al padre.
–Ya lo sé.
–Mi padre fue un asesino.
–Ya lo sé.
–Por eso me has llamado.
–Creo que por eso no. No lo sé.
–Si no vas, te arrepentirás.
–¿Y si voy?
–Quizá también. Pero no todos los arrepentimientos son iguales. ¿Te acuerdas? «No todas las distancias son iguales».
–Entonces, ¿tú irías?
Llueve en Berlín y Carmen llora.

Si has de fijarte en algo, que sea en la huella, en la pisada. Si vamos hacia adelante, fíjate en lo que queda detrás. Todo lo demás se ve. Quien tiene el valor de volver la cabeza traza los caminos de un modo diferente. De modo más juguetón. Así ha llegado Oihana al número cuatro de la calle Iturraran, dando tropezones con los talones. Primer piso, izquierda. Cuando ha llamado al timbre, ha mirado hacia atrás:

las huellas que han dejado sus pies le persiguen por la acera formando olas. Nota sus dedos demasiado húmedos. Tenía que haberse puesto sandalias. Las de cuero, las verdes. Pero con calcetines todo es más disimulado. Más íntimo. También el sudor. Y la necesidad de ahogo. Habría sido mejor si se hubiera puesto sandalias, sí, pero de esa manera los pies son suyos y no de nadie más.

El barrio es nuevo, nuevo es el bloque de viviendas. Seguramente todavía vivirán pocos vecinos. Oihana lo nota en el olor. Aún no se han mezclado los olores de las diferentes cocinas. Por lo que parece, nadie se ha familiarizado todavía con las comidas ajenas. También las escaleras están impolutas, no hay espacio para agujeros negros. Por ahora. También eso es cuestión de tiempo.

La puerta de entrada está abierta. Basta con empujar para entrar dentro. La persona que trabaja en la recepción le dice a Oihana que pase tranquila.

–No tendrás que esperar mucho tiempo. Si quieres alguna revista para entretenerte, ahí las tienes. Coge con toda confianza.

–Gracias –Oihana se sienta. Hay cinco sillones blancos en la sala de espera, colocados alrededor de una mesa redonda de cristal. No hay vía de escape. Si coincides con alguna otra persona, tendrás que fijarte en ella, tendrás que mirarle, el contacto visual es inevitable. Será una estrategia, la fase preliminar. El poder de la terapia.

Oihana está sola. No hay nadie más. Ella y cuatro sillones vacíos. Demasiado blancos, demasiado templados. Demasiado cuadrados. Eso será también parte de la estrategia. Hay un espejo en frente de uno de los sillones. Una decoración psicológica. Ahí está Oihana, le suda el labio superior. Si adelanta un poquitín el culo, calcula que no puede verse a sí misma en el espejo. Ahí está Oihana, entretenida con las trampas de la sala de espera. Hay nueve revistas sobre la mesa de cristal, bien apiladas una encima de otra. Pesadas. La persona que trabaja en la recepción le ha dicho que son para pasar el rato, pero las imágenes y los tonos de las portadas de las revistas no invitan al juego. Ha cogido la cuarta y ha apartado el resto. Se ha atrevido con una de abajo. ¿Para qué están ahí si nadie las va a coger? Pensar para no sentir. Cuando es el cerebro quien nos miente. ¿De quién son esas palmas de la mano? Los escondijos de la luz. El dolor, la última fase de la herida… Oihana ha cogido con fuerza la revista. A gusto metería todos esos titulares de la portada en su bolso. Algo sabrán quienes los han escrito. Ha alargado de nuevo la vista, y ha dejado la revista donde estaba. Ha tratado de dejarla como estaba en la pila de revistas, un poquitín más salida que las demás, deliberadamente. Mira a los espejos, por si alguien estuviera mirando.

La puerta de la consulta se ha abierto y un señor ha salido de ella. No ha hecho ni mirar a Oihana. Casi se ha introducido en uno de los

espejos, casi con el pecho plegado, de forma excesivamente callada.
–Oihana.
–Sí –le ha cogido por sorpresa la voz de la doctora Soroa. También ella estaba metiéndose en el espejo. Detrás de aquel señor.
Girando la cabeza, se ha encontrado con la doctora Soroa, que está sonriente en la puerta. Han pasado veintidós años. Tiene ya canoso el pelo, y lo lleva muy corto. No la habría reconocido. Si la hubiera visto en la calle, no la habría reconocido.
–Adelante –la doctora Soroa ha hecho amago de abrir la mano, pidiéndole que se acerque, que entre sin miedo. Con esa sonrisa tan suya. Oihana se la agradece. También se la agradeció en su tiempo. Pero esa sonrisa… es tan amplia que casi no le permite entrar por la puerta–. Has cambiado mucho.
–Tú también.
Cuando ha cerrado la puerta, Oihana le ha dado dos besos a la doctora Soroa, y ella le ha respondido con un fuerte abrazo.
–Siéntate, Oihana, siéntate. ¿Qué tal estás?

La doctora Soroa ha preparado un par de infusiones. Llevan hora y media charlando. Oihana está cansada y le parece que todavía no ha comenzado a hablar. Están construyendo viviendas al otro lado de la ventana. Muy pegadas a las ya construidas. Todo demasiado cerca, todo aquí y ahí, aquí y ahí.
–No le he echado azúcar. Si quieres, tengo azúcar moreno.
–No, no, tranquila –le echaría azúcar a kilos. En algo ayudará endulzar de vez en cuando las entrañas. Oihana llamó hace dos días porque tenía necesidad de desatar su nudo interior. Dijo que necesitaba una cita con la doctora Soroa. No, que no era una paciente habitual. Que, por favor, le buscara un hueco, «Si no es posible hoy, mañana, o pasado mañana si no. Cuanto antes, por favor».
–Es muy hermosa la manera en la que hablas de tu padre. Muy poca gente consigue llevar de la mano a un difunto tan cercano. Y yo veo a tu padre junto a ti. Deberías estar contenta, Oihana.
Pronto vivirá alguien en esas casas nuevas. Se encenderán luces, vibrarán los sonidos, y las paredes comenzarán a tener cicatrices. Los vecinos se conocerán y surgirán nuevos ciclos de relaciones. Pronto la vida avanzará hacia otras dimensiones. Oihana está mirando a los huecos de las ventanas, le parecen demasiado pequeños. Nuevas generaciones crecerán, ¿pero mirando hacia dónde?
–Si no estás segura, no vayas.
Oihana ha aceptado la infusión. Todo es verde: las tazas, las cortinas, los caramelos.
–No esperaba que me dijeras eso.
–Has venido esperando que te anime a ir, ¿no es así?

Oihana está inquieta en su silla. Está nerviosa, cansada, decaída.
–Oihana, es duro escuchar el dolor de otras personas. Es duro darnos cuenta de que no vivimos solos en nuestras cavernas, aceptar que nos debemos menos oscuridad a nosotras mismas.
–Pero…
–Pero todo eso es hermoso y enriquecedor al mismo tiempo.
Saldrá humo de las chimeneas y cambiará el color de las aves del entorno. Se ensombrecerán los vuelos, mirarán al mundo desde más abajo y el sudor de sus picos irá envenenándose poco a poco, salvajemente. El canto de las aves grises dará otra sonoridad al barrio. ¿Quién limpiará las chimeneas? Suciedad, suciedad y suciedad… A Oihana le gusta el carboncillo para dibujar.
–¿A qué tienes miedo?
–No lo sé. Yo necesito manos.
–Y es posible que no se acerque ninguna mano, ¿verdad?
–No quiero morir de nuevo.
–Pero estás dispuesta a morir por embellecer la vida.
–No soy nada creyente.
–Ya me entiendes qué quiero decirte.
–No muy bien.
–¿Y si esas manos se acercan?
–…
–¿Tú qué harás con tus manos? ¿Estás dispuesta a tocar otros dolores?
Oihana tiene las uñas manchadas. A la mañana ha estado pintando y le han quedado restos. Se ha lavado bien las manos, pero algunos recovecos son eso precisamente: recovecos. Y la suciedad aflora sin dar tiempo a disimular. Ahora mismo se metería el dedo índice de la mano izquierda en la boca para tragarse las manchas.
–No lo sé. Supongo que sí.
La doctora Soroa se ha levantado y se ha dirigido a la ventana. Le ha dado la espalda a Oihana. Está mirando hacia fuera y le ha tapado totalmente el campo de visión. Se acabó el barrio, se acabaron las aves grises, las chimeneas sucias y las ventanas excesivamente pequeñas. Oihana posa su mirada sobre la infusión que no ha bebido. También allí habitará alguien. También allí vivirá algo.
–A mi hermano lo mataron –Oihana ha perforado su mirada. La voz de la doctora Soroa se ha transformado, parece como si descendiera por un tobogán. Va cayendo y resbalando y desgarrando el aire–. Mataron a nuestro hermano. A tiros. La Guardia Civil. Volvía de una reunión a casa con un amigo. Tenía veintiún años y un ansia tremenda de sacarle jugo a la vida. Tenía los ojos grandes, Oihana, ojos gigantes, muy redondos, y en sus ojos cabían grandes sueños, esos que incubamos de jóvenes. No se reservaba tiempo ni para dormir. «¿Para qué cerrar los ojos?», decía, «Cuando duermo, en mis sueños, siempre

me tropiezo y caigo, y yo quiero caminar de pie». Quería estar presente en todas las movidas del pueblo. Quería construir futuro. Aquel era el momento. No era nada guapo. Él mismo lo decía: «Soy feo de cojones», y aquella honestidad lo embellecía –Oihana ha visto una sonrisa en el reflejo de la ventana–. Le quería muchísimo. Yo tenía doce años. Cuando entré en casa estaban todos llorando en la cocina y mi madre me tapó los oídos. No quería que yo escuchara llantos. Si hubiera tenido cuatro manos, me hubiera tapado también los ojos. Recuerdo las manos frías de mi madre. Llevo encima todavía las marcas de aquellas manos. De vez en cuando el frío me produce eco. Muchas veces. Mi madre murió a los dos meses de suceder aquello. «Miren, Miren», me decía, «¿qué nos han hecho?».

Ahí estaba Miren. Miren Soroa. De carne y hueso. Y Oihana pensando que no era más que una bata blanca, poco más que apariencia, una doctora y nada más. Miren está llorando y Oihana no sabe qué hacer. Tiene dos manos. Y sin embargo ha hecho gesto de levantarse, pero ahora mismo le flaquean las fuerzas.

–Siempre he tenido muy presente tu dolor, Oihana.

–Pero…

–Pero la política es muy cruel.

–Yo, la verdad…, siento, siento tremendamente lo de tu hermano.

Miren ha dado media vuelta y ha extendido su espacio hacia Oihana. Se han dado un abrazo. Ese abrazo es un mar embravecido. Una paloma gris se ha acercado y se ha posado sobre la repisa exterior de la ventana. ¿Por qué sigue la vida ahí fuera?

6

Edurne se ha metido en la bañera en el mismo instante en que Oihana ha entrado en la ducha. Cada una en su casa. Cada una con sus sombras. Oihana se está duchando con agua fría. Tiene el cuerpo temblando. La cabeza le va a explotar, se le está haciendo añicos. Cuando ha cerrado el grifo y ha salido, ha aguantado desnuda el frío. Prefiere asfixiarse mojada.

Y, mientras tanto, el frío ha abrasado a Edurne en la bañera. En otra casa. En otro silencio. Lleva veinticinco minutos dentro de la bañera. Se ha metido en la bañera vacía y ha abierto el grifo. Ha dejado que la bañera se vaya llenando, y el agua le ha ido abrasando los resquicios de su cuerpo, los placeres. Ha hecho que le baje la tensión, y cuando ha notado que el agua la ha envuelto, ha cerrado el grifo. Agua. Agua en soledad. Agua transparente. Agua sola. Sin gel. Deseaba poder ver las uñas de sus pies pintadas de rojo. Desde fuera. Quería desafiar al esmalte aislado por el agua. Claude Debussy. Un compositor francés. La música canta. Claude Debussy. El cuarto de baño ahora le pertenece. Edurne ha cerrado los ojos. Es en esos momentos cuando pone la obra «Rêverie». Una y otra vez. Repetidamente.

Agua. Solo agua. Agua transparente. El agua se está enfriando. Ha inclinado el cuello hacia adelante y ha sumergido la cabeza en el agua. Uno, dos, tres… veintiuno… ahí están sus uñas rojas… veinticuatro… desnudas y sangrantes… cuarenta y dos… golpe fuerte en el culo… cincuenta y tres… puñetazo en las costillas… cincuenta y seis… la muerte se acerca… cincuenta y siete… la muerte… cincuenta y ocho… la muerte… un metal gélido… un metal ardiente… ahogarse y respirar. Edurne ha sacado la cabeza de debajo del agua. Tiene los pechos amansados. Suda bajo el agua. La vagina aterrada, las burbujas que ascienden. Pero no está sola. Debbusy. Toca, quiere decirle. Toca. «Toca el piano sobre mi cuerpo». Han pasado ya muchos años. Y sin embargo Edurne ha doblado las rodillas, las presiona sobre sus pechos y se ha echado a llorar. Todavía no sabe qué es lo que le hicieron. ¿Qué es verdad cuando un agujero engulle la oscuridad? Le detuvo la Guardia Civil y después la dejaron en libertad. Y, entretanto, le calcinaron la eternidad. Se ha llevado las manos al vientre. Agua. Solo agua. No ha sido madre. Esos golpes. Esos golpes le mataron el vientre. El vientre y el futuro. Y el niño que estos últimos años no ha nacido. Ha dejado resbalar su trasero para que su cuerpo descienda y se le moje el pelo. Le tiraban de él. Como unos diablos. Caían mechones y mechones al suelo. Se los pegaban con pegamento otra vez a la cabeza. Durante un instante se fue. Durante un instante se ha

ido y casi se ha dormido bajo el agua.

Tiene por delante algo menos de una hora. Debe llegar para las seis. No quiere ir, pero se lo prometió a Santi. Le prometió que acudiría. Ahora no le apetece; siente pereza, miedo, vergüenza, impotencia, dolor. Lo está pasando mal. Otra vez después de tantos años. Tantas conversaciones con Santi. Tantos choques y embates a la memoria. ¿Qué le decía aquella voz? ¿Qué le decía aquella voz mientras tenía la cabeza sumergida bajo el agua?

Finalmente ha ido en autobús. El autobús deja pocas opciones para arrepentirse. Tú vas y punto. El autobús tiene un único destino y te lleva. Tienes dos opciones: o ir o bajarte. El coche es más peligroso. Si quien conduce es el arrepentimiento, el volante puede ser la perdición. Edurne ha llegado más tarde de lo que quería; pero a tiempo, a pesar de todo. 17:56. Tiene las entrañas constreñidas. La preocupación por llegar tarde, de todas maneras, es mayor que otras preocupaciones y las relega. Mejor así.

Y Oihana, mientras tanto, está destrozada, hecha añicos, encogida, con la cabeza entre sus rodillas. Sentada sobre el frío suelo. En el cuarto de baño de su casa. Y no sabe nada de Edurne. Tampoco Edurne sabe nada de ella.

–Buenas tardes, Edurne. Has venido –Santi mantiene la sonrisa, quiere que se sientan cómodos; es difícil, ya lo sabe. Edurne ha bajado la mirada, «¡Si supieras!»–. Me alegro mucho.

Santi le ha presentado a Luzio y a Jurgi. Hola, hola. Están sentados cada uno en su silla. También Edurne se ha sentado. Queda una silla vacía.

–Oihana no ha llegado todavía. Le esperaremos un poco –Santi está nervioso. Él es el responsable de lo que está ocurriendo. «No tendría que ser tan difícil, no tendría que ser tan difícil».

El silencio tiene grietas y en ese instante están penetrando monstruos uno detrás de otro. Si no aciertan a respirar por turnos, se quedarán sin oxígeno. Santi se queda mirando a las ojeras de Luzio. Le dijo que no conseguía dormir. Que los sueños le amenazan, que la cama y tener que despertarse se han convertido para él en una pesadilla. Que hubo demasiadas sombras, demasiadas cartas. Y los hijos de por medio. Amenazas. Que los matarían. Una vez recibió un mapa con el trazado del camino que hacían sus hijos de casa a la escuela. Y tres fotografías: Beñat e Izar contentos, Beñat e Izar dando brincos, Beñat e Izar en la puerta de la escuela dándole un beso a su madre. El sello lo dejaba todo claro. eta hizo estallar una bomba en la empresa que él dirigía. Aquella explosión lo sacudió todo, y todavía lleva arrastras todos sus miedos ocultos. Le asaltaron las dudas, intentó convertir el chantaje en ficción, pero la realidad era demasiado cruda a ojos de las personas a

las que amaba. Puso patas arriba todas las sombras, y noche a noche, mordisco a mordisco, fue devorando también la suya. Hasta que desapareció. Dejó de ser padre. Dejó de ser marido. Sus padres nunca supieron nada y rompió los pocos nexos que le unían a sus amigos. «En situaciones así, ¿cuándo se pide ayuda?», le preguntó Luzio a Santi hace dos semanas, «Me secuestré a mí mismo. ¿Hay mayor oscuridad? Algunos se marcharon fuera, a otros les mataron. El resto somos fantasmas».

Tiene unas marcadas ojeras. Manchas difuminadas, negras, moradas. Santi les ha ofrecido agua, Luzio quiere un poco de agua. Cuando Luzio ha alargado la mano para coger el vaso, Santi se ha fijado en su muñeca: cicatrices de haberse cortado las venas. Hasta ahora nunca se las había visto. Hasta ahora Luzio no le ha contado nada sobre eso. Por lo visto, todavía hay mucho sin contar.

De repente, se ha abierto la puerta. Santi ha dado un salto hacia atrás, «Será Oihana». La puerta se ha abierto bruscamente. Entra viento del norte. Lleva a rastras una maleta demasiado grande. Viene directamente de algún sitio y no parece que ande perdida.

–Perdonad –ha mirado a todos a los ojos, especialmente a quien ha deducido que es Santi, a pesar de que no lo conoce–. Perdonad. Soy Carmen.

III

Cuando me llegue la muerte, quisiera descansar para siempre a la sombra
de unos versos, sin cruces,
en paz y dulce armonía.

Xabier Lete

Hoy el viento corre libre. Nervioso. Juguetón y provocador. Las hojas de los árboles parece que se abofetean, toma y toma, ay, ay, pero con buen humor, divirtiéndose. El viento, si pudiera, a base de empujones, se llevaría el bosque a otra parte, con las raíces de los árboles al aire. El viento sopla libre. Llenando resquicios y grietas. Pronto se cansará de incordiar a las hojas y luego se pondrá a azuzar a las nubes. El cielo, por si acaso, se atrinchera. El viento conoce bien cómo es el comienzo del otoño. Que nadie le robe su libertad. Si tiene que bailar descontrolado, bailará. Aunque para eso tenga que pisar a quien sea. Así ha dejado los pelos de todos, totalmente despeinados. Y las mejillas de la gente, bien sonrosadas. Los días ventosos todo es más difícil. Sobre todo, llorar. Las lágrimas se escapan y son otros quienes lloran nuestro llanto.

El viento sopla libre a las puertas del otoño. Las palomas pasarán raudas ayudadas por las rachas de viento, persiguiendo su trágico destino. Volarán entre tiros y el cielo se incendiará. Las nubes están cargadas de balas que no alcanzaron el blanco.

Oihana se ha recogido la melena en una coleta alta y, sin embargo, sigue notando en la cara el cosquilleo y hormigueo del pelo, pequeñas punzadas. Posiblemente el pelo también es protección y defensa en días de viento. Pero Oihana no se ha soltado la coleta. Hoy no quiere enredar sus manos en juegos de cabello. La cima está hermosa, la pradera en pie, preparada para lo que sea necesario, tremendamente verde, despejada, despierta. No ha traído flores. Ha pedido a la gente de su entorno que no las traigan. Les ha dicho que el otoño es como es y que hay que saber aceptarlo. Nada de flores. Quien quiera venir tendrá que pisar barro, ensuciarse la suela de los zapatos, llevarse a casa las señales, las manchas. Los días anteriores ha llovido y hay mucha humedad: no se han secado los parajes sombríos. Pero la cumbre está hermosa.

Oihana está buscando a su madre con la mirada. Le ha dicho que se iba a dar una vuelta y desde entonces han pasado ya más de veinticinco minutos. Han hecho juntas la ascensión, a primera hora de la mañana. Jorge, Lukas y Katti se han quedado en casa; quizá irán más tarde. Oihana no ha sido capaz de decidir qué hacer con los hijos. Y le ha dicho a Jorge: «Decide tú». Oihana sabe que, si le da a elegir, Lukas le dirá a Jorge: «Vamos». Y que Katti preguntará: «¿A dónde?». Y que Jorge, dubitativo, le contestará: «Donde el abuelo». Oihana sospecha que Katti le dirá a su padre «¡Vamos!» y que con eso querrá decirle que «Para una vez que tenemos oportunidad de ir al cielo, no vamos a perder la ocasión». Quizá provoquen confusión en Katti, pero salvarán el momento y eso no es poco. Siempre habrá tiempo para aclarar cuestiones. El mundo siempre termina salvándose; andamos

continuamente encendiendo pequeños fuegos sin asegurarnos de si tendremos o no agua para apagarlos. Así se nos queman porciones de futuro y nos valemos de la memoria para olvidar qué estábamos haciendo en aquel entonces. Oihana sabe bien que al final se meterán en el coche e irán los tres al acto. También dejar la decisión en manos de Jorge ha sido decidir.

Y realmente se han metido al coche, sí, pero no han llegado a ninguna parte. En medio del camino Lukas ha dicho: «Mejor si volvemos a casa». Jorge ha hecho oídos sordos. Sabe bien que Oihana, aunque no se lo haya confesado, espera que acudan y que estén allí a su lado. Sabe bien que desea que Katti esté allí con ella.

–¡Jorge! –le ha gritado Lukas.

–¡Papá! –le dice Katti. Y Jorge ha detenido el coche en el arcén. Vuelve la cabeza y mira atrás para ver quién le quiere decir qué.

–Mejor si nos volvemos a casa –le dice Lukas de nuevo.

–¿Y el abuelo? –dice Jorge.

–¿Y el abuelo? –repite Katti desde el asiento trasero.

–Ya le dirá mamá que le queremos mucho –Lukas está a punto de llorar. Jorge se está poniendo nervioso.

–¿Mamá está en el cielo? –Katti ha comenzado a abrir la ventanilla. El viento ha entrado a empujones.

–Sí, y luego ya nos contará qué le ha dicho el abuelo –Jorge sabe que está actuando mal. Muy mal.

Lukas le mira a Jorge. Y a Katti.

–¡No, Katti, mamá no está en el cielo, y el abuelo tampoco! –Lukas, enrabietado, ha abierto la puerta y ha salido del coche aceleradamente. Jorge corre detrás de él. Y Katti se ha echado a llorar.

El viento se obstina a empentones contra la gravilla de la superficie de la carretera. Pero no consigue moverlas y es el viento quien ha resultado dañado. Tiene una herida abierta en su vientre; y, grande y redondo, sangra abundantemente. Atropellará a alguien que encuentre a su paso y le llenará de heridas sus dolores. Así golpea el viento, alocadamente. Un petirrojo se ha acercado a una de las piedras y, cual si fuese guardián del viento, le ha quedado su rastro en la pechera.

–Lukas, tú has dicho que querías ir –Lukas está agachado, encogido, y Jorge le habla desde arriba, casi desde el infinito, casi invisible–. ¿A qué viene esto ahora?

Dos coches han pasado monte arriba uno detrás de otro. Han aminorado la marcha al pasar junto a ellos, pero no se han detenido. Jorge les ha seguido con la mirada, pensando: «Debería estar junto a Oihana, debería estar junto a Oihana». Jorge se ha agachado y ha puesto su mano sobre el hombro de Lukas. Hay algo que siempre le recuerda que él no es el padre de Lukas, pero debe intentarlo, hoy especialmente tiene que intentar que las sombras no se tornen

fantasmas. Sin embargo, para cuando Jorge ha abierto la boca, Lukas ya está llorando, y lo ha abrazado, lo ha abrazado estrechamente. Podía recogerlo y llevarlo a su madre, pero le ha hecho una pregunta. Al oído, dulcemente. A pesar de saber muy bien que no escuchará lo que desea. «¿Vamos a casa?», y Lukas ha asentido con la cabeza. Cuando han entrado al coche, han encontrado a Katti jugueteando con sus manos, sorbiéndose los mocos. Tiene la cara llena de lágrimas, se le han quedado pegadas en las comisuras de los labios. Jorge le ha dado un beso en la frente: «Vamos a casa, pequeña». Y han vuelto los tres a casa, cruzándose con los coches que van en dirección contraria, y contándolos: uno, dos, tres, cuatro… Y Jorge repite para sus adentros: «Oihana no estará sola, Oihana no estará sola».

Pero en el mismo instante en que Jorge piensa eso, Oihana está sola. Los ojos de Oihana buscan a su madre. «Me voy a dar un paseíto», le ha dicho, y han pasado ya más de cuarenta y cinco minutos desde entonces. Oihana preferiría tener a Lukas y Katti a su lado. Y a Jorge. Una valla de protección a su alrededor. «Igual vendrán más tarde», ha deseado Oihana. Están llegando los coches al prado de abajo; debería acercarse ya. «¿Dónde estás, mamá?»

–¡Oihana! – y Oihana da unos pasos hacia la izquierda para distinguir quién le está llamando desde lejos–. ¡Oihana!

Oihana ha visto una mano levantada. Y ha distinguido la voz. Esa alegría. Ese modo de caminar tan vivo. Sí, es Carmen. Y no viene sola.

Hace una semana que Carmen le llamó. Quería saber si estaba bien, si había pasado bien el verano. Y Oihana le expresó que no, que tenía todo patas arriba. La cabeza, el ánimo, la fuerza. Que estaba sobrepasada. En un agujero.

–No acudiste al encuentro de las víctimas –le dijo Carmen por teléfono.

–No, al final no fui. Me asusté. Creo que todavía tengo que aprender a llorar.

–Oihana…

–¿Cómo sabes que no estuve?

–Algo me dijo: «Vete». Y fui. Fíjate cómo son las cosas. Creo que fui porque me hace falta aprender a llorar. No estaba invitada, lo sé. Te robé la cita. Fue incluso una falta de respeto, lo sé. ¡Estaba el encuentro tan trabajado y cuidado! No había sitio para mí. Y, sin embargo, allí me presenté. Era un espacio para el encuentro de víctimas. ¿Pero qué soy yo, Oihana? ¿Qué mierda somos los hijos de los asesinos? Santi se portó muy bien. Había una silla vacía. La tuya. Me dijo que no me sentara allí. Añadió una silla al círculo. «No tenemos que cubrir los huecos», dijo, «los vacíos hay que analizarlos». Se portó muy bien. «También Oihana está aquí», dijo.

Pasó un segundo, dos, tres.
–Yo, en cambio, me quedé en casa.
–No resultó una decisión fácil, ¿no es así?
–Me pasé toda la tarde en la cama, sin parar de tocarme las manos.
–Tenía intención de ir después a verte.
–No viniste.
–Terminé rota.
–¿Qué pasó, Carmen? ¿Qué pasó?
–No te lo puedo contar.
–Pero…
–Oihana…
–Dime solo una cosa. Dime cómo son las demás víctimas. ¿Qué tenían en los ojos?
–Las vuestras son rostros sin ojos, Oihana.
–Eso mismo me dijo Fran hace muchos años en Valencia, «Yo no te distingo los ojos». Pero ver, vemos, Carmen. Vemos incluso lo que no ven los demás.
Carmen le dijo que iría al acto en recuerdo de su padre: «Tengo ganas de abrazarte, quiero darte un achuchón fuerte, Oihana». Y añadió: –Jurgi también quiere ir. Quiere conocerte.
Pasó un segundo, dos, tres.
–¿Jurgi, tu nueva pareja? –le dijo Oihana.
Carmen le dijo que no, fría y directamente, con firmeza, con su voz forjada en hierro. Que había conocido a Jurgi en el encuentro, que el gal había asesinado a su padre.
–Tenía dos meses cuando le arrebataron a su padre. Y después de tantos años, todavía no sabe nada de nada, le están arrebatando su propia verdad. No hay derecho.
Y le dijo que ella le había pedido perdón. Que no tenía que haber ocurrido. Que le miró y, sin realmente verle los ojos, le dijo: «Si pudiéramos hacer algo ahora».
–¿Eh, Oihana? Si pudiéramos hacer algo ahora…
–¿Y qué te dijo?
–Que quiere conocerte.
Todo eso se lo dijo Carmen hace una semana por teléfono. Y ahora ahí viene, con la mano levantada, y no viene sola. «Mamá, ¿dónde estás?»
Y mientras tanto, sin que Oihana sepa nada, Lukas está en casa llorando, diciéndole una y otra vez a Jorge que su madre está sola, que le han dejado sola. Pero que si no puede contar a sus amigos dónde ha estado el sábado al mediodía prefiere quedarse en casa.
–¿Cuándo podré decirles a mis amigos quién era mi abuelo? –le ha arrojado Lukas a Jorge su dolor, vergüenza, miedo, convertido en lágrimas. Y el otoño ha penetrado muy dentro de casa.

Y cuando se ha calmado un poco el ambiente en casa, Katti está señalando con su dedo índice una de las páginas del libro: –Las lágrimas de cocodrilo son gigantes –dice Katti.
–Los cocodrilos no lloran –le contesta Lukas.
–Los cocodrilos lloran mientras devoran a sus presas –entra Jorge en la conversación.
Cada uno de ellos habla desde donde está. Pero los tres, todavía, fuera de juego.
–¿Los asesinos también lloran cuando matan a alguien? –pregunta Lukas.
–Plutarco, hace muchísimo tiempo, comparaba con los cocodrilos a quienes lloraban por haber asesinado a alguien –dice Jorge.
–Jorge, ¿los asesinos lloran cuando matan a alguien? –repite Lukas.
–Papá, ¿qué es un asesino? –pregunta Katti.
–Quizá algunos lo hagan –dice Jorge.
–¿Y los otros? ¿Qué hace un asesino cuando mata a alguien? –pregunta Lukas.
–Papá, ¿qué es un asesino? –Katti de nuevo.
«Menos mal que no está Oihana», piensa Jorge. Y se maldice a sí mismo. «Cuando sean mayores no me van a perdonar está mierda, no me van a perdonar estos silencios mutilados».

El cuello de Carmen huele a lirios. Ha sido un abrazo fresco. El tiempo se ha contraído y en ese abrazo, durante un segundo han detenido el tiempo. Oihana ha visto a su madre allí delante: «No se ha perdido, no se ha perdido». «Nerviosa», le ha respondido Oihana a Carmen cuando esta le ha preguntado qué tal está. «Nerviosa y triste y dolida, y también algo contenta. Gracias por venir». Su madre, con gestos, le pide que se acerque. Las doce menos cinco. «Tranquila, luego hablamos». Oihana ha mirado al hombre que está junto a Carmen. Ha sido solo un momento. Pero, por un instante, le ha parecido que ese hombre tiene un vacío en la mirada. Que alguien un día se la habría robado y que desde entonces su frente no hace más que esperar con el pensamiento colgado. Ha sido un instante, pero se lo ha visto: tiene el pensamiento colgando, roto por una herida. Oihana se ha apresurado para reunirse con su madre. Le ha dado la mano y ha mirado hacia el cielo. Las nubes avanzan veloces, como mostrando a las palomas hacia dónde deben ir. A lo lejos se oyen disparos. Los cazadores desangrarán el otoño. Feli ha apretado la mano de Oihana. Las doce. Alguien ha comenzado a cantar.
A Oihana le late la mirada. Ha visto que hay gente a su alrededor, pero no distingue a nadie. Le parecen dibujos móviles que permanecen quietos. Tiene a su lado a Martín y a Sonia. Oihana no se ha dado

cuenta de cuándo han llegado. Martín le ha agarrado por el hombro y ella le ha respondido con una sonrisa resignada. Durante el último mes no han sabido nada uno del otro. La última vez que se juntaron discutieron. Oihana le contó lo de Santi, y a Martín no le gustó nada lo que escuchó: –¿Cómo hablar? No te entiendo. ¿De qué habláis? –se habían encontrado en la calle y terminaron de nuevo en la taberna de Miguel. Y Miguel mirando, tragándose entonces también la conversación de los dos hermanos, sin nadie más en el bar, mientras no paraba de limpiar vasos.

–Se acercó por papá, y me ha ayudado a mirar hacia atrás. Ha sido duro, pero me siento bien.

–Pero, ¿de qué, Oihana? ¿De qué habéis hablado? Es nuestro padre, tuyo y mío. De nadie más. ¿Lo entiendes? Tuyo y mío.

Oihana miró a Miguel y a continuación a Martín. Demasiados vasos vacíos sobre la barra.

–Papá debe ser de toda la sociedad, Martín.

–Vaya, ¿eso te ha enseñado ese dichoso Santi? ¿Y quién es la sociedad? ¿Esa que hace recibimientos a los asesinos? –Martín cogió el móvil y le mostró unas fotos a Oihana. Eran dos noticias difundidas esa misma semana–. ¿También a estos pertenece nuestro padre? ¿No te produce repugnancia?

–Repugnancia no, Martín. Me provoca dolor, un dolor tremendo.

–¿Y qué hacemos con el dolor? –Martín se dio unos golpes en el pecho. A la altura del corazón–. ¿El dolor también es de todos? La sociedad también tendría que compartir nuestro dolor, ¿no te parece?

Oihana ha aceptado el brazo de su hermano sobre su hombro. Lo necesita, se siente bien. Ha elevado la mirada y ha visto a Santi allí, al otro lado del círculo, atento a los que cantan. Ha acudido. «La sociedad también tendría que compartir nuestro dolor, ¿eh, Santi?». Lleva dos meses sin reunirse con él. Oihana le llamó para decirle por qué no acudió al encuentro, y él le respondió que estuviera tranquila: «También eso es un paso, ser consciente de por qué no has acudido». Santi no le contó lo de Carmen, Oihana lo entiende. Ahora Carmen está a su lado, junto a Santi. Y seguramente es Jurgi quien está ahora junto a Carmen. Al otro lado. Ese rostro. Ese hombre decaído. Hay una distancia de diez metros entre ambos. Oihana lo nota. Le nota la carga que lleva sobre su espalda. ¿Qué y cómo se lo habrá dicho Carmen?

El acto ha sido breve. Suficiente. Santi le ha preguntado si se juntarán un día de estos, que tiene ganas de hablar con ella. Y Oihana le ha dicho que sí. Ha mirado a Martín, que está hablando con Sonia y con su madre. Carmen le ha dicho que pueden quedar para tomar un café. Y Oihana le ha dicho que sí. «¿Jurgi también vendrá?», «Si tú quieres…». Y Oihana ha dicho que sí. Con esa expresión suya. Con ese

modo de mantener el cuerpo erguido. Ha saludado a algunos conocidos más y ya está. De repente la mañana ha llegado a su fin. Al final no han organizado la comida familiar.

Ha regresado a casa con su madre. Las dos en silencio. Cada una de ellas atando cabos. Oihana tiene la sensación de que no ha disfrutado de su padre. Que no ha pensado en él. Que se le ha escapado ese espacio de media hora. No lo ha tenido presente. «Ha sido bonito, ¿verdad?», le ha dicho Felisa a su hija cuando Oihana ha detenido el coche delante del portal de casa, «He sentido que allí estaba tu padre, Oihana, muy cerca, entre nosotros. Creo que hemos acertado». Oihana asiente con la cabeza y le da un beso. Oihana admira esa serenidad de su madre, esa paz. «Dales un beso a los críos».

Los críos. Los críos no han estado. Oihana les ha echado en falta. Se necesita imaginación para comprender lo que no se ve, y la imaginación le resulta escurridiza al pasado. Si siguen sin verlo, sus hijos nunca comprenderán qué es lo que vive su madre. Cuando ha entrado en casa, el silencio se ha convertido en un agujero para Oihana. Esperaba que a la una y media del mediodía habría más alboroto. Ha ido directamente al cuarto de estar. Ahí está el retrato. El retrato de su padre. Ese que quería haber terminado para el acto. Le faltan los ojos. No se atreve. No se atreve a dibujar los ojos de su padre. «Vuestros rostros no tienen ojos». ¿Cómo son los ojos del padre de una hija que no tiene ojos? Oihana no lo sabe. Y, además, se confiesa a sí misma que no recuerda bien cómo eran los ojos de su padre. «Maldita», repite para sí, «maldita memoria». Veintidós años son muchos años. «Katti diría que son muchos infinitos», ha pensado Oihana. Y se ha puesto a pensar: ¿Cuándo dejamos de tener presente el pasado? Y, sobre todo, ¿por qué? Y ha pensado que si faltan los ojos debe haber algo en su lugar. Que allí no hay vacío. Allí no. Y que, aunque no tengamos ojos, no dejamos de ver. Tampoco después de haber muerto. Y se ha puesto a pensar qué estará viendo su padre. Y también se pregunta: «¿Dónde están, papá? ¿Dónde están mis ojos?». Al retrato, sin embargo, no le faltan solo los ojos. También le falta la conciencia. El peso de la conciencia. Y no acierta a plasmar en el retrato esa conciencia. Una vez Oihana leyó que la memoria es la conciencia de los muertos. «Maldita memoria. Maldita».

Ha ido al cuarto de en medio a buscar el lápiz y allí ha encontrado a los tres. Encima de la cama, quietos. Los tres cruzados uno al lado del otro. Está claro que algo ha ocurrido en casa. A los tres se les nota la tensión. Y el llanto. Están los tres vestidos; parece que han ido a algún lado. Pero Oihana no puede saber a dónde. Ha visto un papel blanco junto a la mano izquierda de Katti y el lápiz de punta gorda tirado en el suelo. Se ha acercado a su hija y ha cogido el papel. Una cara. Una cara muy redonda. La nariz dibujada torcida y la boca trazada con

cuatro sonrisas. Y se ve una oreja. Bajo el cuello un cuerpo pequeño. Y allí arriba dos ojos. Es su padre. En la parte inferior del papel está escrito «El abuelo» con las letras gigantes de Katti. Está claro que ha ocurrido algo en casa.

Oihana ha puesto el dibujo sobre su pecho y se ha tumbado en la cama. Sola. Con su soledad. Quisiera despertarse y que todo lo de hoy hubiera ya pasado. Ya es hora de comenzar a caminar. No puede dejar la carga del sufrimiento sobre sus hijos. Los ojos deben crecer, y hay que educar esos ojos. El dolor quedará ahí, el dolor estará presente, pero el sufrimiento no puede eternizarse convertido en galerías subterráneas que horadan el suelo. Al cerrar los ojos le ha venido a la mente la cara de Jurgi. El rostro de Jurgi. Oihana ha sido consciente de ello antes de dormirse. Jurgi es el hombre que estaba llorando ante una de las esculturas de la exposición de Assem Al Bacha. Parece ser que el destino unió a Jurgi y Oihana en el número 67 de la calle Alcalá cuando ambos contemplaban la misma escultura. Los dos lloran a la vida, cada uno desde su dolor, pero Oihana, un instante antes de dormirse, se ha dado cuenta de que tienen un mismo sufrimiento convertido en infierno.

Es ya el día siguiente. Oihana le ha pedido a Katti que coja el dibujo, que se van las dos a donde el abuelo. La niña se ha puesto contenta.

–¿Y dónde lo dejaremos?

–En la pequeña cima de la colina hay un buzón de montaña. Allí lo dejaremos. Si aciertas a plegar los ojos, desde allí se ve el mundo.

–Mamá, yo no sé plegar los ojos, me hacen daño las pestañas.

–Ya aprenderás, y cuando lo consigas te darás cuenta de que el mundo es más grande de lo que pensabas.

–Mamá, ¿qué es el mundo?

–Un prado lleno de margaritas silvestres.

–Si entramos…

–… pisaremos las flores.

–Entonces, ¿el mundo no es nuestro?

–Si aprendemos a caminar sin pisar las flores, el mundo será también nuestro.

–Pero eso es imposible, caminar sin pisar las flores.

–¿Quieres intentarlo?

Tras llegar en coche, han pasado la mañana dando brincos sobre la hierba en el país de las cenizas del abuelo. El entorno está más bello que el día anterior. El abuelo les sonríe. Y eso Oihana lo sabe. «¡El mundo es nuestro!», le grita Katti. Oihana no está siendo honesta, el otoño no es primavera, pero de un modo u otro quería enseñarle eso a su hija: que el mundo también les pertenece a ellas. Cuando han jugado ya lo suficiente, después de una caminata de diez minutos, han

llegado a la cima.

–¿Y quién abrirá el buzón?

–La mayoría de la gente que suele ir al monte tiene la costumbre de mirar qué hay dentro del buzón. Así todos sabrán que Katti tiene un abuelo. Un abuelo abuelo.

–¿Y si alguien se lleva el dibujo a su casa?

–Pues haremos otro. El mundo necesita muchos abuelos.

–Le diré a Irei que venga a ver el dibujo del abuelo.

Oihana le da la mano a su hija, y mira hacia abajo. Alguien está depositando un ramo de flores al pie del tejo que plantaron en homenaje a su padre. «Como todos los años», ha pensado Oihana, «Martín». Ha plegado la mirada; «Si aciertas a plegar la mirada, se ve el mundo». Y pliega un poco más la mirada. ¿Y esos pelos? Ese pelo no es el de Martín. Oihana ha mirado a través de la red de sus pestañas. Katti tiene razón, duele. No ve casi nada. ¿Y esos pelos? Y Oihana engañada, pensando que era Martín quien le ponía las flores a su padre. No distingue bien. Una melena que ha ido creciendo veintidós años. Ha sido un espejismo. Una ilusión imposible. Le ha venido a la mente, como una ilusión fugaz, que es Asier quien está poniéndole flores a su padre. Los ojos se le han rebelado a Oihana.

–¡Mamá! ¡Mira! –Katti tira una y otra vez de la mano de su madre.

Oihana ha girado la cabeza. Un águila. Tan cerca que parece que pudieran tocarla. Un águila. Libre, majestuosa. Planeando sobre el mundo. Oihana se inclina hacia Katti y la abraza fuertemente. Y le susurra viento al oído. Viento. Magno y libre.

Es tiempo de crear desde las periferias.

Huntza

Este libro
se terminó de imprimir
el 30 de agosto de 2023,
por encargo de la editorial A L B E R D A N I A.
Ese día del año 1797
nació en Londres
la escritora Mary Shelley, autora de la novela
Frankenstein.